

TESTIGOS DE LA VERDAD
EN LA CULTURA DE LA GLOBALIZACIÓN

Becerril de la Sierra 21- 24 febrero 2002

INTRODUCCIÓN

Doy por supuesto que todos conocemos, aunque sea de manera periférica, los mecanismos de la globalización y las reacciones que provocan en nuestros pueblos, en su economía, instituciones políticas, cultura y mentalidad, en su manera de situarse ante el futuro. Los análisis son complejos y, en ocasiones, contradictorios. Los entusiastas de la globalización y sus detractores se libran, como ya sucedió en otros tiempos, a reflexiones sin cuento para justificar y dar a conocer sus posturas.

No entraremos en ese debate, pues carezco de competencia para analizar los datos y saber si los caminos alternativos, presentados al proceso de la globalización, son eficaces para responder a las expectativas de los pueblos pobres en el actual estadio de la historia. ¿Quién puede desacelerar el ritmo de la técnica o frenar la marcha y evolución de producción industrial sin producir un caos internacional? ¿Serían suficientes los mercados alternativos para que el hambre se erradicara del mundo? ¿Pueden sobrevivir esos mercados sin la ayuda de los países altamente desarrollados y sin sus medios técnicos? Los deseos no son realidades. Las verdades no siempre coinciden con la verdad.

Mi preocupación, aunque tenga muy presente los dramas que origina la globalización, como ya ocurriera con el fenómeno próximo a nosotros de la industrialización, será la de ver las posibilidades y los retos que nos ofrece la globalización para desarrollar la vocación y misión de testigos de la verdad del Evangelio en el mundo. Y esto, como bien sabemos, sería imposible sin un gran amor hacia él.

Cuando falta la caridad, la verdad del Evangelio pierde su carácter liberador, pues se ha despojado de su ser mismo y se degradó en ideología o arma arrojada contra los demás. Ahora bien, la verdad del Evangelio es salvación para todos, para los crucificados y para sus verdugos. El testigo de la verdad, como los profetas de la Alianza, busca la salvación de todo el pueblo mediante la conversión y la fe al Reino de Dios, a Jesús que es la Verdad de Dios.

Con el ánimo de entrar en esta dinámica, plantearé el trabajo de esta sesión en cuatro partes:

- ❖ LA SUERTE DE LA VERDAD EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN. Resulta urgente descubrir los retos a los que se encuentra confrontada la persona para abrirse a la verdad del Evangelio.
- ❖ LOS RASGOS DE LA VERDAD DE DIOS. Conviene comprender el significado de la verdad para la fe apostólica. Es un camino de libertad y de acción para los llamados a seguir a Jesucristo.
- ❖ DISCÍPULOS DE LA VERDAD EN EL MUNDO GLOBALIZADO. Nadie puede ser testigo de la verdad, si no ha llegado a ser su discípulo. ¿Cómo hacemos discípulos de la verdad, pues nuestra mentalidad participa de la desarrollada por la cultura de la globalización?
- ❖ TESTIGOS DE LA VERDAD EN LA CULTURA GLOBALIZADA. Trataremos de buscar pistas para dar testimonio de la Verdad en medio de la cultura ambiente, de las consecuencias que conlleva el proceso de la globalización.

LA SUERTE DE LA VERDAD EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN

Para abordar la gran cuestión de cómo ser testigos de la verdad en el marco de una cultura globalizada, necesitamos, ante todo, una gran libertad de espíritu y una buena memoria o perspectiva histórica. Sin la libertad, uno corre el peligro de ser prisionero de sus miedos, ideologías o rebeldías. Sin perspectiva histórica, el presente, privado de la raíz del pasado y de su proyección hacia el futuro, se convierte en referencia absoluta para personas replegadas sobre sí mismas. De esa forma se incapacitan para abrirse al horizonte de una verdad que entrega su novedad en el transcurso del tiempo.

Con libertad y amplitud histórica, dejando de lado tanta estrechez mental, tratemos de descubrir cuáles son las reacciones de los hombres de hoy ante la verdad y por qué. Para ello veremos cómo se sitúan unos y otros ante la evolución de nuestro planeta. Luego estudiaremos la suerte de la verdad en nuestras sociedades. Terminaremos estableciendo qué relación existe entre verdad y amor. Espero que estas reflexiones nos hagan comprender los retos que se plantean a los llamados a ser testigos de la verdad de Dios en la sociedad globalizada.

I.- VERDAD Y VERDADES EN LA CULTURA DE LA GLOBALIZACIÓN

Los cambios vertiginosos, las mutaciones sociales y culturales, que se desarrollan desde hace tiempo en el mundo, siembran inquietud en conciencias e instituciones. Como en otras crisis de la humanidad, se dan los ***nostálgicos del pasado*** y sus ***detractores***, los cuales es como si abdicaran o se avergonzaran de él.

Los primeros miran la evolución con recelo; su mirada sigue vuelta hacia el ayer. De esta postura se hace ya eco la Escritura cuando insiste en la necesidad de estar abiertos al futuro de Dios. El nostálgico querría perpetuar el ayer; y, en casos extremos, se incapacita para integrarse en la caravana de los peregrinos de las promesas de la novedad.

Tensos hacia el mañana, los detractores del pasado olvidan las raíces que hacen posible el presente y el futuro. El menosprecio del pasado priva a los peregrinos de una identidad armónica, de la sabiduría acumulada por la humanidad¹. No hay experiencia

¹ He aquí lo que dice el libro del Eclesiástico: "No desprecies lo que cuentan los viejos, que ellos también han aprendido de sus; pues de ellos aprenderás prudencia y a dar respuesta en el momento justo". (Eclo 8, 9)

digna de la persona al margen de la historia. A diferencia del animal, el hombre no queda reducido a un código genético que se desarrollase al margen de la memoria, de la libertad y de su proyecto de futuro.

Unos y otros se incapacitan para recibir la verdad con hondura y novedad. Los nostálgicos la confundirán con la repetición, privándola de su dimensión histórica. Los panegiristas de lo nuevo olvidan cuán caducas y pasajeras son las novedades. Característica de la persona es la sed de absoluto y de la novedad sin ocaso. ¿Pueden saciar las novedades esta sed?

Sin esperanza y libertad, el hombre no existe, pues seguiría la suerte del animal, plenamente implantado en su entorno ambiental, pero incapaz de transformarlo, de conferirle sentido y proyección. La persona humana no es un ser determinado, aunque sea dada y esté configurada de alguna manera por la historia. No hay experiencia humana al margen de una tradición. El hombre no parte de cero. Arrastra tras de sí toda una herencia.

Su libertad le permite recibirse en el seno de una cultura, creación humana, y transformarla de acuerdo con metas creadas o asumidas por él. **La persona es historia y proyecto histórico.** Ella se fragua y realiza como relación en un devenir concreto e indeterminado, pues tiene la posibilidad de transformarlo. El dinamismo de la esperanza proyecta al ser humano hacia delante; pero en cuanto se halla enraizado en un pasado. La libertad determina el camino a seguir para lograr la esperanza.

SINGULAR Y PLURAL

Hablan los pensadores de 'esperanza y esperanzas', de 'libertad y libertades', de 'novedad y novedades'. Con ello quieren insistir, ante todo, en tres aspectos importantes de la cuestión.

- El carácter absoluto de la persona se manifiesta en el **singular**, pues no existe como tal si carece de una preocupación última, de una meta última que oriente y justifique, a sus propios ojos, la trayectoria del camino a seguir, junto con los esfuerzos a realizar.
- Con el **plural** se insiste en el itinerario progresivo, en la pedagogía a desarrollar para que la comunidad humana alcance el singular deseado. Las esperanzas serían capciosas, si no conducen a la esperanza; las libertades funestas, si no contribuyen a desarrollar la libertad; las novedades peligrosas, si no llevan a la novedad sin ocaso.
- Junto a estos dos aspectos, se da un tercero de gran trascendencia: **El singular debe regular el plural y el plural verificar la autenticidad del singular.** Surge así el problema de la articulación y de los criterios de verificación. ¿Cómo saber si las esperanzas conducen a la esperanza, si las libertades a la libertad y las novedades a la novedad? ¿Quién determinará la esperanza, libertad y novedad, meta a la que deben encaminarse las esperanzas, libertades y novedades?

Idénticas cuestiones se plantean hoy de cara al binomio que tratamos: **la verdad y las verdades.** El singular se recalca su **carácter absoluto**; el plural pone de relieve su **provisionalidad.** Surgen así los grandes interrogantes para la mentalidad propiciada por la globalización: ¿Puede existir lo absoluto y lo relativo en la verdad? ¿No estamos ante una paradoja sin sentido? ¿Puede existir la verdad más allá de las verdades? ¿Conseguirán las verdades provisionales y efímeras aproximarnos a la verdad absoluta? Pero, entonces, ¿dónde se encuentra la verdad: en el pasado o en el futuro? ¿Existirá una verdad fuera del tiempo y del espacio? ¿Quién será capaz de determinar la verdad en singular? ¿Cómo verificar las verdades a la luz de la verdad? ¿Cuáles serán los criterios de discernimiento?

Cuestiones espinosas que tienden a postergarse, pues no son fáciles de abordar. Y, sin embargo, de su respuesta depende la realización de la persona humana en la historia, el futuro de la fe eclesial, así como el ministerio y vida consagrada. La pereza, lo sabemos, impide recorrer, con alegría, ánimo y decisión, la senda que lleva a plenitud el mundo del ser humano.

VERDAD Y VERDADES EN EL HORIZONTE DE LA FE

Antes de pasar adelante en nuestro análisis, bueno será evocar cómo en la sociedad plural, secular y global, se presenta hoy para los creyentes la cuestión de la verdad y de las verdades. Y debemos hacerlo, en la medida de lo posible, sin prejuicios ante el pasado, el presente y el futuro que se dibuja en lejanía. Ni nostálgicos ni detractores del pasado, ni entusiastas ni aquejados por el presente, ni a-críticos ni recelosos ante el futuro.

En la tradición de los profetas y de los apóstoles, la fe afirma: Dios es origen y meta de todo, él se halla comprometido en la historia del mundo, para llevar todo a su plenitud. Su trascendencia e inmanencia son la doble cara de su identidad personal, tal como se revela en la historia de la salvación.

Desde esta fe abordamos el sentido de la verdad y de las verdades; desde ella tratamos de dialogar con cuántos caminamos codo con codo. No queremos salir de la caravana de los peregrinos, pero tampoco aceptamos diluir nuestra identidad en la muchedumbre. Si tratáramos de agradar a los hombres, de presentar un Evangelio distinto al dado de una vez para siempre, ya no seríamos siervos de Cristo, como recordaba Pablo a la comunidad de los Gálatas.

El diálogo de la salvación se frustra en la medida que los creyentes diluyen su identidad en el océano sin fronteras de la masa. La evangelización presupone siempre un testimonio público, un identificarse ante los demás. Y esta identificación debe realizarse en el triple nivel: estilo de vida, acción y palabra. Sin una vida en consonancia con el Evangelio anunciado, la credibilidad del testigo se empaña. Sin la acción coherente con el mensaje propuesto, la Buena Nueva aparecería como una entelequia. Pero también la palabra es necesaria, pues ella ofrece la verdad y el horizonte de sentido de cuanto se vive y obra en la existencia cotidiana. La verdad que se anuncia debe mostrarse en la forma de vivir, de actuar y de expresarse en la historia. Sólo de esta forma el llamado y enviado podrá realizar su cometido en favor de un mundo en marcha hacia la patria.

1.- PEREGRINOS DE LA VERDAD Y EN LA VERDAD

Los filósofos y místicos griegos hablaban de peregrinar hacia la verdad. Ésta, sobre todo para los platónicos, era algo así como una esencia o idea divina, el ser trascendente de Dios. El hombre, arrojado en el mundo, vivía con la nostalgia de su origen. La felicidad era ascender a la verdad a través de una serie de purificaciones y de prácticas.

Esos hombres creían en la capacidad de la inteligencia para alcanzar la verdad. El hombre les aparecía como un ser en búsqueda de la verdad, más allá de los bienes de este mundo, del prestigio y del éxito. La vida era como un eterno retorno hacia la verdad. Pero el riesgo de estas bellas perspectivas está en la dinámica de conquista y de autosuficiencia que se establecía en los que se daban a sí mismos el nombre de agnósticos. Se consideraban superiores a los otros y menospreciaban a los ignorantes y esclavos.

Pero conviene preguntarse: ¿Corresponde esta perspectiva con el cristianismo? La cuestión es importante, pues hoy muchas personas vuelven a situarse como gnósticos, es decir, como aquellos que pueden acceder por sí mismos a la verdad. La mediación de la revelación, de una palabra objetiva proveniente de Dios a través de sus testigos, resulta para muchos como un atentado a la dignidad de la persona. En el mercado de las novedades, cada cual puede acceder a su propia novedad, que se confunde ésta con la verdad.

Por otra parte, existen no pocas corrientes de espiritualidad en excesiva dependencia del platonismo tal como nos llegó a través de san Agustín². Es como si tratasen de alcanzar a Dios al margen de la comunidad, de la Tradición apostólica, de los sacramentos y de las Escrituras. Y cuando hacen referencias a ellas, es para apoyar sus tesis. En la sociedad plural y global, la fe tiende a diluirse en una religión intimista, en una piedad sin mediaciones históricas. La sociedad secular y plural globaliza ahora la idea de que la religión debe ser un asunto privado, de la conciencia. La dimensión histórica y pública de la fe queda como arruinada.

Otros, y no son pocos, confunden generosidad y apariencias de piedad con la verdad. Si esta persona es auténtica, es un signo de que se encuentra en la verdad. Los campos se confunden. Entonces la gnosis altiva y mentirosa, como diría san Pablo, nos acecha a todos³.

De encuentran también los que desesperan de la inteligencia y de poder alcanzar la verdad. En la época postmoderna de la globalización, tan sólo existe espacio para las verdades relativas, para las opiniones, diría yo. Y es más verdad aquella opinión que está avalada por la muchedumbre o por la defensa de los poderosos a través de los medios de comunicación social.

En esta situación, una doble cuestión deben plantearse los llamados a ser testigos de la verdad. Cuestiones molestas, pues obligan a reflexionar y tomar posición ante la mentalidad a la moda. Pero la moda no es sinónimo de verdad. He aquí la doble cuestión: **¿Tiene el hombre capacidad y posibilidad de descubrir la verdad? ¿Existe una verdad universal en la que deba avanzar toda persona humana?**

Si le negamos al hombre la capacidad y posibilidad de descubrir la verdad, le eximimos, por lo mismo, de toda responsabilidad. ¿Pero no es esa una visión pesimista de la persona? ¿No desvirtuamos la libertad, reduciéndola a mero impulso emocional? Y el amor, desprovisto de la inteligencia, lo convertimos en pura tendencia afectiva del deseo oscuro del ser humano.

Pablo defendió la dignidad del hombre, es decir su capacidad de llegar a conocer la verdad de Dios y de decidirse libremente ante ella. He aquí como lo expresa: *En efecto, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia; pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato*

² He aquí una expresión que evoca lo que acabo de apuntar: "La verdad de la que nosotros estamos hambrientos es Dios, que ha hecho todo y hacia el que todo retorna. Como dijo Agustín, nuestros corazones están inquietos hasta descansar en Dios". Y añade a continuación el rasgo distintivo del cristianismo: "Dios se nos revela a sí mismo en la persona de Cristo".

³ En la carta a los Colosenses, así como en otros escritos de Nuevo Testamento, se pone en guardia contra esas formas de filosofías y de falsas piedades que corrompen a personas religiosas y generosas (Cf. Col 2, 2-23)

corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. (Rom 1, 18-23)

Para los seguidores de Jesucristo, la dignidad del hombre y la dignidad de Dios son inseparables. Dios no es el rival de la dignidad de la persona, sino el que la posibilita y la sustenta. El camino del hombre peregrino es la verdad revelada. El salmista oraba así: *Enseñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad, concentra mi corazón en el temor de tu nombre* (Sal 85, 11). Y san Ireneo, que afirmo que el hombre viviente es la gloria de Dios, no duda en escribir: *En esto consiste precisamente la gloria del hombre, en perseverar y permanecer en el servicio de Dios. Y por esta razón decía el Señor a sus discípulos: No sois vosotros los que me habéis elegido, dando a entender que no le glorificaban, al seguirlo, sino que, por seguir al Hijo de Dios, era éste quien los glorificaba a ellos.* (Contra las herejías, L 4, 14,1) **Dios**, como repiten los Padres de la Iglesia y, en particular, la liturgia de san Juan Crisóstomo, es **el amigo del hombre**. Dios, lejos de arrebatarse la dignidad se la confiere. Es preciso, con nuestra vida y palabra comunicar esta verdad a las gentes de la sociedad global, pues la persona, en particular de débiles y pobres, es vejada y amenazada por las leyes de la competencia mercantil.

En efecto, cuando se niega la existencia de una verdad objetiva y universal, pronto aparece la explotación y dominio de unos pocos sobre los muchos. La desconfianza se instala en las comunicaciones. La habilidad y la manipulación se alzan como sustitutos de la verdad. No hay una base, más allá del interés o de la codicia humana, en la que pueda apoyarse la mutua confianza. ¿Me dirá el otro la verdad? La fraternidad humana tiene su principio y fundamento en Dios.

Quien no descubre el alcance de esta afirmación, buscará otros principios y fundamentos, siempre relativos, los cuales actúan como verdaderas termitas, pues terminan por minar o carcomer por dentro la confianza necesaria, para que pueda darse una relación humana. ¿Cómo darle la fe a aquello que es efímero y relativo? La verdad libera y crea fraternidad, como confío presentarlo con más detalle. Baste afirmar ahora lo siguiente: el peregrino de la verdad y en la verdad es una persona que cree en sus posibilidades, avanza apoyado en la revelación, proveniente de las obras de Dios o de las Escrituras, y se entrega a crear fraternidad, pues recibió la verdad: Toda persona está destinada a sentarse en la mesa preparada para los hijos por el Padre. ¿Seremos capaces de comunicar esta Buena Nueva a las masas de consumidores que crea la globalización?

2.- LA SITUACIÓN DE LOS PEREGRINOS ANTE LA VERDAD

La inteligencia humana está hecha para la verdad. Pero también es claro que existe hoy, como actitud muy difundida, una cierta desesperación o escepticismo de poder llegar a ella. Las culturas del confort y del mínimo esfuerzo contribuyen a desarrollar un agnosticismo práctico. La única convicción que se instaura de forma tranquila en muchas mentes es esta: vivamos el momento presente y luego, veremos⁴.

Los peregrinos de la verdad, por tanto, están llamados a superar la mentalidad del mínimo esfuerzo, si quieren indagar y discernir la verdad para llegar a la luz. Si hacen de la recepción y búsqueda de la verdad su pasión, descubrirán ese humanismo liberador en el que aúna adoración y acción. La contemplación y la adoración de la fe tienen tanta

⁴ San Pablo podría apadrinar esta postura, pues escribe: Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos (1Cor 15, 32). El Apóstol ve que sus luchas apostólicas serían vanas sin la verdad de la resurrección de Jesucristo.

importancia como la acción transformadora del mundo, si se quiere servir realmente la dignidad de la persona humana de acuerdo con el proyecto de Dios. Hoy, nuestro entorno olvida que si el hombre está destinado a la felicidad, también está herido por el pecado, y su curación sólo es posible por la cruz, fuerza, verdad y sabiduría de Dios. ¿Seremos capaces de recibir la totalidad de la verdad de Dios y del hombre? ¿Qué obstaculiza y qué posibilita esta recepción y búsqueda de la verdad liberadora?

Seamos lúcidos del combate de la verdad. Que ésta sea molesta, no constituye novedad alguna. El testigo de la verdad siempre irritó a escépticos y hábiles; nada más molesto para los poderosos en sus empresas de dominio y para los pretendidamente sabios en su prurito de autosuficiencia.

Recuerda la vida de Jesús cómo la verdad concita el odio de unos y el desdén de los más. Se ridiculiza la verdad y a sus seguidores, como gente oscurantista, enemigos de las libertades y del progreso. Y, ante tantos asaltos, violentos o sutiles, el sentido y la pasión de la verdad termina por ser herido en los mismos testigos de la verdad. ¿Haremos de la verdad algo intimista? ¿Dejaremos de proclamarla en las plazas públicas? ¿La adoptaremos en nuestras vidas y dejaremos de proponerla a todos? La verdad no es amada, ni sus testigos. ¿Rehuiremos el combate de la auténtica libertad y dignidad del hombre, pues ellas son falaces sin la verdad?

Cuando se presenta la verdad, brota de inmediato una cierta crispación en muchas personas, incluso en gente bien intencionada. De ahí el perfil bajo que muchos testigos de la verdad adoptan en este momento⁵. También para ellos, pues participan de la mentalidad ambiente, la verdad se presenta como sinónimo de dogmatismo e intolerancia. ¿Por qué? Una respuesta que se limitase a señalar el mal uso que algunos han hecho de la verdad, no me parece que sea una auténtica defensa de la verdad, sino una cierta claudicación ante una mentalidad que gana terreno en todos nosotros.

Antes de presentar de forma sintética las razones de la crisis del hombre de hoy ante la verdad, conviene notar cómo se sitúan defensores y detractores de la globalización ante la verdad. Inmersos, unos y otros, en la cultura de la globalización, los defensores rechazan una verdad objetiva que pueda cuestionar las leyes del mercado y de la competencia⁶. Los detractores, cosa curiosa, la atacan de presentarse como una verdad apodíctica, con pretensiones de hegemonía. La globalización es una amenaza para el postulado de la cultura del ***todo es relativo***⁷, justo lo que propugnan los otros.

⁵ Que la verdad suscite recelo y precaución en mucha gente es un hecho. Expresiones como 'tenemos la verdad', 'poseemos la verdad', suenan al hombre de hoy como petulancia y arrogancia. Más, una verdad fría, cerebral y abstracta, puede convertirse y ser fuente de muerte. La humanidad, en el siglo que acaba de concluir, fue crucificada por ideologías que proclamaban poseer la verdad: comunismo, nazismo, cientificismo y hoy el consumismo.

⁶ Hoy en día, los defensores y beneficiarios del orden internacional mantienen como verdad científica y casi religiosa la permanencia inmutable del sistema actual, y condenan con la descalificación y el ostracismo a todos aquellos que, aunque se mínimamente, se atreven a plantear dudas acerca de la robustez de los valores imperantes. Ellos solos y por su cuenta han decretado la muerte del socialismo y con él se han apresurado a enterrar cualquier ideología de izquierdas, así como toda aspiración a una realidad más justa y a un mundo mejor. (J Fco. Martín Seco, en La globalización y sus excluidos. Estella 1999, p.16)

⁷ *"Bien puede decirse que en muchos ambientes culturales e intelectuales de nuestros días predomina una actitud de retraimiento, desconfianza o asepsia ante la pregunta de la verdad. Más bien se la evita, por motivos coincidentes, aunque de distinta índole: complejidad del tema, cansancio, escepticismo, ambivalencia de sus efectos históricos, lucidez en la percepción de sus dificultades inherentes, modestia humilde en las pretensiones, poco aprecio de los discursos y de las discusiones teóricas. Con este distanciamiento va pareja la crítica hecha a la metafísica (en algunos casos a la considerada como tradicional, en otros casos a toda metafísica) y los sucesivos*

LA SUERTE DE LA VERDAD EN LA CULTURA TÉCNICA Y PRAGMÁTICA

La evolución del espíritu científico hace que no se crea en los primeros principios y en sus deducciones, en la metafísica. No se acepta la reflexión ni el testimonio que exige la decisión de la fe. Se rechaza lo **definitivo** y se privilegia lo **relativo y provisional**. El hombre moderno sustituye la noción de **certeza** por la de **aproximación**; y el **sentido** de la verdad, lo convierte en **búsqueda**⁸.

La filosofía perenne, se oye decir por todas partes, no existe, es un producto del pasado intransigente. La metafísica dejó de tener vigencia, pues la verdad depende del modo de abordar la realidad y existen maneras múltiples de hacerlo. La verdad es histórica, o al menos tiene un componente histórico, que la hace, por lo mismo, relativa.

Esto quiere decir, en definitiva, que no existe una verdad fuera de la persona humana. Ella es la portadora de la verdad y, en consecuencia, la medida, sino el que la produce o explicita de modo relativo en el acontecer del tiempo. Veamos lo que está en juego.

En la perspectiva socrática, el hombre venía al mundo con la verdad en su interior, era como el código genético que diferenciaba al ser humano del animal. El educador (la partera, de ahí la mayéutica) recibía el cometido de hacer que la persona alumbrase en su existencia la verdad de la que estaba grávida. El hombre no era creador de la verdad, sino el seno portador de ella.

Otros filósofos piensan las cosas de otro modo. El mundo está pleno de la verdad de la razón creadora, del Logos⁹ creador. El hombre, en consecuencia, puede alcanzar la verdad inscrita en las cosas, que las constituye en su ser más profundo. Ser y verdad son inseparables. La grandeza del hombre estaba en remontarse a través de lo creado al Logos que anima y funda la realidad con consistencia propia. De la física a la metafísica, de la realidad empírica a la verdad fundante, de las verdades a la verdad primera y última. ¿No radica en esta búsqueda la auténtica felicidad del hombre? Tal es la convicción del alma griega, de cuantos buscan el origen y meta del ser humano a lo largo de la historia.

La perspectiva podía variar, pero la tendencia fundamental del pensamiento griego, en particular del platónico, era de identificar la verdad con lo real, con el ser, con la esencia última e inamovible de las cosas, con la Idea, con lo divino presente en el hombre. La contemplación de la verdad se convertía así en la máxima aspiración de una cultura dominada por la idea del retorno y del destino. La perspectiva de la libertad y de la gracia divinas, tal como la presentará el cristianismo, no habían entrado todavía en su acervo cultural y religioso de los sabios griegos.

anuncios de su supuesta muerte. En fin de cuentas, si es que sobre la 'verdad' puede decirse algo, únicamente en el sentido de 'mi' verdad. Las pretensiones de una verdad objetiva, especialmente en su vinculación con la metafísica tradicional, habrían devenido instancias totalitarias, generadoras de intolerancia y de violencia. Y quien hoy día insiste en estas cuestiones, no sintoniza con la onda actual de la cultura y del pensamiento; pertenecería a otra época por plantear preguntas tan extemporáneas' (Santiago del Cura, A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo, Burgos, 2001 p. 40)

⁸ San Pablo hablaba ya de esos hombres que están buscando siempre la verdad, sin llegar jamás a ella. Resulta de mucha actualidad releer 2Tim 3, 1 – 4, 8. La curiosidad, la búsqueda siempre insatisfecha, del espíritu que escudriña sin cesar, para quien todo es relativo y efímero, desplaza al sentido de la verdad. Lo interesante sustituye a la consideración de la verdad.

⁹ Logos, término griego, que equivale a palabra, razón, inteligencia. Para Heráclito, como para los estoicos, era la razón cósmica o ley universal, reguladora tanto de la naturaleza como del hombre. Los neoplatónicos lo entendieron como un se mediador ente Dios y el mundo.

Pero el pragmatismo de nuestra sociedad plural, secular y global, se alejará de este doble camino. Lo verificable y útil se presenta como sinónimo de verdad. Se sustituye el criterio de verdad por el de eficacia¹⁰. El pensamiento se hace práctico y la verdad es sustituida por las verdades, las cuales se miden por lo que pueden aportar a los hombres para resolver sus problemas vitales. Nada hay definitivo, el criterio de la verdad es la utilidad que las cosas proporcionan a las necesidades humanas. Y la persona se convierte en centro y medida de todo; pero sólo en teoría, pues los poderosos imponen su verdad a los débiles. La negación de la verdad objetiva acaba por desenmascarse en la relación que mantiene el sistema de cara a los pobres de la tierra. En el plano de la eficacia, la voluntad de poder de unos pocos se convierte en norma, ley y verdad para pueblos y culturas, como está sucediendo en la sociedad globalizada por lo económico.

Tal es la falacia del rechazo de la verdad como rectora de la existencia. Las consecuencias de esta postura son múltiples y las desgranaremos a continuación en los diferentes campos que vamos a analizar; pero conviene notar aquí una de gran calado: La convicción de poderse vivir la fe al margen de sus contenidos. Una preocupación excesiva por ellos, dirán algunos, podría incluso distraer de la praxis¹¹ del Reino de Dios.

LA SUERTE DE LA VERDAD EN LA SOCIEDAD PLURAL

Nuestras sociedades pretenden construirse sobre la base de un pluralismo social, étnico, religioso, cultural... etc. Funciona la convivencia, al menos desde un punto de vista teórico, sobre el principio de la tolerancia y del mutuo respeto. Lo cual, se dice, es imposible si alguien pretende poseer la verdad única. Los fanatismos deben ser combatidos; pero vemos cómo se etiqueta de fanatismo la defensa del hombre en su verdad profunda. Todo no puede ser igualmente válido, todo no es auténtico. ¿Qué papel les queda ya a los profetas?

Cierto, se proclama, las reglas de convivencia son insoslayables, pero deben asumir la perspectiva histórica y, por lo mismo, cambiante de la persona y de los grupos humanos. El individuo, mientras no atente contra la sociedad establecida, podría hacer lo que quisiera. Con lo cual se da cancha a la vida privada al margen de la vida cívica. El oportunismo y la educación enmascaran así el deseo de verdad existente en la persona, la cual es siempre un ser en relación, incluso en su vida más íntima¹². ¿No está el hombre siempre ante Dios y ante el mundo de los demás?

Relación y relativismo no es lo mismo. El relativismo, conviene notarlo, duda, en última instancia, del hombre como sujeto, pues se le condena a ser un haz de acciones e

¹⁰ Se carga el acento sobre los resultados de la acción y no sobre los principios de la acción. Se concede primacía a la acción sobre la doctrina, siendo así que la acción debe ser la expresión fecunda de la verdad: la fe que obra por el amor, era la consigna paulina (Cf. Gal 5, 6).

¹¹ Hoy se insiste mucho en el testimonio. Se da por sentado que puede vivirse el testimonio al margen de la verdad. Quizá sea como reacción a ciertas corrientes que insistieron en la ortodoxia al margen de la praxis. Ciertamente el espiritualismo y el dualismo deben ser combatidos, pero sería falaz pensar el seguimiento de Jesús al margen de la revelación, de su identidad de Hijo de Dios. Se caería en el moralismo y en la intranscendencia. "La teología en cuanto reflexión creyente, tampoco debería colocar entre sus primeras tareas la pregunta por la verdad y la realidad de Dios, sino por sus diversos contextos, su plausibilidad, su credibilidad, su hermenéutica interpretativa, su veracidad, sus distintas funciones" (Santiago del Cura p. 41)

¹² Es sintomático que los mismos que defienden a ultranza las libertades individuales frente a la sociedad, pida de ésta su reconocimiento legal, como puede ser el caso del reconocimiento de las parejas de hecho. Detrás hay siempre cuestiones económicas y de poder. El dinero y la ideología se alían para combatir la verdad.

interacciones, sin capacidad de influir en ellas de forma determinante. La relación, por el contrario, supone siempre un tú y un yo, que se edifican en mutua armonía. La diferencia es importante. Pero la relación sería imposible vivirla, si no hay una verdad antropológica que se imponga a todos por igual.

La regulación de la sociedad se realizara a partir de los oportunistas y atrevidos. Los sensatos y respetuosos serán condenados al silencio.

La sociedad plural y secular no está por principio en contra de la dimensión religiosa, a condición que se mantenga en la esfera de lo privado. Incluso puede recuperar su proyección cultural. El ateísmo militante dejó claro que el hombre jamás termina de renunciar a esa dimensión de esperanza y de trascendencia que le identifica en el mundo.

Los nuevos dueños de la sociedad plural y secular trabajan para encauzar la otra dimensión del hombre, es decir, su deseo de trascendencia de acuerdo con sus intereses. Es la visión funcionalista de la religión. En el gran mercado del mundo todo puede tener su lugar, si contribuye al interés de quien monta el tenderete. Ahora bien, la verdad liberadora arruina el negocio, no interesa y debe ser combatida por todos los medios. La verdad fue considerada como el enemigo número uno de un mundo basado en la mentira y el poder. Pero recordemos que muchas mentiras no hacen que no exista o no pueda existir la verdad.

Se da una clara desvalorización de la palabra. Se valora sólo lo tangible. Y esto, que a primera vista parece serio, encierra un gran peligro. Se tiende a sustituir el punto de vista objetivo de la verdad por el punto de vista subjetivo de la sinceridad. Se da más importancia a la sinceridad con que la persona vive su fe, que al valor objetivo de ésta. No debe negarse, cierto, el respeto y admiración al hombre sincero, pero la sinceridad¹³ con que es vivida una causa, en modo alguno es un argumento apodíctico en favor de ella. Las peores causas de la historia han conocido fanáticos de cuya sinceridad nada puede hacernos dudar. Se puede respetar a una persona y rechazar las ideas que representa. Vemos como se da más autoridad al sentimiento que al contenido de la fe a la que uno se adhiere.

Cuando se cuestiona la objetividad del anuncio y del testimonio, se pone en entredicho la relación entre personas, la fe como respuesta a la palabra proveniente del testimonio apostólico, las mismas realidades morales.

Si dejamos de ser hombres y mujeres de palabra, pronto emerge el miedo a entregarse al otro, pues planea la sombra del engaño. La duda¹⁴ se enseñorea del pensamiento y de las relaciones humanas. Se tiene miedo a entregarse por miedo a ser

¹³ La sinceridad consiste, ante todo, en una conformidad consigo mismo. Se acepta una ley, pero que cada uno extrae de su propia cosecha. Permite estar contento de sí mismo, ya que no se propone nada a lo que no esté dispuesto. Se tiene miedo de introducir al Otro con plena autoridad en la propia vida. La negación de la verdad objetiva es el disfraz sutil de negarme a Dios. Rechazar la verdad es, a fin de cuentas, voluntad de afirmación de sí mismo y negativa de a ponerse al servicio de Dios, de afirmarlo y amarlo sobre todas las cosas.

¹⁴ La **duda** es esa reticencia radical que permite al espíritu prestarse a todo a condición de no darse a nada. Así se afirma mi soberanía y se rechaza toda forma de dependencia. Se teme confiar en otro, en adoptar su verdad de la realidad. Y es que en la adhesión a la palabra de otro se percibía una secreta amenaza contra la voluntad de pertenecerse, de decidir de su propia existencia. Para defender la autonomía propia, fuera de la esfera de la verdad, es preciso apoyarse en la duda. Confiar equivale a apoyarse en la inteligencia de otro y adherirse a una verdad que no se ha extraído de sí mismo. Y la resistencia a correr este riesgo puede ser razonable. Pero también es cierto que la confianza es imposible sin un reconocimiento de mis propios límites, sin una aceptación de dependencia, de una renuncia a mi absoluta soberanía.

engañosos; pero también a darse por el temor de perderse. Sin la verdad de la palabra, se quiebra la misma relación.

Olvidamos frecuentemente la suerte corrida por la verdad al inicio del cristianismo. El judaísmo la rechazó, pues ponía en entredicho su monoteísmo y su identidad de pueblo forjada en torno a una elección divina, interpretada de forma excluyente. Las sociedades politeístas del Mediterráneo, por su parte, vieron en él una amenaza a sus opiniones y novedades, a las verdades existentes en el mercado social, religioso y político. ¿Cómo dar cabida a la verdad única sin atentar contra la misma convivencia del Imperio? Y poco a poco los grandes del mundo intentarían domesticar la fuerza de la verdad liberadora. Nuestra situación no es tan nueva como uno podría pensar a primera vista.

LA SUERTE DE LA VERDAD ANTE LA MENTALIDAD DEMOCRÁTICA

Puesto que no hay espacio para la verdad única en la sociedad democrática, la persona queda atrapada en el ámbito de las *opiniones*. No niega la importancia de los valores, pero ninguna verdad debe presentarse con pretensiones de validez absoluta.

Se puede ser religioso, buena persona, pero a condición de no proclamar la verdad de Dios. Existen opiniones religiosas, verdades, pero es anacrónico –con lo cual se descalifica a la persona que lo defienda– pensar en una religión con validez universal y absoluta. En el mejor de los casos, lo única afirmación sería: *Para mí esta es la verdad*.

La consecuencia de esta postura es el *sincretismo* como forma de vida y de fe. Cada uno puede erigir su dios, su ídolo para decirlo con palabras proféticas¹⁵, y darle el nombre de Yahvé o de Cristo. La persona establece su propia moral y la llama evangélica o con otra cualquiera denominación. Estamos en mi dios, mi fe, mi religión, mi moral... etc. Como no hay una verdad objetiva, todo se diluye en opinión y sincretismo idolátrico.

Surge así una cuestión de capital importancia: ¿Quién determina la verdad y las verdades en la sociedad democrática? ¿Cómo se llega a ello? En la sociedad democrática lo que cuenta es la opinión pública canalizada por los partidos políticos. Éstos, puesto que dependen en su supervivencia de aquella, deben acogerla y recrearla continuamente. La verdad no rige ya la sociedad, sino una opinión pública hábilmente manipulada. De ahí la importancia de los medios de comunicación social.

Las encuestas de opinión serán el material bruto del que se servirán los partidos, en su calidad de interpretes de la pretendida verdad. La soberanía del pueblo, a través de sus representantes, se convierte en fuente de verdad. Las mayorías imponen su verdad a las minorías. Pero, no seamos ingenuos, una minoría cualificada, con pretensiones de verdad universal, manipulará a las masas del pueblo en función de sus objetivos y estrategias. Los listos y los hábiles se convierten así en los que dictan la verdad histórica.

Pero debemos decirlo, mil opiniones no constituyen una verdad. La opinión pública no genera la verdad. Y cuando ésta no es valorada y buscada por sí misma, se establece la dictadura de la mayoría sobre las minorías. La justicia, cuando no nace de la verdad, se degrada en pura legalidad; la paz sin la verdad, en engañosa tranquilidad; la ética sin la verdad, en apaño sincretista. Más todavía, falta de la pasión de la verdad, las democracias

¹⁵ El profeta Jeremías mantuvo un combate a muerte contra el sincretismo religioso de su pueblo, pues veía en él la pero de las idolatrías (Cf. Jer 7, 1-34). El sincretista no vive de la Palabra de la verdad, sino que construye su propia verdad y luego busca el aval de la fe de los padres, del Dios de la Alianza y de la Promesa. Ex 32, 1-10; Dt 9, 7 – 10, 5, muestran bien la dinámica idolátrica. Israel se construye su propio dios, del que puede disponer a su antojo, y luego le atribuye la liberación de Egipto y lo nombra como Yahvé. El hombre al dar nombre a su ídolo se alza por encima del mismo Señor. Hoy repetimos los mismos errores del pueblo de dura cerviz.

terminan por convertirse en una mascarada de mentira y de menosprecio de la persona de los pobres y de los insignificantes.

Hoy, en la sociedad democrática, no podemos de soslayar este interrogante: ¿Qué implica decidirse a ser una minoría profética, testimonial de la verdad? ¿Qué caminos deben andar estas minorías si quieren ser eficaces con la eficacia misma de la verdad liberadora? ¿Pueden utilizar cualquier método de acción e influencia en la opinión pública?

En la dinámica de las sociedades democráticas de los países ricos, las promotoras, por otra parte de la globalización, si no estamos atentos, las raíces perversas de la negación de la verdad pueden alcanzar su cima. El afán de poder, de prestigio y riqueza, el orgullo y la codicia, la voluntad de conquista y la ley de la competencia, dictarán su propia verdad, establecerán el desorden ordenado. Las minorías abrahámicas deben tener el coraje de proclamar: Sólo la verdad de Dios se convierte en la garantía de la libertad y la justicia para todos; y no sólo para los fuertes y hábiles.

La verdad es lo contrario de la ideología –poco importa si es de la globalización o de la antiglobalización–, pues transforma en dogmatismo lo que es puramente contingente. La ideología hace de los grupos o colectividad, así como de la libertad, entidades absolutas. La verdad, por el contrario, es el camino que deben andar tanto los poderosos como los pueblos y grupos. Las minorías proféticas deben asumir el servicio de buscar esa verdad y proclamarla en las plazas públicas. La fe no puede quedar en la esfera de la intimidad individual. Jesús recordaba que era preciso proclamar la verdad en los terrados, pero con la actitud pobre y humilde del Siervo.

La sociedad democrática busca una ética de consenso, unas normas que puedan ayudara a la convivencia. Hay que ser prácticos y moverse en el terreno de lo posible. Es como un transfer del pensar la política como el arte de lo posible. Se tiene miedo de las grandes afirmaciones y se da tan sólo aquello que el hombre pueda asimilar.

Victoria Camps: 'En ética, hay que llegar a consensos que nunca son definitivos' (*'Una vida de calidad'*) (Entrevista en ABC 27-01-2002)

La recuperación de la ética se debe a la ausencia de ideologías fuertes y a la demanda social. ¿Estamos recuperando, junto a la ética, el sentido común? 'Creo que existe un contenido ético que pretende ser universal, ahí están los Derechos Humanos y otros valores fundamentales, como la libertad, la igualdad, la paz, la dignidad de la persona. Todos aparecen en las éticas de todos los tiempos y en las de todas las culturas. Pero, claro, son grandes palabras que deben ser llevadas a la práctica, deben ser acomodadas a cada situación, y ahí creo que el sentido común funciona.

¿Tradición republicana? Sí, pero es una tradición que ha bebido del cristianismo: el valor de la igualdad en principio es el valor de la fraternidad cristiana; y la libertad es también una autonomía de la conciencia que empieza, también, con el cristianismo. No son los valores laicos por sí mismos, sino que tienen una tradición que se remonta a los griegos, pasa por el cristianismo, por la ilustración y llega la posmodernidad.

Algunos caracterizan la posmodernidad como el tiempo del 'todo vale'...

La posmodernidad introduce escepticismo y este relativismo; pero, más que nada, relativismo con respecto a la posibilidad de encontrar una fundamentación racional, o metafísica, que sirva para justificar qué debemos hacer. Es un abandono de eso que se ha llamado la 'filosofía primera', como la que busca la justificación última de todo. Sin embargo, más allá de ese relativismo hay un fondo común que no sólo compartimos, sino que tenemos que compartir: no se puede proponer una ética

que reniegue de la justicia, que reniegue de la libertad de conciencia o de la no discriminación.

Ética de la 'deliberación' – La tesis que defiendo en el libro es que hay que desarrollar una auténtica regulación colectiva, social. ¿Por qué? Porque es verdad que necesitamos un aparato jurídico que nos regule; pero no es menos verdad que esa regulación no puede contemplarlo todo. Por ejemplo, la ciencia va muy por delante y, aunque la ética lo intentara, no nos daría con anticipación la respuesta adecuada a cada situación. Si pensamos en la práctica médica, siempre hay que inventar algo, porque hay que decidir de forma autónoma qué tipo de norma es la que hay que aplicar. En el libro sostengo que la sociedad necesita organizarse para ir regulándose colectivamente a través de organismos (como los comités éticos, las comisiones asesoras o los movimientos sociales), a los que ve como organismos de autorregulación. Y ahí, la deliberación es fundamental. Aristóteles le daba mucha importancia: 'Antes de decidir, hay que deliberar'. Una democracia debería ser fundamentalmente diálogo, confrontación de opiniones. Hay que llegar a consensos que nunca son definitivos.

RETOS DE LA SOCIEDAD GLOBAL A LOS TESTIGOS DE LA VERDAD

Ante todo, el testigo de la verdad debe ser consciente de participar de la mentalidad cultural propia de la sociedad en la que ha nacido, crece y se desarrolla. Sería, por su parte, pura ingenuidad el pensar que no comparten de alguna manera los criterios de valor y los modos de reaccionar de la cultura dominante.

Reconocer que somos hijos de una determinada sociedad es un gran reto, pues de otra forma, podremos acomodarnos o marginarnos de ella, pero no conseguiremos tener una correcta **actitud profética**, hacha de **amor solidario y reconocido**, pero también de crítica como servicio a la esperanza de plenitud que alienta a los nuestros. El profeta nunca abandona a su pueblo ni sin inhibe ante su suerte. Hablará en nombre de Dios y de su verdad, pero sin rehuir la solidaridad que le une al conjunto de su pueblo. Ni siquiera imagina su realización al margen de los suyos. No se pueden confundir los mecanismos de la adolescencia con la actitud profética.

Para ser testigo de la verdad en nuestro mundo, y este es un gran reto, necesario es desarrollar la **capacidad de análisis** y una gran **lucidez**. En el marco de la sociedad global, las leyes del mercado funcionan en todos los niveles. La presentación de los productos, el reclamo a los valores de moda, los encantos y derechos del hombre, todo puede ser utilizado en función de unos objetivos hábilmente disfrazados. La verdad se convierte en algo virtual, cada uno se la guisa y condimenta según gustos e intereses del momento.

Cuando uno reflexiona sobre los anuncios que golpean los ojos y los oídos, que son infiltrados en la persona por medios subliminales, se da cuenta hasta que punto se necesita estar vigilantes para no caer en la trampa de la mentira. Se juega, por ejemplo, con las aspiraciones de la felicidad y de ser personas de nuestro tiempo. En un anuncio de tabaco, junto al minúsculo letrero de ser nocivo para la salud, se reta al ciudadano: **¿Perderte algo bueno? Ponte al día**. Otra mentalidad difusa se expresa bien con esta frase sintomática: Si puedes pagártelo, ¿por qué te vas a privar de ello? Es preciso lucidez y coraje para desenmascarar la falacia de quienes utilizan aspiraciones profundas del hombre, para desarrollar su mercado. También hoy las verdades, buscan sus propios mercados.

En la sociedad plural y global, se plantea un gran reto para el testigo de la verdad: ¿Cómo servirse de las ciencias sociales del conocimiento? Son necesarias, pero no pueden ser las que determinen su manera de abordar la realidad. De otra forma, pronto se irá a remolque de las novedades. Para buscar y discernir el justo valor de las cosas, preciso es buscar en la revelación la verdad de toda realidad. Corresponde a la inteligencia humana conformarse con la inteligencia divina, al sentido divino de la existencia; y a la voluntad cooperar con los designios divinos sobre su creación. Las ciencias sociales son de gran utilidad y nadie puede dispensarse de ellas, pero la verdad viene de Dios.

Los humanismos que se niegan a reconocer la autoridad de Dios, de su revelación, llevan en su entraña el veneno de la autosuficiencia, que esclaviza y conduce a la muerte.

Como se ha señalado con agudeza, lo contrario de la verdad para el platonismo era el error, mientras que la Biblia opone a la verdad la mentira. Y la mentira consiste en dar apariencia de ser a lo que no es. Jesús combatió la mentira a lo largo de su misión. Vino para dar testimonio de la verdad. En sus diatribas con los judíos, que habían creído en él, pero no querían permanecer en su palabra, llegará a decirles: *Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad no me creéis* (Jn 8, 31-59). La apariencia de verdad, la mentira, quiebra la relación auténtica, introduce la duda y recelo, impide entregarse al Verdadero.

Estas cuestiones, mejor que retos, son previas para abordar el testimonio de la verdad en nuestra sociedad global. Sobre ellas volveremos, pero antes veamos cómo se relacionan verdad y amor en la cultura proveniente de la globalización.

II VERDAD Y AMOR EN LA SOCIEDAD GLOBALIZADA

La verdad, como lo recuerda el Evangelio, tiene que ver con la luz¹⁶, en modo alguno con las tinieblas de la muerte. Jesús se proclamó luz y verdad para que los hombres abandonasen los caminos de la mentira, de la esclavitud y de la muerte. La verdad nos revela la belleza y bondad de Dios, pero también la belleza y el dolor de la condición humana. La verdad es lo opuesto a '*las ideologías de la verdad*'. Estas tratan de aprisionar la verdad con la mentira, para utilizarla y manipularla. La verdad proveniente de Dios libera al hombre para la libertad. Por ello se establece una profunda unión entre verdad y amor¹⁷. La primera libera y el segundo pone al servicio de la vocación de todo hombre. La verdad fija el camino y el amor lo recorre en favor de todos.

¹⁶ "La verdad es, quizá, una luz que nos revela en primer lugar la belleza y la bondad del mundo de Dios, también su sufrimiento y su pena". (p. 86)

¹⁷ "Esto puede parecer extraño, ya que normalmente pensamos en el amor como en un sentimiento cálido y agradable que no tiene nada que ver con la mente. Pero amar a otra persona incluye tratar de comprender quién es realmente él o ella. Crecer en el amor es llegar a entenderlos, ver a través de sus ojos, penetrar su humanidad, ya que el crecimiento en comprensión rebosa amor: Nuestros contemporáneos son propensos a considerar el pensamiento como algo frío, impersonal, la observación a distancia. La Biblia nos sugiere otra cosa: la palabra

Antes de desarrollar algunos puntos referentes a la articulación entre verdad y amor en este mundo, quiero releer una hermosa página de Alfonso d'Amato:

Preguntémosnos, ante todo, ¿cuál es el principio vital que anima el proyecto de Domingo? El alma que informa la vida de los santos es la caridad. La caridad es la gran fuerza que los empuja; es la luz que los guía en su trabajo. La caridad es el principio general que anima la espiritualidad de las distintas familias religiosas. Sin embargo, la caridad, en su principio y en su objeto, varía según los diversos modos con los cuales el hombre busca servir a Dios y a sus hermanos.

*Además en Domingo el amor a Dios asume un carácter particular. El amor a Dios en Domingo es, sobre todo, **amor de la verdad divina**; es la "**caridad de la verdad**". Este amor es la idea fundamental que mueve y guía toda su vida y hace de él un **contemplativo** y un **apóstol**. Cristo, Verbo encarnado, sabiduría y revelación del Padre, "luz que ilumina a todo hombre" (Jn. 1, 9), es el centro de la vida de Domingo, el objeto de sus deseos, el alma de su actividad apostólica.*

El carisma propio de Domingo y de la Orden podemos concretarlo en la "palabra de sabiduría", de la que nos habla el apóstol San Pablo en su carta a los fieles de Corinto (1Cor. 12, 8). La "palabra de sabiduría" es el don de conocer y de hacer conocer los más altos misterios de la fe, de conocer y hacer conocer aquella "sabiduría misteriosa y escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para nuestra redención. .. y que nos ha dado a conocer por medio del Espíritu" (1Cor. 2, 6 ss.).

"Cada Orden - dice el Señor a Santa Catalina de Siena- resplandece por el brillo de alguna virtud particular... si bien todas las virtudes reciben la vida de la caridad... Tu padre Domingo ha querido que sus hermanos no tuvieran otro pensamiento que el honor mío y la Salvación de las almas, mediante la luz de la sabiduría. Y es precisamente de esta luz que él ha hecho el objetivo principal de su Orden, con miras a extirpar los errores difundidos en su tiempo. El tomó el oficio del Verbo, mi Hijo unigénito. En el mundo aparecía un apóstol; con tanta verdad y luz sembraba mi palabra, disipando las tinieblas y proyectando la luz. El fue un faro que yo puse en el mundo por medio de María..."

La "caridad de la verdad" expresa la esencia del propósito de Santo Domingo. Es el estilo dominicano de amar a Dios; constituye, por lo mismo, el rasgo específico de los hijos de Domingo y el principio animador de toda su vida: una vida consagrada al culto de la verdad. La verdad amada, estudiada, contemplada, vivida, predicada y defendida.

*El lema que encontramos en el escudo de la Orden: VERITAS, contiene en sí el programa de la vida dominicana, toda su razón de ser, toda su historia. La auténtica historia de la Orden es la historia de la fidelidad al ideal de Santo Domingo. Sus protagonistas, son los apóstoles de la VERDAD: los grandes predicadores y misioneros de todos los tiempos, son los maestros de la verdad: desde Santo Tomás hasta los grandes teólogos contemporáneos; son los mártires de la verdad: desde San Pedro de Verona hasta los mártires de nuestros días. (P. Alfonso d'Amato, *El proyecto de Santo Domingo*, Bogota 1981, p. 11- 13)*

'conocer' indica una relación muy íntima, incluso sexual. El conocimiento implica intimidad. El amor me ayuda a conocer la verdad y la verdad me ayuda a amar" (p. 86)

1.- EL AMOR SE CONGRATULA CON LA VERDAD

Una comprensión insuficiente de la *fe* y del *ágape*, llevó y lleva todavía hoy a contraponer *verdad* y *amor*. El Apóstol afirma: El ágape ***no se alegra de la injusticia, antes se alegra con la verdad.*** (1Cor 13, 6). Esta afirmación debe retener nuestra atención.

Propio del hombre es buscar lo maravilloso y novedoso. La comunidad de Corinto está entusiasmada con los carismas extraordinarios. Pablo los acoge e intenta regularlos de acuerdo con el principio de comunión y mutua edificación del Cuerpo de Cristo. Los carismas son gracias para el servicio de todos, en particular de los más débiles y viles (Cf. 1Cor 12). No pueden ser pretexto de poder o vanagloria; y esto, aun cuando sean vivido con extremosa generosidad. Los dones de Dios están regulados por la ley de la edificación del todo, sin que nadie se los pueda apropiarse. Los pobres e insignificantes jugarán un papel decisivo en la puesta en obra de los dones de Dios.

Pero este criterio, por importante y decisivo que sea, no parece satisfacer del todo al Apóstol, el cual termina su exposición con esta doble afirmación: ***Aspirad a los carismas más valiosos. Y ahora os indicaré un camino mucho mejor.*** (12, 31) No niega el valor de los carismas, pero el camino sobre toda ponderación es el del ágape, de la caridad o amor divino. El Espíritu es quien lo derrama en el corazón de los miembros de Cristo: *Y la esperanza no defrauda, porque el amor (el ágape) de Dios se infunde en nosotros por el don del Espíritu Santo.* (Rom 5, 5) La senda real para la comunidad de los discípulos es el amor, cuyo origen se encuentra en el Padre; su plena revelación, en la Pascua del Hijo; y llega a ellos mediante el don del Espíritu Santo. El ágape es la garantía de que la vida del Cuerpo crece de acuerdo con la Cabeza.

Antes de explicitar el camino, Pablo sentencia: *Aunque hable todas las lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor, soy un metal estridente o un platillo estruendoso.* (13, 1). El don de lenguas aprovecha poco, si no lo informa la caridad. ¡Cuánto nos gusta hacer ruido en el mundo y en la Iglesia! El amor tan sólo busca edificar el conjunto del Cuerpo¹⁸.

Luego se refiere a los que se auto-complacen en su propio conocimiento o en su ciencia. Ya estableció con anterioridad: *el conocimiento infla, mientras que el amor edifica.* (8, 1) Veamos ahora cómo amplía su afirmación: *Aunque posea el don de profecía y conozca los misterios todos y la ciencia entera, aunque tenga una fe como para mover montañas, si no tengo amor, no soy nada.* (13, 2) En la carta a los Gálatas se dice que la fe actúa por el amor (Cf. Gal 5, 6). Los Padres de la Iglesia de la Iglesia recuerdan que la fe es el principio y la caridad su culminación. Por ello, la profecía, la ciencia y la fe, si no se expresan en el ágape divino, son nada y vacío, es decir, son pura apariencia, nubes mañaneras y engañosas. No existen más que en apariencia.

Pero sucede lo mismo con la generosidad: ***Aunque reparta todos mis bienes y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.*** (1Cor 13, 3) Pablo denunció sin cesar la falsa piedad, las generosidades sectarias de cuantos

¹⁸ Pablo insiste en que los carismas de hablar, de conocer, de hacer milagros, de entrega son inútiles si no están animados por el amor divino (12, 8.9.28). Las lenguas se convierten en sonido inarticulado cuando falta el amor, no sirven para edificar al otro, sino para aturdirlo. La misma profecía se hace insípida, pues la falta de amor revela su falso origen.

minaban la integridad y totalidad del Evangelio¹⁹. La caridad divina no siempre coincide con el ruido e intencionalidad de ciertas formas de generosidad. Es preciso discernir bien las características del ágape divino tal como se ha revelado plenamente en la Pascua del siervo. La razón es sencilla, la generosidad puede nacer del deseo de poseer o de afirmarse, del amor erótico, tal como se entendía en ciertas corrientes filosóficas de tipo sincretista, el cual encierra en su entraña el afán de conquista y dominio.

El ágape, la caritas, tiene otra lógica: *El amor es paciente, es amable, el amor no es envidioso ni fanfarrón, no es orgulloso ni destemplado, no busca su interés, no se irrita, no tiene cuenta del mal, **no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad.** Todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca pasará.* (13, 4-7)

En esta perla del Nuevo Testamento²⁰, injusticia y verdad se presentan como contrapuestas. Pero conviene no abordar estas palabras con nuestra sensibilidad, con el campo semántico en el que nos movemos hoy. Pablo era un testigo de la fe, no un sociólogo de la religión. Para él la justicia y la injusticia, así como la verdad y la mentira, se ven en relación con Dios. Para comprender su horizonte y perspectiva, bástenos citar unas palabras de Jesús en su discurso y testamento de adiós: *Cuando él venga (el Paráclito, el Espíritu de la verdad, el Abogado, el Defensor, el Valedor), convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia, en lo referente al juicio (a la sentencia); en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre y no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado.* (Jn 16, 8-10) La incredulidad, la mentira y el rechazo del veredicto divino, despliegan la oposición a la verdad, tal como la enseña el Espíritu de la verdad en la comunidad apostólica. Ser de la verdad y del Espíritu son equivalentes.

Ahora se entiende mejor porque el amor, proveniente de Dios, se alegra con su verdad, con la revelación que ha tenido lugar en Cristo y funda la nueva fraternidad, el Cuerpo del Resucitado en la historia.

Esta perspectiva se confirma plenamente con el sentido bíblico de conocer. La fe y el conocimiento es el camino de la perfecta comunión con Dios y con los hermanos. Conocer la verdad es entrar en comunión con el Verdadero, con el proyecto que enuncia y realiza, con todos los llamados a vivirla en la existencia cotidiana. El amor se alegra de compartir la andadura del Señor en su condición de Siervo para dar la vida a todos.

¹⁹ A muchas personas les cuesta entender que se pueda dar generosidad sin amor. Pero se olvida cómo la fuerza del odio o de la convicción pueden llevar a la misma conclusión. ¿No lo vemos en los terroristas suicidas, en kamizaques de la guerra, en los mártires rojos, en los que se inmolan en nombre de la razón de Estado? He aquí un pequeño comentario, eco de esta dificultad, de un gran exegeta. Comentando 1Cor 13, 3, escribe: La tercera es paradójica (algunos manuscritos leen 'para gloriarme' = por vanidad): ¿es posible semejante entrega sin amor?, ¿por convicción estoica, nihilismo, larde loco? Si piensa en los jóvenes en el horno (Dan 3) o en los siete hermanos (2Mac 7), no es para negarles el amor; Pablo imagina una hipótesis en que la paradoja añade énfasis a la afirmación. Nosotros podemos pensar en movimientos que por cansancio o desprecio renuncian a los bienes, en los que se queman como gesto de protesta; ¿no sería semejante entrega la prueba del amor? Pablo sube del acto en sí al espíritu que lo anima'.

²⁰ Pablo enumera rasgos positivos, lo que hace el amor, y negativos, lo que evita. Ellos nos dan la prueba si una persona está conducido por el verdadero amor de Dios. Los carismas son provisionales, el conocimiento imperfecto y no llega a realizar el deseo (Num 12, 6-8; Gen 32, 31; Sal 17, 15). Y el apóstol constata: **Ahora nos quedan la fe, la esperanza, el amor; estas tres. La más grande de todas es el amor** (1Cor 13, 13). Este último versículo ha recibido interpretaciones muy variadas, como por ejemplo la siguiente: *La terna final (Gal 5, 3-4; 1Tes 1, 3; 5, 8) no responde a nuestra terna de 'virtudes teologales', ya que la caridad significa en este capítulo el amor fraterno.*

¿Por qué es tan importante esta relación tan vital entre amor y verdad? Porque ella nos da la clave para establecer las relaciones correctas con Dios, con las otras personas, con el cosmos. Sólo desde la verdad se puede vivir el proyecto del amor y sólo desde el amor se conoce la verdad en su plenitud.

2.- FE, VERDAD Y AMOR

La fe suele comprenderse como el acto de creer. Pero el Nuevo Testamento incluye en el término fe otros aspectos. Veamos este texto clásico de Pablo: *Antes de que llegara la fe, éramos prisioneros, custodiados por la ley hasta que se revelase la fe futura. De modo que la ley era nuestro ayo hasta que viniera Cristo y recibiéramos la justicia por la fe, pero al llegar la fe, ya no dependemos del ayo.*

Aquí aparece la fe contrapuesta a la ley. Al régimen de ley sucede el de la fe, es decir, la economía de la gracia inaugurada en Cristo. La fe, por tanto, equivale al designio de Dios plenamente realizado y revelado en Jesucristo.

Pero también indica la plena recepción de esta nueva economía divina más allá del acto de la persona; es como la capacidad que el mensaje deposita en la persona para que la libertad pueda decidirse en favor de Dios. Y así continúa el Apóstol: *Por la fe en Cristo Jesucristo todos sois hijos de Dios. Los que os habéis bautizados consagrándoos a Cristo os habéis revestido de Cristo.* De modo que la fe iguala a todos los hombres ante Dios: *Ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues en Cristo Jesús todos sois uno. Y si vosotros pertenecéis a Cristo, sois descendencia de Abrahán, herederos de la promesa.* (Gal 3, 23-29)

En el desarrollo que precede a nuestro texto, Pablo tiene la fórmula, un tanto enigmática, que suena así de manera literal: *La Escritura lo encerró todo bajo el dominio del pecado* (Cf. Rom 11, 32; 3, 9-19), *para que la bendición de la promesa se otorgara a los creyentes en virtud de la fe de Jesucristo* (Cf. Gal 2, 16.20). Las interpretaciones de la expresión fe de Jesucristo son ricas y se gana mucho en conocerlas. Las más extendida: por la fe en Cristo, no agota toda la riqueza de la expresión²¹.

La verdad de Dios reclama la adhesión de la fe, la cual es, ante todo, respuesta de amor al Amor. En efecto, la verdad de Dios se ha revelado en el envío de su Hijo. ***Nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tuvo. Dios es amor: quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él.*** (1Jn 4, 16) Este texto, en el marco de esta espléndida carta, nos ayudará a penetrar en la relación existente entre fe, verdad y amor.

²¹ He aquí un buen comentario de la TOB en una nota a Gal 2, 20: *La fe del Hijo de Dios. Pablo emplea en griego un genitivo. ¿Comprender esta fórmula que se encuentra en Gal 2, 16, en Rom 3, 22.26 y en Fil 3, 9? Los comentaristas la interpretan habitualmente como si designase la fe en Jesucristo (genitivo objetivo): Jesucristo es el objeto de la fe. Pero Pablo podría querer decir que la fe tiene por origen a Jesucristo (genitivo de origen): Jesucristo es la fuente de nuestra fe; él nos da la posibilidad de creer. Un último sentido es posible; la fe es una actitud del mismo Jesucristo (genitivo subjetivo): Jesucristo tiene en su Padre una fe total, en el sentido que se confía a él y que le obedece filialmente. Por esta fe, el Hijo de Dios nos justifica, pues ella le hace llevar a cabo su misión de salvación. Esta afirmación sería paralela a la de Rom 5, 19, que atribuye la justificación de los hombres a la obediencia de Cristo. Ninguno de los tres sentidos de la expresión fe del Hijo de Dios o fe de Cristo está en contradicción con la doctrina paulina. Sin ser idéntica a nuestra fe, la del Hijo de Dios sería la fuente y el modelo de ella.*

Insiste la carta en la verdad del testimonio apostólico, el cual gira en torno al hecho de que el Hijo de Dios fue enviado en la carne para rescatar al hombre del pecado e introducirlo en la vida divina.

Dios es Luz, Verdad, Libertad y Amor; mejor, fuente de luz, verdad, libertad y amor. Envió a su Hijo para iluminar las tinieblas del pecado, para hacernos caminar en la verdad hacia la libertad, para que su amor llegue en nosotros a su plenitud. Al hombre se le exige caminar en la verdad, es decir, reconocer su condición de pecador necesitado de la salvación, permanecer firme en la fe apostólica y en la comunión fraterna, dar testimonio de la vida y del amor de aquel que dio su vida por la muchedumbres, avanzar con la conciencia de victoria bajo la acción del Espíritu de la verdad.

Por la fe, el discípulo acoge la verdad de Dios y deja que el amor se desarrolle en con plenitud. Retengamos dos afirmaciones de esta carta que marca un camino de discernimiento en la verdad y el amor: ***Hemos conocido lo que es el amor en aquel que dio la vida por nosotros. Pues también nosotros debemos dar la vida por los hermanos.*** (1Jn 3, 16) ***El amor llegará en nosotros a su perfección si somos en el mundo lo que él fue y esperamos confiados en el día del juicio.*** (4, 17) La fe por parte del hombre es, en última instancia, una apertura y consentimiento de la libertad para que la verdad y el amor de Dios fructifiquen sin medida en su vida y acción.

La perspectiva, por tanto, ensancha el campo estrecho de toda moral, para poner al creyente en camino hacia el horizonte dilatado de la divinización. *Ved qué grande amor nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios y lo somos. Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él. Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que, cuando aparezca, seremos semejante a él y lo veremos como él es.* (3, 1-2) Ciertamente, el creyente debe vivir como Jesús, pues su verdad y amor deben llegar en él a plenitud.

La vida del discípulo, y esta es la verdad, no se reduce a una imitación exterior del Maestro o a una puesta en práctica de su mensaje, sino que debe abrirse a su gracia y amor, para que fructifiquen en él, para que lo hagan entrar en su ser y existir filiales.

La fe, por tanto, no se reduce a una adhesión intelectual a unas verdades, sino que es comunión con el Verdadero, con la fuente de toda verdad; es también abrirse a la verdad de su existencia pecadora y de su vocación divina, para dejarse modelar por el amor revelado en Jesucristo. Acoger la verdad de Jesucristo y su amor implica toda la existencia del hombre. El hombre camina en la verdad cuando lo hace en la fe y el amor.

3.- VERDAD Y AMOR EN LAS RELACIONES HUMANAS

Algunos pensaron que la verdad podía ser un freno para establecer una convivencia pacífica entre los hombres. Su error de apreciación radica en confundir defensa de la verdad con los fanatismos tan a la moda en todo tiempo. Hoy se vuelve a incurrir en la misma falta de perspectiva, pues se confunde el amor y búsqueda de la verdad con la intolerancia y con las verdades sectarias, carentes del horizonte del Dios revelado en Jesucristo.

Las afirmaciones del Nuevo Testamento resuenan diferentes. Quien camina en la verdad de Dios, quebrará las barreras, los muros de enemistad levantados por el pecado

del hombre y se pondrá al servicio de la vocación divina del hombre²². Éste está hecho para la verdad. Su dignidad se afirma y acrecienta con la búsqueda de la misma.

La vocación de llegar a ser persona nueva reclama la libertad filial. Nada de extraño, en consecuencia, si los cristianos descubren la misión de dedicarse a la liberación de sus hermanos, a construir la fraternidad universal.

Preciso es ahondar en esta relación entre amor y verdad a la hora de construir la fraternidad. Sin la verdad, ésta queda reducida a pura camaradería. Sin el amor, la verdad se degrada en verdades arrojadas, en juicios de valor, con lo cual se hace imposible al comunidad de amor. La fraternidad en Cristo salta por los aires, si faltan la verdad o el amor.

¿Por qué es tan necesaria la verdad para que exista una auténtica relación de amor? De nuevo debemos recordar la distancia que media entre **eros** y **ágape**. Aunque no deba extremarse la diferencia, sin embargo es claro que el amor erótico tiende a desarrollarse al margen de la verdad objetiva y subjetiva del otro, con lo cual se impone a él. No carece de generosidad y entrega, pero trata de atraer al otro a su propia visión de la realidad, a su propia verdad. La tentación constante del deseo es suprimir la libertad del otro y, por lo mismo, la verdad de su propia vocación. La problematicidad del eros radica en que el otro debe adecuarse al proyecto que le construye en su deseo e imaginación. Por ello, falto de una verdad superior, lo abandonará si no sigue los caminos imaginados para él. Aquí radica la ruptura de tantos hogares y comunidades. No han accedido todavía al ágape, al mandamiento nuevo del amor, se hallan en el estadio del eros. ¿Cómo dar el paso sin adentrarse en la verdad del otro?

El ágape antepone la libertad del otro y su verdad a todo. Sabe que Dios lo creó para la libertad y sin esta no existe el hombre creado a imagen y semejanza suya. El ágape trata de curar la libertad, en modo alguno de domesticarla o suprimirla. Afirma al otro en su diferencia, sin buscar falaces fusiones. Por otra parte, se esfuerza por comprender las aspiraciones profundas y la vocación objetiva del amado. Y con todas sus energía se coloca al servicio de las mismas, bien para ayudarle a realizarlas, bien para que las oriente de modo adecuado. El ágape es paciente y tenaz en la verdad, pero no impone nada. No es el deseo de lograr una meta que le mueve, sino la voluntad de que el otro alcance su meta y plenitud. Por ello el ágape abraza la verdad objetiva y subjetiva del amado como punto de partida de su travesía común. ¿No es así como se ha revelado el hecho de que Dios es Ágape y Verdad para el hombre?

La verdad hace libres para la libertad del amor, por la cual nos hacemos esclavos los unos de los otros, es decir, consideramos al otro como nuestro amo y señor a quien tratamos de servir de acuerdo con sus necesidades reales, aunque ello implique

²² "La verdad facilita la comunión entre las personas que están divididas. Cuando estoy en desacuerdo con alguien, nuestras diferencias pueden ser vencidas buscando una verdad más grande, que abraza mi pequeña verdad y la del otro. La búsqueda de la verdad quiere decir que no es necesario que estemos paralizados en nuestros fallos para estar de acuerdo en nuestra mutua incompreensión. Es creer que es posible llegar a la verdad, la verdad objetiva, que implica la promesa de la reconciliación, llegando a una claridad de percepción en la cual reconocemos y comprendemos lo que es verdadero para el otro. No hay reconciliación sin la verdad, como descubrieron en Sudáfrica... Afirmar la posibilidad de llegar a la verdad es, también, una proclamación de la dignidad humana. Estamos hechos para la verdad, la buscamos insistentemente, incluso cuando negamos que pueda ser alcanzada. El pez tiene necesidad de agua, las plantas necesitan la tierra, nosotros necesitamos la verdad. Creo que los predicadores tenemos una tendencia a infravalorar esta aspiración universal a la verdad, a infravalorar la percepción de aquellos que escuchan nuestros sermones. Ellos intuitivamente advierte con claridad si estamos hablando de verdad o sólo decimos palabras" (p. 86-87)

contradecirle en un momento determinado. Pero jamás buscaremos hacer al otro a nuestra imagen y semejanza, pues sería desplazar y suplantar al mismo Dios, el único que puede garantizar la verdad objetiva y subjetiva de la persona.

La unidad debe hacerse en torno a la verdad que es Cristo. Ella es, en realidad, el reconocimiento de la plenitud de Cristo (En torno a un Credo común, en el que se puede integrar la diferencia y diversidad en la totalidad del misterio). La dimensión humana de la unidad es la toma de conciencia de las dificultades que se encuentra en la condición de las personas, en la historia.

LA VERDAD DE DIOS

Dejamos sentado que la fe apostólica no estaba reñida con la razón y la inteligencia del hombre. Razón y fe se buscan mutuamente en la tradición cristiana. La fe, lejos de recelar de la sana razón, le da todo su valor al decir que puede alcanzar la verdad.

Pero existen verdades y la verdad. Las verdades serán siempre un reflejo de la verdad, pero no todas ellas se sitúan en el mismo plano. La verdad de Dios tiene su propio estatuto y conviene descubrirlo. Muchas de las dificultades que experimentan los hombres ante la verdad del Evangelio proviene de que reducen o confunden la Verdad con ciertas verdades.

En esta segunda parte de la sesión, precisaremos cómo entender la verdad, que solicita nuestra adhesión y confianza. Recordemos que estamos llamados a marchar en la verdad; y debemos abandonar el camino de la mentira que conduce a la muerte. Pero ¿cómo caminar en la verdad, si no la conocemos o no sabemos reconocerla en el mercado de las ideologías humanistas o religiosas?

Dada la finalidad de nuestra búsqueda, mis reflexiones serán breves y se limitarán al Nuevo Testamento, en particular en san Juan.

I.- YO SOY LA LUZ DEL MUNDO

La persona de Jesús está en la entraña misma de la Buena Nueva. Las Escrituras son la revelación de Dios a la humanidad. Todo el Antiguo Testamento apuntaba ya hacia el Mesías, descendiente de David, descendencia de Abrahán, linaje de Adán y Eva²³. Dios dio este testimonio contra la serpiente: *Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza mientras acechas tu su calcañar.* (Gen 3, 15) El testimonio apostólico muestra como las promesas se han cumplido. Jesús es el sí de las promesas de Dios (Cf. 2Cor 1, 20)

²³ La genealogía de Lucas, ante todo, dirá que Jesús es hijo de David, hijo de Abrahán, hijo de Adán, hijo de Dios.

Insiste el profeta Isaías cómo Dios anunció desde antiguo cuanto iba a suceder. Todo acontece según el determinado designio divino. Escribe el profeta al pueblo de dura cerviz: *Ahora te hago saber cosas nuevas, secretas, no sabidas, que han sido creadas ahora, no hace tiempo, de las que hasta ahora nada oíste, para que no puedas decir: 'Ya lo sabía'. Ni las oíste ni las hiciste ni de antemano te fue abierto el oído, pues sé muy bien que tú eres pérfido y se te llama rebelde desde el seno materno* (Is 48, 6-8)

El hombre, en consecuencia, no puede apropiarse nada de cuanto acontece, pues tiene su origen y consistencia en la palabra eficaz de Dios. La verdad divina, por tanto, no es un enunciado frío e intelectual, sino una palabra que realiza lo que propone. Quien marche en esa verdad conocerá la luz de la vida.

El Evangelio según san Juan, por su parte, se caracteriza, entre otras cosas, por el empleo de símbolos potentes y universales para presentar la persona, misión y destino de Jesús, el Mesías²⁴. Estos símbolos se inspiran en la tradición del Antiguo Testamento, pero el evangelista tiene el arte de reelaborarlos y de conferirles dimensiones cósmicas y planetarias.

De entre esos símbolos²⁵, vamos a fijarnos en el de la **Luz**, pues guarda especial relación con la afirmación solemne del Maestro, antes de pasar de este mundo al Padre: ***Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre si no es por mí.*** (Jn 14, 6)

Las afirmaciones iniciales del prologo insisten sobre el Verbo como la luz que brilla en medio de las tinieblas y alumbra a todo hombre que viene a este mundo. El hombre no tiene la luz en sí mismo, como tampoco la vida, la recibe de aquel que es la luz. Juan Bautista no era más que el testigo de la luz verdadera. El genero humano, por tanto, se halla en las tinieblas de la muerte cuando no camina en la luz de la Palabra.

La Palabra hecha carne, que es Jesús, se proclamará como luz del mundo. Una adúltera fue liberada de la muerte, pues nadie estaba sin pecado para arrojar la primera piedra. Un ciego fue iluminado, pero muchos permanecieron ciegos ante su negativa de acoger al Enviado. Rechazaron la evidencia de los hechos y la misión del pastor mesiánico. En esa amplia sección de su evangelio, que va del capítulo 7 al 10, enmarcada por la fiesta de las Chozas²⁶, Jesús tiene, entre otras, esta afirmación solemne: ***Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, antes tendrá la luz de la vida.*** (8, 12) Pero los fariseos rechazaron su testimonio, optaron por las tinieblas, por el padre de la mentira.

La luz es símbolo de vida. Vivir es ver la luz del día y caminar en ella. Las sombras de la noche evocan la muerte y el pecado. El parto es dar a luz. Hacer venir a la luz, sacar a la luz, son expresiones que relacionan la luz con la vida y la verdad. En la noche no se puede trabajar ni caminar.

²⁴ La vocación de los primeros discípulos es presentada por el evangelista Juan como una clara afirmación de Jesús como Mesías. He aquí las palabras de Andrés a su hermano Simón Pedro: 'Hemos encontrado al Mesías'. Y precisa el narrador: Que quiere decir Cristo. Y le llevó donde Jesús. (Jn 1, 41-42)

²⁵ El agua, el pan, el viento, la luz, el alumbramiento, el camino... etc son elementos simbólicos para la humanidad de todos los tiempos. En ellos se halla como encerrada la experiencia de la vida. En el Evangelio vemos cómo Jesús se sirve de ellos para presentar su misión e identidad ante sus oyentes presentes y venideros.

²⁶ En la fiesta de las Chozas o de los tabernáculos, la gente montaba sus tiendas y fingía vivir las etapas del desierto. La alegría era desbordante, pues tenía lugar después de la vendimia, de la cosecha fina. Uno de los ritos consistía en encender varios candelabros en el Templo. Era, pues fiesta de luz y de acción de gracias.

El Enviado, que abrirá los ojos del ciego, explicaba a los discípulos que buscaban saber quién pecó para que hubiera nacido ciego: *Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido para que se revele en él la acción de Dios. Mientras es de día, tenéis que trabajar en las obras del que me envió. Llegará la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo*²⁷. (9, 3-5)

Jesús, por tanto, es quien determina el espacio del día y de la noche, de la ceguera y de la iluminación. Quien se defina por él, como el ciego, marchará en la caravana de los iluminados, de los discípulos; quienes lo rechacen, lo harán en la de ciegos. Entre la luz de la vida y las tinieblas de la muerte se establece una clara línea divisoria, la fe en la Palabra encarnada. Y lo mismo sucede entre la verdad y la mentira. El sol nacido de lo alto es Cristo. La verdad de Dios es Cristo. Los hombres deben tomar postura ante el que es la luz y la verdad en persona.

Hoy, como ayer y mañana, no seamos ingenuos, los hombres no tienen dificultad de acoger a Jesús como un gran maestro de moral social, como alguien genial por sus obras admirables, como un innovador de las relaciones entre las personas y pueblos, como un revolucionario pacífico, como bienhechor de la humanidad y gran fundador religioso. Pero su pretensión de ser luz y verdad sigue siendo excesiva para los guardianes del Templo sagrado, llámese ésta realización personal, cultura o autonomía.

Ya el profeta Isaías no había puesto en guardia. La rebeldía del hombre se da desde el inicio. Y es esa rebeldía la que le impide acoger la verdad de Dios. Hay una interacción entre la verdad y la luz, como puede verse en la afirmación de Jesús: *Todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. El que obra la verdad va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios.* (Jn 3, 20-21) Volveremos sobre este punto al hablar del discípulo de la verdad.

Cuando leemos el Evangelio, se apodera de los cristianos, con demasiada frecuencia, como un torpor o sopor. Ignorando el carácter vivo y actual de la Palabra de Dios, la leemos como un relato del pasado, sin conexión con la vida de hoy. Jesús sigue encontrándonos en el camino de lo cotidiano y a nosotros nos toca decidir si queremos caminar en su luz o en la noche. Quien recibe su verdad, marchará en pleno día. Quien la rechace, lo hará en la tiniebla de la mentira. La vida y la muerte, la libertad y la esclavitud se abren delante de nosotros. ¿Por qué optará nuestra libertad iluminada por la fe apostólica?

II.- JESUCRISTO ES LA VERDAD

Extraña resulta para filósofos, pensadores y científicos, así como para ciertas personas religiosas, la insólita afirmación del Nazareno: ***Yo soy la verdad.*** Que se presentará como un maestro o profeta de la verdad²⁸, podría haber suscitado dudas o

²⁷ 'Estos versos, de ritmo casi poético, definen la clave simbólica del relato: dar la vista es iluminar, el ciego pasará de la noche al día. El día es el tiempo en que se puede trabajar; la noche será el poder de las tinieblas (Cf. 1Tes 5, 1-10)' Jesús es el sol que hace el día.

²⁸ En el mensaje de los profetas, la verdad se presenta como afirmación y confirmación del Verdadero, como promesa y testimonio del Dios fiel. Jesús va mucho más lejos, pues él se proclama la verdad. Sus palabras son espíritu y vida, es decir, son verdaderas y fuente de verdad. Su

burlas, pero presentarse como luz y verdad, era excesivo. Los fariseos, no los veamos sólo como los malos de la película, pues representaban de manera simbólica la reacción de todos nosotros, reaccionaron con sensatez. ¿Cómo podía ser creíble el testimonio de aquel hombre, pues sus afirmaciones eran indemostrables desde la razón y el buen sentido común?

Pero antes de llegar al fondo de la cuestión, es importante descubrir los diferentes puntos de insistencia de los evangelios. Así se mostrará mejor la novedad y el alcance de la afirmación de Jesús, pero también las dificultades que los rebeldes encontraron para acogerlo como la verdad de Dios. Jesús es el testigo fiel verdadero nos dirá el Apocalipsis. Él es la verdad.

1.- JESÚS ES EL REVELADOR

Que Jesús haya venido a aportarnos la revelación de Dios, es una evidencia para el Nuevo Testamento. La carta a los Hebreos afirma de entrada: *Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos* (Heb 1, 1-2).

Para san Juan, Jesús es Revelador en tanto que Verbo encarnado (Cf. Jn 1, 14.18). Jesús vino al mundo para enseñar el conocimiento de Dios. Comunica lo que ha oído y visto junto al Padre. Él no crea el mensaje, sino que lo transmite. A los discípulos les decía en el momento de su paso hacia el Padre: *No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo: a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer* (Jn 15, 15). A los judíos los acusaba de incredulidad por no haber querido acoger en sus palabras la palabra del Padre (Cf. Jn 12, 37-50; 6, 44-51). La incredulidad del hombre religioso, como del hombre secular, es el gran pecado para san Juan, pues muestra su rebeldía al no quererle dar su confianza a Dios.

'Decir la verdad' (λαλειν ο λεγειν) se usa por los autores del Nuevo Testamento, ante todo, en sentido moral (Cf. Mc 5, 33; Rom 9, 1; 2Cor 12, 6; Ef 4, 25; 1Tim 2, 7). En el evangelio de Juan se reserva para poner de relieve la función reveladora de Jesús. Sólo él dice la verdad y aporta la revelación.

Pero como además Jesús es el objeto de su propio mensaje, Juan, a diferencia de los gnósticos, que aspiraban a la visión de Dios, invita a los creyentes a contemplar y escuchar al hombre Jesús, para penetrar poco a poco en su misterio. La revelación y el Revelador se aúnan en la persona de la Palabra encarnada.

Un día Jesús decía *'a los judíos que habían creído en él: Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.'* (Jn 8, 31-32) Y un gran conflicto estalló entre los que se decían sus seguidores, como ya había sucedido en la sinagoga de Cafarnaúm con la muchedumbre de sus discípulos. Aquellos hombres no podían aceptar que la libertad se encontraba en la verdad proclamada por Jesús. Y el Evangelio remacha así las cosas: *'Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres.'* (v. 36) Ya vemos el paralelismo entre la verdad y el Hijo. Pero aquellos hombres, como los de hoy, rechazan la verdad sobre sí mismos y sobre Jesús: ni éste puede liberarlos ni ellos tienen necesidad de serlo. Este es el drama de los rebeldes.

persona, al igual que su vida y mensaje, es la verdad. Él es el único Maestro, el Hijo que todos deben escuchar y acoger.

Jesús, con una argumentación progresiva y sin fisuras, pondrá de manifiesto la **ignorancia de sus detractores**. Muestra, en un primer momento, cómo en su testimonio se da cita el testimonio del mismo Padre. No son uno, sino dos a testimoniar (Cf. Jn 8, 13-20). Él habla de lo que conoce; sus opositores de lo que desconocen. La comunión con el Padre, pues, funda la autoridad de su persona y misión, la veracidad de su testimonio.

Insiste, en un segundo momento, en el hecho de que sus palabras provienen del mismo Padre. *El que me envió es veraz, y yo he de decir al mundo lo que le he escuchado.* (8, 26) Sus palabras y obras tienen su fuente en el Verdadero. El Antiguo Testamento presentaba a Dios como el Verdadero, como la fuente de la verdad. Y Jesús, por su comunión y plena identificación con el Verdadero se convertirá en la verdad de Dios (Cf. Jn 14, 10). El hombre en consecuencia no es la fuente de la verdad ni quien puede determinarla. Su grandeza está en recibirla. Su rebeldía en rechazarla.

El vocablo 'verdad', en san Juan, jamás se aplica a Dios. Nunca encontramos la afirmación: Dios es la verdad, cosa que sí hará del Verbo encarnado y del Espíritu. Dios es el Verdadero, mientras que Satán es el mentiroso.

Presenta el evangelista **la verdad como una realidad histórica: la revelación definitiva traída por Jesús y presente en él. La verdad pertenece a lo que los teólogos llaman la 'economía'**: la venida de la verdad es un acontecimiento fundamental en la historia de la revelación, el acontecimiento de gracia (Jn 1, 17) que inaugura los tiempos escatológicos.

En este sentido la verdad se comprende como un camino de vida y de salvación. De alguna forma es el designio y compromiso de amor de Dios por la humanidad. Ella aporta la auténtica libertad. No es una norma constringente, sino un principio de vida y libertad. La rechazaron los judíos en nombre de su cultura religiosa y corre hoy idéntica suerte. Siguen los hombres invocando sus tradiciones o proyectos para rechazar la palabra reveladora, que el Hijo dirige hoy a la humanidad, mediante el testimonio apostólico.

Las razones que se invocan para rechazar la verdad de Dios, son en buena parte falaces. Se disfraza la rebeldía humana invocando razones de todo tipo, como lo hicieron los judíos y luego los griegos. La verdad del Logos de la cruz, no lo olvidemos, se rechazó en nombre de la razón y de la ley. Y hoy nos sucede lo mismo. A esta situación se le ha calificado con una frase significativa: **el mito de la desdicha y el rechazo de la verdad**.

Expliquemos un poco esta frase de Danielou. Puede ser de gran utilidad para los testigos y discípulos de la verdad. Mucho se insiste hoy en la crisis de fe de nuestro mundo. Para explicarla se recurre a varias causas: la injusticia, el hambre, la falta de credibilidad de la Iglesia y de los cristianos, la inadaptación del lenguaje, el desfase de las religiones con relación a la evolución del mundo... etc. Pero cabe preguntarse con nuestro autor, si el cúmulo de tanta desdichas para rechazar la verdad, ¿no encubre algo más grave? Por la agudeza y lo sugestivo de sus análisis, resumo brevemente lo que dice a partir de tres autores muy a la moda en nuestros días por sus ideas, aunque no siempre se conozcan sus nombres y obras.

Nietzsche pensaba que sólo se puede construir el hombre sobre la muerte de Dios. Experimentaba frente a Dios una secreta envidia, fuente de rebeldía. Le resultaba insoportable tener que reconocer una grandeza que él no podía poseer. Este hombre, que tantos adeptos tiene, aun cuando lo ignoren, en la sociedad globalizada, es el representante más significativo del ateísmo positivo, para el cual el hombre sólo existe si es el valor supremo.

Nietzsche vio también con claridad el vínculo que existe entre Dios y una moral objetiva. Fue el primer representante de la moral de situación. Vio muy bien que la moral era inseparable de Dios, que no era una ley abstracta, sino la expresión de una voluntad personal. Y ahí estribaba su rebeldía, en sustituir una moral recibida de otro por una moral que se da él mismo. Se producía un cambio de perspectiva en los valores. Se hacían autónomos y, de algún modo, absolutos, como ya sucedió en el judaísmo con la ley. Se cortaban de la fuente y el hombre podía manipularlos un poco a su antojo.

Malraux, en el libro *La condición humana*, exalta la grandeza del hombre ante su destino. Pero su mundo se halla cerrado a Dios. Busca establecer un cierto **humanismo social**. La tentación es muy sutil, quiere demostrar a través de la grandeza de sus personajes, que el hombre no necesita de Dios para hacer el bien. Propugna una ética de mártires. El mártir sin fe. El hombre debe ser un rebelde ante el destino...

Pero atención: 'no es lo absurdo del mundo lo que suscita la rebelión, es la rebelión quien introduce primero en el mundo el absurdo, para buscar luego una justificación; los escritores de que hablamos tienen necesidad del mal para rebelarse; porque el pesimismo es el alimento necesario de la rebelión. Lo primero es la voluntad de rebelión; y porque ellos tienen de antemano esa voluntad de rebelión, porque de antemano quieren decir no al mundo, porque de antemano quieren poner en duda la creación, porque de antemano quieren negarse a reconocer que este mundo es bueno, que es obra de Dios, por eso buscan por todas partes las razones que les sirvan para rechazarlo, y por eso la rebelión inventa el pesimismo, busca el escándalo, subraya solamente lo peor, se aparte de todo lo que pueda ser válido, y todo ello para poder decir el no que quiere decir.

Para **Kierkegaard**, el hombre tiene sólo dos opciones: la rebeldía y la fe. La fe no es la justificación del mundo. Al contrario, supone el escándalo, puesto que ella consiste en superarlo. Pero ese acto de fe, llamamiento lanzado por el hombre, cautivo e incapaz de liberarse, a una salvación que le vendrá de otro, es precisamente lo que rechaza el rebelde. Sin embargo, hay que hacer notar aquí que la rebelión ha cambiado de sentido. Ya no se trata de la rebelión contra la injusticia. Esta, lo hemos dicho, la admitimos nosotros. Ahora se trata de la rebelión frente a la dependencia. No es a la injusticia a la que se dice no, sino a la soberanía de Dios. Rebelarse es negarse a obedecer a la verdad de Dios.

Para el rebelde sólo existe el lado oscuro de la existencia. Hay una secreta complicidad con la muerte y la nada. Complicidad que es, en último término, voluntad de pertenecerse. Porque todo espíritu un poco abierto sabe que toda dicha es un consentimiento y una gratitud. Hay mucha humildad en aceptar ser feliz. El orgullo necesita la desdicha para nutrir su rebelión. Se teme que mi dicha dependa de otro, pues tendría que entregarme a su libertad y verdad.

2.- EL TESTIGO DE LA VERDAD

La tendencia a identificar Jesús y la verdad se manifiesta en la fórmula testimoniar la verdad. Juan Bautista vino a revelar a Jesús como el Mesías (Jn 1, 31; 5, 33). Jesús al decir que había venido para dar testimonio de la verdad (18, 37), se estaba revelando a sí mismo. Dar testimonio para Juan es dar a conocer a Jesús.

La fe, recordémoslo, nace del testimonio acogido con libertad y confianza. Pablo concluye así un largo razonamiento sobre lo inexcusables que son los que se niegan a creer: '**La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo**'. (Rom 10, 17) La fe es poner la rúbrica a la veracidad de Dios, tal es el sentido del 'Amén'

que podemos pronunciar gracias a Jesucristo. Él es el testigo fiel y veraz, el Amén. El creyente se entrega a **la Palabra de la verdad**, se deja hacer y modelar por ella.

El testimonio del Padre resuena en el bautismo y en la Transfiguración con estos ecos: *Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.* (Mt 17, 5) Por ello insistía Jesús que quien no lo acogía a él, rechazaba el testimonio del Padre.

Quien es de la verdad, es decir, quien está abierto radicalmente a ella, acogerá con alegría las palabras de Jesús. Él ha venido de parte de Dios como el testigo. Su vida fue un combate por la verdad. Y sellará ese combate con su propia sangre. Él se presentará como el testimonio del Padre y el testigo del Padre. En él se ha revelado y realizado en designio eterno de Dios. Y a través de su economía de salvación el mismo ser de Dios.

También el Espíritu Santo aparece como el testigo de la verdad, lo veremos más en detalle; baste ahora indicar que el testimonio proviene del Padre por medio de su Hijo en el Espíritu de la verdad.

Dios dirige una palabra al hombre y este debe tomar postura ante ella. Palabra que introduce en esa batalla subterránea existente entre la verdad y la mentira. Y de hecho, los discípulos de la verdad serán enviados como testigos de la verdad. Duro será el combate que estarán llamados a sostener.

Puesto que la fe es una decisión ante la Palabra de Dios, los testigos deben hacer todo lo que esté en ellos para comunicarla con seriedad y fidelidad. Y este anuncio pueden hacerlo siempre, aunque no sean perfectos, pues ellos son los primeros juzgados por la verdad. Pero han experimentado que es una verdad que libera y salva, aunque también introduce en el drama del combate entre la verdad y la mentira. Los hombres tienen que decidirse ante la verdad de Dios, no ante la honradez o coherencia de los testigos humanos.

En Jesús, las cosas son un poco diferentes, pues en él, como ya he dicho, se daba a un tiempo el testimonio y el testigo, él era la verdad de Dios que se revelaba en la plenitud de los tiempos.

Quien acoge su testimonio, confirma que Dios es verídico (3, 33). Mediante el envío de su Hijo es como se muestra Dios como el Verdadero.

3.- YO SOY LA VERDAD

La verdad en san Juan se identifica formalmente con Jesús histórico. Es la novedad y lo más específico de él. ¿Cómo comprender esta identificación entre el hombre Jesús y la verdad? La Verdad se hace personal. Por ello, la verdad es, en última instancia, el 'Hijo' en cuanto revela la voluntad salvífica del Padre y el camino de la salvación. ***Yo soy el camino, la verdad y la vida*** (Jn 14, 6).

A diferencia de la verdad del platonismo, no es la esencia divina, el ser trascendente de Dios, como tampoco el Verbo eterno viviendo junto al Padre. Ella tiene su 'lugar' en el hombre Jesús, en este hombre que se ha hecho conocer entre nosotros como el Hijo de Dios. Este acontecimiento central de la historia de la salvación, este don de la revelación, es la verdad. Encontramos esbozada así una concepción que llegará a ser clásica en los Padres de los primeros siglos y que será retomada en la Cristología moderna: la vida humana de Jesús, su actitud filial, su sumisión al Padre, son la traducción y la imagen, en el plano de la historia, de la relación trascendente e intro-divina entre el Hijo y el p. Para Juan, la verdad es ese desvelamiento de la vida profunda de Jesús; ella es la

transparencia y la gloria de Jesús; ella es, en el hombre Jesús, el destello de la presencia del Hijo y del Padre

Resulta importante ahondar la originalidad y novedad del planteamiento del Evangelio de Juan. Insiste en el prólogo como la economía de la gracia y de la verdad nos llegan por el Verbo encarnado, pues se ha desbordado su plenitud de gracia y de verdad sobre nosotros. *Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad... Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.* (Jn 1, 14.17) Juan no dice en ningún momento que Jesús es la verdad preexistente que se encarna: la verdad sería en ese caso como en los griegos una sustancia divina, sería un ser celeste descendido entre nosotros.

La verdad estaba en Jesús, con él se identifica y por su medio nos dada. Pero Juan no dice que la verdad se encarnase. Para el evangelista comenzó ella a existir en el mundo a partir de la Encarnación. La Palabra encarnada dio comienzo a la revelación escatológica. Sólo el Verbo encarnado estaba pleno de verdad, él solo fue la revelación: *A Dios nadie lo ha visto jamás: El Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado* (1, 18).

La verdad de Cristo²⁹ es el desarrollo de su filiación, de una vida bajo el signo del amor y de la obediencia al Padre. Esta revelación de Cristo, esta verdad, alcanzará su momento álgido en la Cruz.

²⁹ Jn 1, 14.17 Es un condensado de la teología de la Encarnación. ¿Basta equiparar gracia y verdad con la misericordia (amor) y fidelidad del Antiguo Testamento? Tener en cuenta el tema de las prefiguraciones y la realidad, tan presente en la reflexión de los Padres de la Iglesia sobre cómo se articulan los dos testamentos. La antítesis Ley y Verdad.

Juan contrapone el don de la Ley y la gracia de la Verdad. La contraposición se opera entre Ley y Verdad. No entre gracia y ley. Así se entiende mejor el v. 16, gracia sobre gracia. El paralelismo entre ley y verdad se encuentra en el Sal 118, que es un elogio de la ley. Para este salmo, la verdad de Dios es la revelación de su voluntad expresada en la ley. De ahí la interrelación entre Ley y verdad. Los judíos pensaban tener en la ley, el conocimiento exacto de la verdad, de la revelación de la voluntad de Dios.(Cf. Rom 2, 17-20)

Este paralelismo entre Ley y Verdad puede ser sinonímico, antitético y sintético o progresivo. El sintético o progresivo será el empleado en este caso. El don de la Ley se habría dado por Moisés. El de la verdad por Jesucristo. Estamos en el tema del Mediador de la revelación. Con Jesucristo el don, nombrado ahora gracia, habría alcanzado su cima.

Pero mientras 1, 17 habla de la verdad en la perspectiva de la historia de la salvación, 1, 14 lo hace en la perspectiva de la persona del Revelador. Si el evangelista puede afirmar al Verbo encarnado pleno de gloria y verdad, es porque los discípulos pudieron contemplarlo en su caminar, hablar y pasar de este mundo al Padre. Ellos no vieron la irradiación de su divinidad, sino el despliegue progresivo de su filiación.

La gloria describe la manifestación filial de Jesús con relación a sus discípulos, la verdad la expresa en sí misma. Gloria y verdad tienen el mismo contenido. Si la gloria del Verbo hecho carne es la del 'Hijo único viniendo del Padre', se sigue que la verdad de la que está pleno es la revelación de su divina filiación.

La verdad de Jesús es la revelación de su relación filial al Padre y de su venida de junto al Padre; la verdad del Verbo encarnado, es que él es el Hijo único engendrado por el Padre y enviado por el Padre. (I 210)

La gracia de la verdad: el Hijo único vuelto hacia el Padre (1, 18) Jesús constituye el acontecimiento fundamental de la economía de la revelación. Si el don de la Ley hecho por Moisés era el inicio de la verdad, ahora esta gracia ha llegado a su cima. La plena revelación de Dios tiene lugar en la economía de la Encarnación, que es, por lo mismo, la economía de la verdad.

Releamos en este punto un texto sencillo y de gran profundidad De las Conferencias de santo Tomás de Aquino. Conferencia 6 sobre el Credo:

¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado.

La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció. En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.

Si buscas un ejemplo de amor: Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos. Esto es lo que hizo Cristo en la cruz. Y, por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él.

Si buscas un ejemplo de paciencia, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Dos cosas son las que nos dan la medida de la paciencia: sufrir pacientemente grandes males, o sufrir, sin rehuirlos, unos males que podrían evitarse. Ahora bien, Cristo, en la cruz sufrió grandes males y los soportó pacientemente, ya que en su pasión no profería amenazas; como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca. Grande fue la paciencia de Cristo en la cruz: Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el inicio y completa nuestra fe: Jesús, que renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia.

Si buscas un ejemplo de obediencia, imita a aquel que se obediente al Padre hasta la muerte: Si por la desobediencia de uno –es decir, de Adán– todos se convirtieron en pecadores, así por la obediencia de uno todos se convertirán en justos.

Si buscas un ejemplo de desprecio de las cosas terrenales, imita a aquel que es el Rey de reyes y Señor de señores, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y el conocer, desnudo en la cruz, burlado, escupido, flagelado, coronado de espinas, a quien finalmente, dieron a beber hiel y vinagre.

No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que se repartieron mis ropas; ni a los honores, ya que él experimentó las burlas y los azotes; ni a las dignidades, ya que le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado; ni a los placeres, ya que para mi sed me dieron vinagre.

Comentemos ahora la afirmación de Jesús: ***Yo soy el camino, la verdad y la vida*** (Jn 14, 6). Los mismos temas se presentan desde otra perspectiva. Jesús es la ***Verdad***, porque en él se revela el Padre y porque así es para nosotros el ***Camino*** hacia el Padre, origen y meta de toda vida. La verdad de Jesús es que él está en el Padre y el Padre está en él (14, 10). Así se revela en su persona la íntima comunión entre el Hijo y el Padre, la verdad que salva.

Una pregunta retuvo la atención de los comentaristas: ¿Cuál ha de ser la ***relación*** existente entre camino, verdad y vida? ¿Cuál de esas palabras se presenta como la principal, la que determina las otras, dado el contexto de la declaración?

La revelación no es ya una legislación, sino una persona. El Hijo nos revela al Padre y el camino a seguir para llegar a ser hijos de Dios por la fe. Jesucristo no es solamente el Revelador, es, en persona, la revelación. La verdad de Dios y del hombre se nos dan a conocer en su filiación. En el Verbo encarnado, por tanto, aparece la gloria y la verdad. La luz que ilumina a todo hombre y da la vida.

Del análisis de la sección 13, 33 – 14, 6, Jesús parece responder a una cuestión que preocupó a los judíos (Cf. Jn 8, 32) y sigue preocupando a los discípulos: ¿A dónde va Jesús y cuál el camino a seguir?

Jesús toma el camino del nuevo Éxodo, de la marcha hacia el Padre. Tan sólo él puede encabezar la marcha, abrir el acceso al Padre. Y lo hará mediante su Pascua. Él preparará un lugar y volverá a buscar a los que por el instante no pueden ir con él. Preguntado por el camino, dirá que él es el camino: ***Yo soy el camino***. Jesús, como se confirma en la segunda parte de la declaración, es el camino, el Mediador único para allegarse al Padre.

De aquí se concluye que Camino es la palabra principal y que las otras dos, verdad y vida, son como una explicación de la primera. Los και (y) son explicativos, no sólo copulativos. Pero cabe preguntarse qué intenta explicar y cómo se armonizan las tres palabras

El versículo no parece significar, en el contexto, que Jesús sea un camino hacia la verdad. Es presentado como el camino hacia el Padre, precisamente en cuanto que es la verdad y la vida. Explican el rol mediador de Jesucristo: porque es verdad y vida puede conducirnos al Padre.

Jesús es la verdad porque él es desde ahora la revelación del Padre³⁰. Es la vida, porque desde ahora da a los creyentes la vida del Padre. es, por tanto, verdad y vida en relación con el Padre.

Pero Jesús no es sólo el Revelador del Padre, el camino hacia él, pues se identifica claramente como la verdad. Él mismo es la plenitud de la revelación. La dimensión funcional de Cristo se apoya en su ser mismo. Hay que saber lo que es Cristo en sí mismo para bien comprender su función.

El conocimiento de Jesús sólo puede hacerse en la fe. Su unión al Padre y su condición de único Mediador, resultan imposibles de comprender al margen de la fe. De hecho los discípulos no habían comprendido todavía la unión existente entre el Padre y él. La afirmación: Yo soy el camino, la verdad y la vida, sirve de bisagra entre el tema del camino y el conocimiento de la meta que es el Padre, hacia el que el Hijo se encamina a través de la cruz (Cf. Jn 14, 28).

Jesús es el camino para ir al Padre, ya que por él accedemos al conocimiento del Padre. Él es la verdad, la revelación perfecta y definitiva, porque en su persona se desvela la íntima comunión del Padre con el Hijo. Porque el Padre permanece en él, en su persona se puede ver y conocer al Padre³¹.

³⁰ Esta perspectiva está ya presente en textos del Antiguo Testamento. Gen 24, 48 habla de 'camino de la verdad', que ciertos traducen por camino bueno. Tob 1, 3; Sal 118, 30; Sab 5, 6 usan camino de la verdad para significar una forma de vivir de acuerdo con la ley. También el judaísmo se mueve en esta misma óptica.

En 2P 2, 2 'Camino de la verdad' expresa una manera de vivir conforme a la fe, como puede inducirse de la expresiones paralelas (2, 15.21; 1, 12.19; 2, 9.17)

La expresión el camino de la verdad contiene ciertamente una nota moral, pero prevalece en Juan la dimensión de revelación. Muchos textos similares de la literatura judía y patrística se sitúan en un horizonte escatológico y soteriológico. Por el camino de la verdad puede uno alcanzar la salvación, acceder al reino de la vida junto a Dios.

El camino de la verdad debe buscarse ahora en la persona misma de Jesús. Dominus Iesus Christus... viam veritatis in seipso demonstravit. (S. Tomás, Prólogo a la IIIª parte)

³¹ Verdad y Revelación se pueden tomar como equivalentes, si se comparan 1, 14-18 y 14, 6-11 (Cf. 8, 31-36) Jesús aporta la revelación, la verdad, de su persona y de su relación con el Padre. Es el Unigénito, que vive junto al Padre (1, 1-2; 1Jn 1, 2 πρως) como Verbo eterno, pero en

De Cristo-Verdad no se habla más que en el contexto inmediato de su Encarnación; sólo la Palabra encarnada, el Hijo de Dios aparecido entre los hombres, es para san Juan 'la Verdad' de Dios³². Sólo el hombre Jesús es entre nosotros la viviente epifanía del Padre; y por ello él solo es para nosotros 'el Camino' hacia el Padre.

III.- VERDAD DE DIOS Y VERDAD DEL HOMBRE

Jesús reveló al hombre la verdad de Dios. Nadie conoce al Hijo sino el Padre y al Padre sino el Hijo. Sólo él lo ha visto, sólo él salió de su seno para dárnoslo a conocer. En él hablaba y obraba el Padre, de modo que su palabra y sus obras son reflejo del Padre. Quien lo ve en la fe, ya ha visto al Padre.

Como el Revelador, como la Palabra encarnada, Jesús dio a conocer la paternidad de Dios, origen y meta de cuantos aceptan vivir la existencia como hijos. A cuantos lo recibieron en la fe los capacitó para llegar a ser hijos de Dios. Y en su ser filial desveló a la humanidad el camino a seguir para alcanzar la plenitud de la vida. Pablo insistirá en cómo Jesucristo es la plenitud del hombre, la verdad de Dios y del hombre.

La revelación cristiana, tal como nos llegó por Jesucristo, no es una explicación entre otras explicaciones, que los hombres han podido dar al enigma de la existencia. Dios no es una proyección del hombre. La revelación proclama lo que no sabíamos que

cuanto se encarnó vuelto hacia el Padre (1, 18 notar la preposición εἰς). Jesús es la verdad en su calidad de Verbo encarnado, en cuanto está y se revela en la carne.

La mediación de la revelación (Cristo es la verdad). El Hijo que estaba junto al Padre viene a los hombres para comunicarnos la revelación. Movimiento descendente.

La mediación de la comunión (Cristo es el camino). El Hijo que estaba en el mundo camina vuelto hacia el Padre. Es el movimiento hacia la comunión filial. Movimiento ascendente.

Porque es la verdad, Jesús es para nosotros la vida y el camino. La mediación de la revelación se ordena a la mediación de la comunión. Jesús es la verdad para podernos dar la vida, la vida de los hijos de Dios (1, 12)

Si la exégesis de 14, 6 debe superar el simple nivel de la '**economía**' para elevarse al de la '**teología**' de las relaciones trinitarias, que dan a la revelación su verdadero objeto, esta 'teología' de la vida de Dios, sin embargo, sólo se nos da ella a conocer en la 'economía' de la revelación; y es únicamente por esta economía que la vida del Hijo y del Padre se hacen para nosotros 'verdad'.

³² «La verdad divina está presente en Jesús; por ello la Palabra de Dios que él trae es 'verdad' (17, 17b) en un sentido cargado de realidad. Las palabras de Jesús no revelan misterios de índole apocalíptica ni enseñan 'verdades' objetivas, sino que como palabras del enviado y revelador son 'espíritu y vida' (6, 63.68). Los hombres que acogen en sí esa verdad no alcanzan por ello una enseñanza o ilustración racional, sino que son 'santificados' en la verdad (17, 17a.19) y colmados con la vida de Dios. La verdad pasa a ser en ellos una realidad y una fuerza (Cf. 1Jn 1, 8; 2, 4), que los libera de la esclavitud y los conduce a la verdadera libertad (8, 32-36). Por lo demás, la verdad debe también llegar a ser la norma que rige su vida; deben 'hacer la verdad' y ejercitar el amor 'en obra y verdad' (Cf. 3, 21; 1Jn 1, 6; 2, 21). La paradoja de que se debe ser de Dios o de la verdad para poder ir a Jesús y acoger su palabra (Cf. 3, 21; 8, 47; 18, 37), y que, por otra parte, sólo por la permanencia en su palabra se conoce la verdad (8, 32), y se es santificado en la verdad (17, 17), depende de los aspectos y principios teológicos, de los que se habla en otro contexto»

éramos en el plan de Dios, pues tampoco conocíamos su ser más profundo. Dios es Padre y nosotros sus hijos. Somos y estamos llamados a ser hijos en el Hijo. Nuestra vocación es la comunión en Aquel que es el Amor. La plenitud del hombre como persona social es Cristo. El que bajo y subió a los cielos, repartió sus dones para que todos juntos *lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo.* (Ef. 4, 13) La comunidad humana encuentra su plenitud en Jesucristo muerto y resucitado. Él es origen, camino y meta del Hombre nuevo.

El Concilio Vaticano II se ha hecho eco de la fe apostólica, al desarrollar cómo en Jesús brilla y se revela tanto la verdad de Dios como la verdad del hombre sobre sí mismo y sobre su futuro (Ver GS 22; 41).

Fuera de Jesucristo el hombre no puede caminar en la verdad plena y hacia la verdad plena de su identidad en la historia. Sin él no sabemos qué es la muerte, ni qué es la vida, ni qué es Dios ni que somos nosotros mismos.

Pero atención, si se quiere conocer la verdad del hombre, no es suficiente quedarse preso de algunas actitudes de Jesús. Los cristianos somos, ante todo, los discípulos del Resucitado. La luz de la resurrección se proyecta sobre todas las Escrituras, sobre la historia entera de la humanidad, y aun de la creación. Sólo ella es la que desvela los anuncios proféticos y da sentido a la esperanza que anima a la misma creación. La verdad de Dios y del hombre aparece en la Pascua de Jesús e ilumina de forma retrospectiva el pasado y el futuro del mundo del hombre. Quien no se sitúa en este futuro, jamás podrá llegar a descubrir con plenitud su verdad.

Revela la resurrección en qué consiste la muerte auténtica. No es la separación del alma y del cuerpo, como lo proclaman la filosofía y, de otra forma, las leyes de la biología. Las Escrituras revelan que la muerte es la separación del hombre y Dios. Por ello, los Padres de la Iglesia ven en la muerte biológica como una invención de Dios para impedir la el señorío de la muerte. La muerte será vencida en la muerte. Pablo, tras asentar que la fe se apoya en la resurrección de Jesús de entre los muertos, prorrumpe en este himno triunfal: *Y cuando este ser corruptible se vista de incorruptibilidad y este ser mortal de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!* Y concluye el Apóstol: Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano en el Señor. (1Cor 15, 54-58; Cf. Rom 5, 12 – 8, 39)

Esta verdad es muy difícil de comprender con la mentalidad de nuestras culturas. La fe mira el presente desde el futuro que tuvo ya lugar en la resurrección de Jesús. El futuro fue dado a la humanidad a través de la muerte. Hoy, el hombre pretende alcanzarlo con su esfuerzo. En la sociedad del confort y de la globalización, ya no se atreve a pensar en la muerte biológica, pues se tiene vértigo al pensar que el hombre no puede superarla. Se piensa que el hombre puede vivir como si Dios no existiera y para ello es necesario eliminar las cuestiones últimas. Y así nos encontramos con la mentira, con el engaño de un humanismo o, si prefiere, con el desorden de quien busca el fundamento de todo en el hombre.

Revela también la resurrección qué es la vida auténtica. Los hombres, en este mundo inhóspito, los sociólogos han hablado de mundo sin hogar, buscan ser reconocidos y ponen su felicidad en cosas provisionales y efímeras, como puede ser el prestigio, el poder o la riqueza. Pero el espectro de la injusticia, de la rivalidad y de la violencia, pronto se hace sentir. La competencia se establece como norma de vida, la

norma del mercado se transfiere a todo los campos de la vida, y los pobres son cada vez más excluidos.

La resurrección del Siervo proclama, a ricos y pobres, el lugar y el camino de la vida sin ocaso y plenamente feliz. La fe, el amor y la esperanza hacen posible que el Espíritu de la vida y de la libertad se apodere de la existencia de los hombres y lo conduzca a la plenitud de vida y comunión con Dios. No bastan, pues, para liberar a humanidad de la esclavitud y darle su auténtico sentido y plenitud, ni un discurso ético ni una mera transformación económica de la realidad. Uno y otra son necesarios, pero también insuficientes de todo punto. El hombre no necesita simplemente ser enseñado, aconsejado o alimentado, necesita ser salvado. Pablo sentará este principio que es la verdad misma de Dios y del hombre, tal como se han revelado en la Pascua del Hijo: *Y la Escritura no dice solamente por él (Abrahán) que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en **Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación.*** (Rom 4, 23-25)

La resurrección ilumina el camino a seguir para alcanzar la plena realización de la humanidad. El Verbo se hizo carne, murió y resucitó, para abrirnos el acceso a la comunión filial con el Padre. El camino del Siervo, ese camino que no soporta nombrar nuestra sociedad del confort y del bienestar, pero también de la injusticia y de la violencia institucionalizada, es el que se nos descubre en la resurrección como el auténtico camino del hombre perfecto. Lo sentenció el mismo tribunal del mundo ante el pueblo de Israel: **He aquí al hombre.**

La verdad del hombre y el camino a seguir para conseguirla –Jesús es el Hombre nuevo y el único camino para llegar al Padre– es lo que celebra el creyente en la Eucaristía. Es el sacramento de la nueva creación, donde todos es transformado en Cristo mediante la carne y sangre del Resucitado. ¿Vivimos de esta verdad? ¿La proclamamos antes los nuevos areópagos de nuestra sociedad globalizada?

Saquemos para terminar algunas conclusiones:

1. Con el término verdad, Juan interpreta el acontecer de la revelación en Jesucristo (1, 17) Él, en su condición de Enviado, transmite la revelación como camino de salvación. Lo hace, ante todo, a través de su palabra.
2. La verdad de Dios está presente en Jesucristo (14, 6), de tal modo que cuanto verdad y salvación busca el hombre la puede encontrar en él de forma plena, total y exclusiva. El hombre Jesús es el camino para la Iglesia y para el mundo. Pero la verdad, para que pueda producir frutos debe ser acogida con fe. La única exigencia para alcanzar la verdad salvadora es la acogida creyente de la persona de Jesús y la permanencia en su palabra (8, 31s)
3. La verdad plantea exigencias al hombre, que debe poner en práctica la verdad de la revelación. Todo, incluida la adoración, debe realizarse de acuerdo con la verdad de la revelación.
4. Así mismo, la verdad proclamada por Jesús tiene también una función crítica. La revelación ofrece los criterios para el enjuiciamiento de los hombres. La división no se establece entre Dios y el hombre, sino entre la glorificación de Dios por un lado y la idolatría del hombre por otro. No pueden darse dos absolutos. Y aquí se injerta el tema de la adoración. El hombre es un ser que se recibe de Dios; y no sólo por una especie de empujón inicial, sino dentro de una relación actual. Para mí, existir es estar en relación con el Otro. El hombre no se basta a sí mismo. Un hombre sin el Dios de Jesús no es plenamente humano. No basta la acción social ni la ética. Compromiso y adoración deben ir de la mano.

5. La verdad no es una realidad de la que el hombre pueda disponer libremente; no es un bien acabado y ya preparado que nos podemos apropiarnos y administrar. La acogida de la verdad implica una gran actividad por parte del creyente bajo la acción del Espíritu. El discípulo debe recibir todos los días la verdad de Dios y del hombre de la Palabra y vida de Jesucristo.

DISCÍPULOS DE LA VERDAD

El hombre peregrina hacia su plenitud en la medida que se hace discípulo de la verdad. Sólo así camina hacia el futuro que Dios le regaló al amarlo, elegirlo, llamarlo y salvarlo en Jesucristo, su Hijo venido en la carne.

Cuando Jesús se auto-proclamó la verdad (Jn 14, 6), más que una revelación de su naturaleza divina, se nos daba a conocer como el camino a recorrer para llegar a la filial comunión con su Dios y nuestro Dios, con su Padre y nuestro Padre.

Peregrinar hacia la verdad, es peregrinar hacia Cristo resucitado a través de su camino de Siervo. Jesús peregrinaba hacia el Padre, los discípulos, unidos a él en el Espíritu, desean adentrarse en esa relación de comunión y misión que expresa la misma vida divina. Es una peregrinación muy singular, pues está marcada por el carácter de lo absoluto. Es una peregrinación a través del Mediador único.

Nuestras culturas, marcadas como están por la mentalidad científica, resultan con excesiva frecuencia un obstáculo para que el hombre desarrolle su condición de peregrino de la verdad. Un cierto ateísmo práctico parece ganar terreno, incluso entre los más nobles humanismos.

La civilización técnica amenaza con apartar al hombre de la adoración, pues lo hace vivir encerrado en el universo de sus propias obras, de sus proyectos y medios. ¿Para qué sirve Dios? Se pierde el sentido de la gratuidad. No le queda tiempo para Dios. No le resulta útil ponerse a escuchar la palabra de la revelación. Pero como siento angustia y vértigo ante su propia grandeza, que lleva en sí la marca de lo caduco y provisional, trata de crear y formular sus propias verdades. Siente la necesidad de la verdad y de la moral, pero al pretender ser artífice de una y otra, corre el peligro de privarse de ambas. Lo relativo y provisional no son base para edificar una auténtica moral, que defienda a los pobres de la tierra de las arbitrariedades de los poderosos.

La técnica, por otra parte, hace que el hombre se sienta dueño de su destino, incluso de su destino biológico, rechazando la dependencia de Dios y de sus mediaciones. Las realidades espirituales se denuncian como carentes de eficacia para la transformación concreta de la existencia. Cuenta el compromiso y la acción. Y el reproche de espiritualismo se populariza, pues es una forma de negarse a ser oyente de la Palabra y buscador de la verdad de Dios y del hombre a través de la revelación.

La ciencia, que tiene una función muy positiva de catarsis de lo religioso, está abierta hacia el futuro y el progreso. El trabajo científico es un trabajo de invención y verificación. Consiste en ir siempre adelante. El hombre de ciencia se caracteriza por la búsqueda y el progreso indefinido. Así se ve cuestionada la raíz misma de la fe, pues ésta se apoya en el testimonio de Dios, en una palabra pronunciada de una vez para siempre.

Conocemos bien la expresión de san Juan de la Cruz, cuando dice que Dios habló todo en la única Palabra que tenía; y luego quedó como mudo. Y si bien es cierto que los grandes científicos reconocen el valor de la mística, no es menos cierto que la cultura científica, mal asimilada por los hombres y mujeres de la calle, contribuye a propagar un ateísmo de tipo práctico: un vivir como si Dios no existiera o un vivir sin tener necesidad de Dios.

¿Cómo debe situarse el discípulo ante la verdad de Dios?

I.- LA VERDAD DE DIOS

¿Qué es la verdad, preguntó Pilato a Jesús? Nuestras preocupaciones y preguntas van ahora en otra dirección. Si hay una verdad proveniente de Dios, ¿cómo nos llega ella a nosotros?, ¿qué retos plantea esa verdad a la sociedad moderna o posmoderna?, ¿cómo acogerla en nuestra condición de discípulos de Jesucristo?

Insisto en la perspectiva del planteamiento de la cuestión, pues suele hacerse de ordinario a la inversa. Miramos al mundo y preguntamos qué retos o desafíos plantea a la fe, a la verdad sobre Dios. Con ello, queda en la penumbra tanto la verdad acerca de Dios, como su proyecto sobre el mundo y la persona humana. Hecho el hombre, varón y mujer, a su imagen y semejanza, sólo el Creador puede decirnos quién es y cuál es su destino último. Recreado en Cristo, sólo él puede darnos a conocer la vida en su novedad.

Claro, la verdad de Dios introduce tal novedad en la cultura y sabiduría de los humanos, que no es extraño, si pretenden desembarazarse de ella, pues resulta inquietante para la autonomía de la razón y, cosa curiosa, de las mismas religiones. La sabiduría y fuerza de Dios entran en claro conflicto³³ con la sabiduría y fuerza del mundo. Se constató ayer, se constata hoy y se constatará mañana.

San Ireneo denominaba a los apóstoles **discípulos de la verdad** (Adv. haer., III, 5, 1). Pero la comprensión que de la verdad tenían los primeros Padres de la Iglesia, difería considerable de su entorno, tanto judío como griego³⁴. En la perspectiva de san Juan,

³³ Hoy también, como ayer, suele practicarse una lectura selectiva de las Escrituras. Ante el drama de una sociedad dividida y violenta, a pesar de la globalización y a causa de la misma, el lenguaje de la verdad resulta para algunos intolerante y trasnochado. Cuesta leer textos como Mt 11, 11-15; 10, 34-36; Jn 3, 16-21; 8, 31-59; 18, 36-38... etc. Como Pilato, no faltan quienes preguntan qué es la verdad, pero en lugar de escuchar la respuesta del Maestro enviado por Dios, salen fuera, la busca al margen de Aquel que es la verdad de Dios. Los que son de la verdad, escuchan la voz del Hijo de Dios. Jesús ha venido al mundo para que prenda el amor y la verdad en el corazón de los hombres. El conflicto inherente, no le paralizó. Acepto la soledad y rechazó, pero se mantuvo firme en la verdad del Padre. ¿Lo entendieron sus paisanos? ¿Se adaptó a la cultura ambiente? ¿Cedió ante las expectativas mesiánicas de los suyos, incluidos sus discípulos? Como Rey de paz, dio testimonio de la verdad hasta el final. La contradicción acompaña siempre a los testigos de la verdad divina.

³⁴ Para los platónicos y los seguidores de Valentín, la verdad era una realidad ontológica, situada en el mundo celeste. Otras corrientes la veían como una sustancia o como la razón de las cosas. Influyó también en su comprensión la estrecha relación con el mito del retorno. Por ello se insistía en **el camino ascendente** hacia la verdad, tan propio de todas las corrientes gnósticas. El pensamiento bíblico identificaba de alguna forma la verdad con la fidelidad de Dios, con su firmeza, credibilidad y veracidad.. De hecho, donde el Antiguo Testamento hablaba de gracia y fidelidad, el evangelio de Juan escribe gracia y verdad. He aquí como traduce el P. Alonso en la Biblia del peregrino: *Pues la ley se promulgo por medio de Moisés, la lealtad y la fidelidad se*

la verdad era para ellos, ante todo, **el don de la revelación de Jesucristo**. No es una entidad del mundo celeste ni se identifica con la esencia divina. Es la revelación que llegó a la humanidad en la persona e historia de Cristo mediante la acción del Espíritu en la comunidad apostólica. La verdad, pues, sigue un camino descendente. Llegó a los discípulos por Jesucristo. El Espíritu la grabó en sus corazones, al tiempo que los llevaba a su pleno conocimiento. y Dios sigue dándola a conocer mediante la actividad de los testigos escogidos por él y equipado con el Espíritu de la verdad.

El P. Ignace de la Potterie, después de haber demostrado la distancia que separa el concepto de verdad griego del bíblico, en su famoso estudio sobre la verdad en san Juan, explicita así sus conclusiones sobre el concepto cristiano de la verdad:

- ❖ La idea de verdad de la que se alimenta la Tradición nos es la idea del veterotestamentaria de **verdad-fidelidad**, sino la idea de **verdad-revelación**, presente ya en los últimos libros del Antiguo Testamento y en el judaísmo, pero sobre todo desarrollada por san Pablo y por san Juan. En la corriente alejandrina y agustiniana prevaleció el empleo del concepto platónico de **verdad-sustancia**: es una concepción diferente, estática, cortada de la historia, y de tendencia dualista. La concepción bíblica, por el contrario, es **funcional y dinámica**; está en estrecha relación con la historia de la salvación; en el Nuevo Testamento, sobre todo en Juan, la noción de verdad está intrínsecamente ligada a la Encarnación y al misterio de Jesús. Fue esta la concepción que entró en la vida y en el pensamiento de la Iglesia, para llegar a ser rápidamente la concepción propiamente cristiana de la verdad.
- ❖ Reagrupando los elementos dispersos de la Tradición, se podría proponer la siguiente descripción sintética de la verdad cristiana:

La verdad procede de Dios, como lo indican expresiones frecuentes como 'la verdad de Dios' o 'el Dios de la verdad'. Ella es el designio de su sabiduría eterna, que se dignó revelar a los hombres. Él solo es pues el autor de la verdad, la fuente del misterio de la salvación.

En el plano de la historia, nos fue desvelada por Cristo, que es el verdadero Maestro de la verdad; o con más precisión, Jesús desvelado es toda la Verdad: en él se halla presente toda la revelación, puesto que ella es fundamentalmente el desvelamiento de su propio misterio. En cualquier caso, sólo el Espíritu puede introducir a los creyentes en la verdad plena; sólo el Espíritu puede conducir la Iglesia a Cristo; por ello es el Espíritu de la verdad. Pero la verdad a la que él conduce es siempre la verdad de Jesús y la doctrina del Hijo de Dios. En resumen, la verdad cristiana, es la revelación del misterio de Dios en Jesucristo y su actualización en la fe; todavía mejor, es el mismo Jesucristo que se reveló en nosotros, y que permanece viviente y presente en el Espíritu.

En el transcurso de la Tradición, la verdad recibe una serie de nombres más o menos equivalentes: la palabra de la verdad, la verdad del Evangelio, el mensaje evangélico, la verdad que salva, la doctrina de la verdad, la verdadera fe, la regla de la verdad, la verdad cristiana, la verdad católica, el camino de la verdad, la senda del verdad, nuestra doctrina, etc. Sin duda, el carácter doctrinal de la verdad estuvo en ocasiones demasiado recalcado, sobre todo en los textos recientes en los que se trataba de **verdades reveladas**. Sin embargo, aún en esos casos, se trataba de la **verdad revelada**, incluso si su vínculo con el Cristo revelador y con el Espíritu no aparecían con claridad.

realizaron por Jesucristo. (Jn 1, 17; Ex 34, 6) Juan contrapone las dos economías. La gracia y la verdad expresan los rasgos de la nueva economía.

El lugar de la verdad en la vida cristiana fue indicado con frecuencia: la verdad debe ser predicada, anunciada y comunicada al mundo, para que todos los hombres puedan llegar al 'conocimiento' de la verdad (conocimiento que no es sólo de orden intelectual)... La verdad debe ser para los hombres un alimento; deben intentar asimilarla para adquirir el sentido de la verdad, el sentido de Cristo. Así los creyentes serán de manera progresiva los hijos de la verdad, los discípulos de Cristo-Verdad; o como dice san Gregorio: instrumentos de la verdad, almas siempre resplandecientes con la luz de la verdad.

- ❖ Esta descripción forma un todo orgánico. Su origen bíblico aparece del hecho que buen número de expresiones de la Tradición se toman directamente de la Escritura, en particular del Nuevo Testamento, o inspiradas por ella; así, por ejemplo, 'la verdad de Dios', 'el Espíritu de la verdad'. 'la verdad del Evangelio', 'el camino de la verdad'. Y cuando el vocabulario no es ya bíblico, como en las expresiones *documentum veritatis*, *eruditio veritatis*, *christiana veritas*, *pabulum veritatis*, permanece fiel al espíritu profundo del Nuevo Testamento.

La principal diferencia entre la Escritura y la Tradición consiste en un desplazamiento del acento. Para Pablo, la palabra de la verdad, es el Evangelio de la salvación (Ef 1, 13); Juan identifica más la verdad con Cristo-Revelador, a la luz de Jesús, al desvelamiento del misterio de su filiación; pero insiste igualmente sobre la necesidad para el creyente de llevar la verdad hasta el fondo de su corazón ('la verdad permanece en nosotros', 2Jn 2). La Tradición posterior, sobre todo en una época más reciente, tiende a poner su atención en la Iglesia: la verdad se convierte entonces en doctrina cristiana, la verdad católica. Se corre el riesgo que ésta se convierta en un sistema más o menos independiente, donde la presencia de la fuente de agua viva, Jesús-Verdad, no se haga sentir lo suficiente. Sin embargo, para la gran Tradición y en la oración oficial de la Iglesia, la verdad cristiana fue siempre la verdad de Cristo. Una 'vuelta al centro', en el Espíritu, es siempre necesaria; es una tarea de especial urgencia en nuestros días. Las confesiones de fe, las formulas dogmáticas y las explicaciones doctrinales, por indispensables que sean, no adquieren vida más que por su referencia constante a la Imagen de Jesucristo. Como se ha dicho de forma magnífica: cada formulación de la verdad debe procurar 'poner de relieve el icono primitivo de Cristo-Verdad'

La verdad como la revelación debe ser, ante todo, acogida en el silencio de un corazón casto, pobre y humilde. No es una invención de los hombres ni una idea caída del cielo. Ella se nos da en y por medio del Hijo venido en la carne. Para conocer al verdad, la actividad primordial del discípulo es la escucha del Hijo amado, tal como su voz resuena en sus apóstoles. Para caminar en la verdad, necesario es dejarse enseñar por el Espíritu en el seno de la comunidad de los testigos apostólicos. Para comunicar la verdad, el testigo debe permanecer en la tradición proveniente de Dios mediante los testigos elegido y animados del Espíritu de santidad (1Cor 15, 1ss).

La verdad del Evangelio tiene una dimensión claramente histórica y vital. En modo alguno puede reducirse a algo frío y atemporal. Alcanza a la persona en la entraña misma de su existencia y requiere su decisión libre. Acoger la verdad es optar por Aquel que se identificó con la verdad. No sólo se afirmó como el Testigo, sino que dijo ser la verdad. Él era el perfecto revelador de Dios y en ese sentido su misma verdad.

Nadie puede, en consecuencia, ser de la verdad sin ponerla en práctica. El que se abre a su dinamismo profundo, está solicitado para que se identifique con ella en existencia cotidiana. La verdad del designio de Dios exige de los creyentes entrar en su mismo compromiso de amor.

Pablo insistirá: Hay un único Evangelio, una única verdad. La interpretación de la revelación no está dejada a la libre interpretación de los individuos. Puesto que nos llega por medio de hombres animados por el Espíritu, los discípulos de la verdad deberán permanecer en la comunión de fe. Una es la revelación, una la fe, una la verdad proclamada por el testimonio de Dios ante el mundo.

II.- EL DISCÍPULO ANTE LA VERDAD DE DIOS

El discípulo de la verdad vive, con alegría y satisfacción, el hecho de haber sido agraciado con la revelación de la verdad de Dios y del hombre. Tertuliano lo expresa con fórmula como **veritas christiana** y, sobre todo, **veritas nostra**. Y esta alegría le permite entregarse al estudio, realización y anuncio de ella. Un cristiano del templo de santo Domingo es una persona capturada por la verdad de Dios, tal como se ha revelado en el Verbo encarnado, en su misión y Pascua.

La búsqueda y cultivo de la verdad es búsqueda y cultivo de la existencia y vida de Jesús³⁵. Para san Juan, la verdad viene en la historia al encuentro del hombre, por medio de la Palabra encarnada de Dios. El camino de la verdad es **descendente** y supone acogerla y cultivarla en la fe, dentro de la historia. En el mundo griego la verdad estaba como exiliada en Dios, en el Evangelio está presente en la historia de un hombre concreto, Jesús de Nazaret

El discípulo no puede contentarse con ser un buscador de la verdad. Ciertamente, buscar la verdad, apegarse a ella, aficionarse, desearla, amarla, perseguirla, es ya de sabios, pero todavía no estamos en el discípulo según el Evangelio. Éste debe vivir en la verdad: *Quien dice: Yo le conozco y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero quien guarda su Palabra, ciertamente en él el amor de Dios ha llegado a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él.* (1Jn 2, 3-6) Vivir en la verdad es vivir en Cristo. y vivir en Cristo es dejar que su vida se desarrolle en nosotros, es decir, su amor divino. La línea divisoria para discernir si la verdad está en el discípulo pasa por el cumplimiento de los mandamientos

Cuando alguien se abre a la verdad de Dios, cuando vive en ella y la deja desarrollarse en él, será como impulsado hacia los hombres. Del interior al exterior. La verdad entra en el hombre y produce un movimiento de salida hacia los hermanos. La verdad es la revelación del amor. Acogida en la fe se convierte en la ley nueva del discípulo, el dinamismo profundo de su ser. Es agua viva (Jn 4, 10-14), simiente (1Jn 3, 9), que fructifica en amor fraterno (Jn 15, 8-9). La comunión con Jesús-Verdad, lejos de

³⁵ Aunque es admirable la perspectiva de Platón ante la verdad, sin embargo el discípulo debe situarse en otra perspectiva. Sócrates, en el Gorgias, o de la retórica, concluye: *'Yo, por mi parte, amigo Calicles, convencido por estos relatos, me dedico a pensar en cómo me presentaré ante el juez con el alma lo más sana posible. No hago caso, en consecuencia, de los honores que persiguen la mayoría de los hombres, busco la verdad, y de este modo procuraré vivir siendo lo mejor que pueda y morir en las mismas circunstancias cuando llegue mi hora'* (Platón, Obras completas p. 411)

aislar al creyente, lo recrea para el amor y la comunión con el resto de los hombres y mujeres.

Permanecer en la verdad, permanecer en el amor, permanecer en el Señor, permanecer en los mandamientos... etc, son expresiones que indican cómo el discípulo debe edificar sobre el único cimiento, Jesucristo. Hay que acoger la verdad y permanecer en ella. La comunidad de los discípulos debe reflejar la verdad del Hijo venido en la carne para llevar a cabo la obra del Padre.

1.- EL DISCÍPULO DEBE HACER SUYA LA VERDAD

Ante el testimonio de Dios, el hombre debe abrirse sin condiciones por medio de la fe. Pero eso no basta, está llamado a penetrar en la revelación para descubrir la novedad de la verdad de Dios. Las primeras comunidades permanecías asiduas a la enseñanza apostólica. El Espíritu fue enviado a los discípulos para conducirlos a la verdad plena. El '*nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios*' (Jn 6, 69) de la confesión de Pedro muestra que la fe debe desplegarse en inteligencia de fe.

Cierto, no se trata de aprisionar la verdad en la estrechez de la razón. No poseemos la verdad, en el sentido de que podamos disponer de ella a nuestro antojo. Es el discípulo quien es poseído por ella. Y, sin embargo, poseemos la verdad como el gran talento que se nos ha confiado para hacerlo fructificar en el mundo. Dios nos ha confiado su plan de salvación al enviar y revelarnos a su Hijo. Esa verdad quiere alcanzar al mundo entero; no para colonizarlo, pero sí para liberarlo. Ahora bien, mal la haríamos fructificar si la enterrásemos o depositáramos en nuestro interior, sin darla a conocer y extraer de ella todas las riquezas y novedades que encierra en sí. Si somos siervos indolentes se nos pedirá cuentas. Y la sentencia será dura.

Hacer la verdad (Jn 3, 21; 1Jn 1, 6.7)

Formula extraña y, sin embargo, tradicional. En Juan describe la obra de la fe, el camino progresivo hacia la fe, la asimilación constante de la verdad de Jesús. Significa hacer suya la verdad para ir a la luz. Ahora bien, quien haga suya la verdad la pondrá en obra. El discípulo trabaja para apropiarse la verdad, no al estilo de cómo se apropia de una cosa, sino al modo que se entrega a una persona viva.

Quien busca hacer suya la verdad, lo hace en la clara perspectiva de salir de sí mismo para encaminarse a la Luz, es decir para vivir en Cristo y desde Cristo todos los acontecimientos de la vida.

Esta apropiación no se hace en un día. No debe poner ninguna resistencia a la verdad para que despliegue todas sus virtualidades en él. Si el creyente se deja poseer por la verdad de Dios irradiará en torno suyo el amor divino y hará reinar la comunión entre sus hermanos.

Por otra parte, dada la originalidad de verdad, es preciso descubrir los caminos a seguir para una auténtica apropiación de la Palabra.

Para hacer la verdad en sí y caminar hacia la luz, es necesaria, ante todo, una profunda actitud de silencio interior, de castidad de corazón y de humildad, pues se trata de acoger el testimonio de Dios a través de las mediaciones que él mismo se ha dado. María guardaba los testimonio de los pastores, de Simeón y Ana en su corazón, a fin de

recibir la luz de Dios a través de ellos. Recibir la luz e ir a ella exige una gran actividad de la inteligencia del corazón.

Pero la verdad de Dios supone optar, preferir la verdad a todas las seducciones del mundo. Sólo podrán apropiársela aquellos que estén dispuestos a correr la suerte misma de la verdad. La búsqueda de la verdad es un riesgo insospechado.

Puesto que la verdad de Dios es un don suyo, la oración y el estudio deben ir al unísono en el deseo de realizar la verdad. Se trata de dejarse modelar por ella. Oración y estudio que deben hacerse en la creación, en el hombre, en la historia y, por supuesto en las Escrituras. El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor (VS introducción)

Quien trata de obrar la verdad, debe renunciar a moverse en el terreno de la fantasía y de los sentimientos. Puesto que la revelación es el testimonio de Dios sobre sí mismo y su proyecto de salvación, la escucha debe preceder en todo momento. Escucha, Israel. El Siervo escuchaba mañana tras mañana. Y la escucha implica proximidad de Dios y presencia atenta ante él. Es necesario escuchar a Jesús, el Revelador del Padre, en el Espíritu y en la comunión de la Iglesia. La revelación no es un asunto individual. El oyente lo hace en comunión con los otros oyentes. La apropiación de la verdad tiene sus leyes y debemos respetarlas.

Si vemos cuáles son hoy las dificultades, que los discípulos encuentran para hacer la verdad en la sociedad de la globalización, creo que podríamos fijarnos en los puntos siguientes:

- Existe el riesgo de resignarse a entrar en la mentalidad de supermercado de las verdades. Cada estante contiene sus propios productos y el público elige de acuerdo con sus intereses. Compara y elige el producto. Quien se resigna a entrar en el juego, ya eligió. Optó por la singularidad frente a la verdad. Lo importante es saber lo que es la realidad según Dios. Y si no puedo decirlo, más vale callar. Pero, se dirá, afirmar que lo que se dice es la verdad, ¿no es una pretensión injuriosa para los otros y una refinada forma de orgullo? Así sería, si hablar de la verdad fuera una manera de justificarse y tranquilizarse. Pero decir la verdad es una manera de dejarse juzgar uno mismo por ella. La verdad juzga y libera a quien la busca y comunica.
- Otro riesgo importante, es copiar los métodos de las ciencias para buscar y apropiarse la verdad de Dios. Por ello es necesario estar atentos a ***distinguir los planos*** de la realidad. El paso del tiempo a la eternidad, de la psicología a la gracia, de lo cósmico a la esfera de lo divino, comporta un salto cualitativo. La tentación estriba en ***reducir*** todo a lo empírico. Un mundo a mi medida me resulta más cómodo, pero Dios es esa libertad que yo no puedo nunca reducir a mis esquemas, por ello es lo más cercano y lo menos familiar. Si se trata del Dios verdadero, no del ídolo de mis proyecciones o deseos frustrados, trastornará siempre mis frágiles construcciones en las que pretendía refugiarme. Pero ***la distinción no es oposición***. La verdad liberadora afirma la irreductibilidad de un plano a otro y su correspondencia. Exige y reclama un compromiso de futuro, pues la verdad lo construye y se construye en el discípulo.
- Esta verdad, por otra parte, exige salir de una falsa idea de la autonomía del hombre. Recuerda que éste sólo realiza en la relación del amor, en la comunión, la

dependencia y la obediencia. Puntos todos ellos en claro contraste con el neoliberalismo exacerbado que sustenta la idea de globalización. Se impone así la ***evidencia del amor***. La verdad de Dios es la revelación de su amor en la Pascua de su Hijo. Mis caprichos deben ceder el lugar a la comunión de amor, tal como se revela en el misterio de Dios. La existencia, en la luz de Cristo, se nos revela como un universo de personas unidas por el amor. Dios es amor. El hombre está llamado a ser uno en Cristo. La comunidad de amor, que debe ser la comunidad de los discípulos, es la epifanía de comunión del Padre y del Hijo, la condición indispensable para que el mundo crea. La cruz une a los pueblos. Tal es la verdad que debemos obrar en el acontecer de la historia.

- Y dado que la verdad de Dios se manifiesta en la historia, a ella debemos acudir en todo momento. El cristianismo no es una gnosis entre otras, sino la verdad personal e histórica tal como nos ha llegado por el Verbo encarnado. En la historia se muestra que la revelación no son ideas, sino hechos de gracia. Hechos que proyectan hacia el futuro definitivo. Cristo entró en la historia para conducirla a su plenitud. Quien busca apropiarse de la verdad de Dios, en consecuencia, entrará en el dinamismo del amor. En la historia nos llega la verdad y se verifica si estamos en el camino de una recta apropiación de la misma.

Conocer la verdad (Jn 8, 32.36; 2Jn 1.3)

Es la etapa última de quien trata de hacer la verdad. En la medida que el discípulo va conociendo a Cristo-Verdad, alcanza su madurez. Conocerá la gracia de la salvación, de la plena libertad. Es claro que estamos en el nivel bíblico, donde conocer es sinónimo de unión y comunión con el que nos conoce y a quien conocemos.

El Espíritu interviene de manera activa en este conocimiento de la verdad. Él da al hombre de permanecer en amor de Dios revelado en Cristo, en la verdad de la salvación.

Para entrar en este conocimiento de la verdad, el discípulo debe entregarse a la gracia de la contemplación. Cuando hablamos de este tipo de oración, no pensemos en superhombres de la vida religiosa. Santo Tomás la define como "una simple intuición de la verdad divina, que tiene su origen en la caridad". Procede de una fe viva, fortalecida por los dones del Espíritu y dispone al hombre para poner en práctica la verdad.

Por este conocimiento de la verdad, que Jesús nos reveló y nos dio en su persona, el discípulo si permanece en ella adquirirá la libertad del Espíritu. Libertad de amor que conduce a entregarse a los demás, a hacerse esclavo de ellos por amor (Gal 5, 1.6.13). Una vez más verificamos que la verdad de Dios se da a conocer en la historia y en ella se proyecta como compromiso de amor.

El amor de las Escrituras nos llevará a su estudio asiduo. El discípulo ama la verdad. Ella constituye su secreta pasión y su vida íntima. Pero no una verdad fría e intelectual, sino la verdad completa, la verdad que libera y salva: Cristo. Verdad que se acoge en la fe, se madura en el estudio, se aviva y concreta en la oración, para asimilarla y proyectarla en la contemplación. Será este conocimiento pleno de amor de la verdad, lo que constituirá el cimiento sólido de la misión, del anuncio y compromiso del discípulo en el mundo.

2.- EL DISCÍPULO DEBE VIVIR DE LA VERDAD.

Aunque acabamos de insistir en ello, conviene retomar las expresiones de san Juan en clara referencia a la proyección de la verdad en el mundo. Cuesta mucho la obediencia de la fe. Nuestra cultura está marcada por la dinámica profunda de la escisión. Ensalza ciertos valores y condena otros a las tinieblas de la noche. Así por ejemplo, ensalza la autonomía y rechaza la obediencia de la fe. No sabe conjugar, tiende a dividir y oponer. Su afán de confort le lleva resistirse al camino de la felicidad como comunión y obediencia a la verdad. Pero la nostalgia de la verdad no se borra de su corazón.

Juan Pablo II se ha pronunciado en muchas ocasiones sobre las posibilidades de la razón, sobre la necesidad de superar la contradicción entre la razón y la fe, entre la realización del hombre y la obediencia de la fe. Releamos un texto significativo y lleno de sabiduría:

- Llamados a la salvación mediante la fe en Jesucristo, 'luz verdadera que ilumina a todo hombre' (Jn 1, 9), los hombres llegan a ser 'luz en el Señor' e 'hijos de la luz' (Ef 5, 8), y se santifican 'obedeciendo a la verdad' (1P 1, 22)
- Mas esta obediencia no siempre es fácil. Debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es 'mentiroso y padre de la mentira' (Jn 8, 44), el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos (Cf. 1Tes 1, 9), cambiando 'la verdad de Dios por la mentira' (Rom 1, 25); de esta manera su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su libertad para someterse a ella. Y así, abandonándose al relativismo y al escepticismo (Cf. Jn 18, 38), busca una libertad ilusoria fuera de la verdad misma.
- Pero las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz del Dios Creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. (VS 1)

Ser de la verdad (Jn 18, 37; 1Jn 3, 18-19)

Es la manera habitual de ser del discípulo, del que fuera engendrado por la fe y el bautismo, el nacido del Espíritu y que es hijo. Ser de la verdad implica una cierta connaturalidad con ella, vivir bajo su influencia. La verdad impregna toda su manera de ser, todo su obrar, así como su docilidad a la voz de Jesús y el amor a los hermanos.

Ser de la verdad implica, ante todo, una doble dimensión: Ponerse a la escucha de Jesús en la fe y amar con obras a los hermanos. Ante Pilato, afirma el Mesías: *Sí, como dices soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. **Todo el que es de la verdad, escucha mi voz*** (Jn 18, 37). Esta declaración del Nazareno sigue resonando ante los tribunales del mundo. Los discípulos no pueden dejar de proclamarla. Quien se a de la verdad escuchará al Hijo amado del Padre. ¿Creemos realmente en lo que afirmamos?

Pero ser de la verdad, incluye también vivir el compromiso de Dios en favor de los hombres, el compromiso del amor. *Hijos míos, no amemos de palabra ni de oca, sino con obras y según la verdad. **En esto conocemos que somos de la verdad**, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él* (1Jn 3, 18-19). ¿Cómo ser de la verdad y no reflejar el amor salvador en las relaciones con los hermanos?

Caminar en la verdad (2Jn 4; 3Jn 3.4)

Conducir su existencia en la luz de la verdad, lo que equivale a decir en el amor fraterno. En efecto, vivir según la verdad de Dios, que se ha revelado como el Amor, supone que los discípulos lo reflejan en toda su existencia.

Ahora bien, esto supone tomar la iniciativa y vivir relaciones de auténtica gratuidad en este mundo que hace de la codicia y de la competencia su propia lógica. Las mismas ciencias del hombre están contribuyendo a ello, desde el momento que se antepone la realización personal al proyecto de Dios sobre el mundo.

Quien camina en la verdad, hará suyo el dinamismo de la cruz, aunque en ciertos momentos no acierte a vivirlo o sucumba en su intento, pero volverá a levantarse para andar el camino. En efecto, he aquí la verdad que hemos creído y conocido: *En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó el primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados... Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él* (1Jn 4, 9-10.16). Permanecer en la verdad es permanecer en el amor.

Amar en la verdad (2Jn 1; 3Jn 1)

Amar en la verdad o amar según la verdad, son expresiones que invitan a caminar con gran lucidez. Es el amor bajo la acción de la verdad que permanece en nosotros (2Jn 2). El amor iluminado por la verdad del Padre y del Hijo, inspirado por la fe. Para Juan la relación entre la interioridad de la fe y la exterioridad del amor es fundamental.

Esta dimensión es muy importante, pues en una cultura pragmática, como es la de la globalización, el hacer se valora por encima de todo. Puede existir una cierta generosidad al margen de la verdad. Se valora lo exterior del amor. La Palabra nos invita ser cautos y a discernir que el amor se goza con la verdad, de otro modo no se ama según la verdad de Dios.

Muchos de los proyectos de nuestras sociedades son formas de autoafirmación, de encontrar sentido y tranquilidad en la propia vida. El amor en la verdad de Dios supone recorrer el camino de la Encarnación en todas sus etapas. Pablo lo vio con claridad y en su estilo directo afirma que se podría los bienes y aún el mismo cuerpo a las llamas sin amor. Todos esos gestos, si no están inspirados en el amor verdadero carecen de valor ante el Señor.

Amar con obras y según la verdad (1Jn 3, 18)

El amor debe traducirse en actos, pero estos no serán auténticos si no se adecuan a la verdad, a la revelación. Es el mismo tema, que acabamos de ver, aunque con su matiz propio. El hombre no puede situarse al margen de la fuente. Y lo hace cuando no conjuga amor y verdad, cuando no se esfuerza por alcanzar el pleno conocimiento del designio de Dios o deja de amar con obras concretas a sus hermanos.

Adorar en el espíritu y la verdad (Jn 4, 23-24)

Las frases, que vamos a ver a continuación, se refieren a las relaciones que el discípulo debe mantener con Dios, siguiendo la revelación aportada por Jesús.

La samaritana pregunta por el lugar de la adoración. Jesús responde a la cuestión, pero ensancha la perspectiva. *Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y verdad.*

(Jn 4, 23-24) La adoración de los tiempos mesiánicos, la samaritana preguntaba en el marco de la llegada del Mesías, tiene sus propias características.

En primer lugar es una adoración dirigida al Padre. Es un punto decisivo en la respuesta de Jesús: *Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre* (v 21). Por lo tanto es una adoración filial. El verdadero adorador es el Hijo venido en la carne. Él será el lugar donde el Padre es conocido, revelado y adorado. Sin la revelación de Jesús, Dios no podría ser reconocido en su verdadera paternidad. El lugar de la adoración y las actitudes de los adoradores deben dar cuenta de la novedad aportada por el Hijo encarnado.

La verdad de Jesús, interiorizada por el Espíritu, es el medio espiritual, el Templo, donde se practica la auténtica adoración. El lugar del creyente en oración, es Jesús-Verdad. La adoración tiene a la vez un carácter pneumatológico y cristológico; tiene también un carácter trinitario: bajo la acción del Espíritu, se realiza en unión con Cristo-Verdad; pero en él y con él se dirige al Padre.

El discípulo debe vivir en el seno de la comunión trinitaria; y su adoración debe ser la expresión de la comunión con el Hijo que se entrega en el Espíritu al proyecto del Padre. La dimensión religiosa de la adoración queda superada. Los verdaderos adoradores deben hacer de la voluntad del Padre su comida, como lo hiciera el Hijo. La adoración se convierte así en la dignificación del hombre, pero también en un gran riesgo, pues se trata de vivir para llevar a cabo la obra del Padre en la historia.

Ser santificado en la verdad (Jn 17, 17.19)

Jesús va al Padre. Ora, le habla ante sus discípulos. Quiere fortificarlos en la fe, hacerles partícipes de su alegría, pedir que participen en su amor, comunión y gloria, que tiene como Hijo. Pues bien, en este contexto de Testamento, la plegaria de Jesús nos da claves importantes sobre qué desea el Maestro para la comunidad de sus discípulos.

*Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. **Santificalos en la verdad: tu Palabra es verdad.** Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. **Y por ellos me santificó a mí mismo, para que ellos sean también santificados en la verdad.*** (Jn 17, 14-19)

El verbo santificar o consagrar significa literalmente: separar para Dios, dedicar a Dios (Cf. Hech 9, 13s). Por el contexto se ve cómo Jesús pide una intervención del Padre para que los discípulos descubran la verdad de su Nombre, de su amor salvador. Sólo así podrán hacer frente a la situación de odio y hostilidad del mundo hacia ellos.

La santificación comporta todo un proceso. Jesús les ha revelado el Nombre del Padre y han guardado su Palabra (Cf. Jn 17, 6). Ahora, después haberles lavado los pies, Jesús consume el don de su ofrenda en favor de los suyos. Es su forma de santificarse (Cf. Jn 10, 17-18.36). Va al Padre a través de la cruz. Jesús se santifica presentándose al Padre para llevar a cabo su obra de salvación. Esta ofrenda de sí al Padre, que la realiza en el Espíritu (Cf. Heb 9, 14), tiene como beneficiarios los llamados a ser sus discípulos. Así serán santificados ellos, quienes a su vez, compartirán la misma misión de Jesús en el mundo. Dejarse santificar por Dios es consentir a compartir la misión del Hijo en el mundo, bajo la acción y la luz del Espíritu de la verdad.

La santificación en la verdad, no es una acción ritual de los hombres, sino todo un proceso, que el Padre llevará a cabo en los que se abran con fe a la revelación. Y este proceso comporta sus pasos: escucha dócil, crecimiento interior y continuo, conversión como un dejarse transformar moral y espiritualmente por la Palabra reveladora. Es el proceso de llegar a ser y vivir como hijos en el Hijo, así como a compartir su misión.

Dicho con otras palabras. La verdad en la cual se obra la santificación, es la revelación del nombre del Padre; revelación que Jesús nos la presenta a través de su existencia filial. Jesús se santifica viviendo en la perfecta obediencia filial, hasta la muerte de cruz, nos dirá Pablo (Cf. Fil 2, 6-11).

Ser santificados en la verdad es, en última instancia, ser inmersos en la verdad de la obra del Padre tal como acontece y se revela en el vida y misión del Hijo venido en la debilidad de la carne. Vivir en comunión con Cristo y en familiaridad con el Padre, dándose a los hermanos, es el resultado de un ser consagrados por el Espíritu en la verdad. En conclusión, la santificación en la verdad consiste fundamentalmente para los creyentes en la profundización constante de su vida de hijos de Dios.

Este proceso de la santificación, es claro, que no será nunca fácil para el hombre viejo con sus tendencias a la autonomía y confort. En medio de una cultura marcada por la desconfianza en las relaciones, por el pragmatismo de lo inmediato y tangible, por la pretensión de organizarse desde sus propios criterios y valores, entrar en el proceso de la santificación, supone una gran conversión. Es necesario ser **pobre y humilde**, como el polvo, para dejarse modelar todos los días por las manos hábiles del Alfarero, es decir por la Palabra encarnada y por el Espíritu. Por medio de la misión del Verbo y del Espíritu, el Padre nos recrea como hijos suyos y nos asocia a su plan de acción.

El discípulo está llamado a tomar postura ante la verdad del Evangelio en medio de un mundo que minusvalora, rechaza y hasta odia la verdad. ¡Cuánta farsa, por ejemplo, en la aplicación de los derechos del hombre! ¡Cuánto cinismo en ciertas propuestas sobre el nuevo orden del mundo! Jesús rogó al Padre santificase a sus discípulos en la verdad³⁶.

³⁶ Los términos que se oponen a la verdad de Dios, son la mentira, el engaño, el pecado y la injusticia. La **MENTIRA** (Jn 8, 44; 1Jn 2, 4) recalca el rechazo de la verdad como instigación a la incredulidad. Es un rechazo de Cristo-Verdad. La mentira, al contrario de la Palabra verdadera, está unida a la nada y al mal (Cf. Rom 1, 25; 2Tes 2, 9-12). El **ENGAÑO** (1Jn 1, 8) es una postura errónea; busca apartar a los cristianos de la correcta fe en Cristo y del designio de salvación. El hombre, al no reconocerse pecador, deja de buscar la salvación. No necesita ya del Salvador. Más hace de Dios un mentiroso. Esta es una situación muy propia del hombre de hoy, que no reconoce la necesidad de ser salvado. El **PECADO** (Jn 1, 14; 7, 18; 8, 46; 1Jn 2, 4-5; 3, 9; 5, 4) es como la infidelidad ante la misión recibida de Dios. Jesús permaneció fiel en todo momento. No hubo pecado en él. El gran medio para vencer el pecado en permanecer en la verdad, en el Evangelio, en Cristo, en la vocación y misión, en la fe que vence al mundo. La **INJUSTICIA**, sobre todo en Pablo, se presenta como el intento de sofocar la verdad de Dios en el mundo: *En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia* (Rom 1, 18). El prólogo del evangelio según san Juan ve la injusticia como rechazo o intento de sofocar la luz. El Verbo vino a los suyos y no lo recibieron (Jn 1, 9-11).

3.- LA OBRA DE LA VERDAD EN EL DISCÍPULO.

Para terminar, veamos ahora de forma breve, los frutos de la verdad en quienes se dejan santificar por la verdad de Dios.

La verdad os hará libres. El hijo os hará libres (Jn 8, 32)

La libertad proporcionada por la verdad no se equipara con la que propugnan ciertos tipos de humanismos en nuestras culturas. No se limita a romper ciertas cadenas exteriores. Los judíos comprendieron mejor a Jesús que lo hacen hoy muchas personas muy religiosas y entregadas a la mejora de las condiciones humanas. El mensaje de Jesús resonaba ante unos hombres sometidos al peso opresor del Imperio.

En ese contexto, los oyentes de Jesús, comprendieron que se trataba de una liberación más honda. La libertad, que Jesús proponía, liberación del pecado, implicaba un cambio radical de dueño. Era liberación, ante todo y en primer lugar, de la incredulidad, de la servidumbre al Príncipe de este mundo, padre de la mentira.

Pero aquellos hombres, pues eran descendiente de Abrahán, no aceptaban ser esclavos. Ellos se decían creyentes, habían permanecido fieles a las Escrituras. No eran incrédulos y no necesitaban, por tanto, ser liberados de la incredulidad, el auténtico pecado como aparece por todo el contexto. Y convencidos de su fe, se pronunciaron en contra de la verdad de Dios, tal como les llegaba a través del Revelador. Pues bien, esta situación sigue siendo la del hombre de hoy, quien se niega a aceptar el testimonio de Jesucristo tal como lo presenta la fe apostólica. Para ser liberado del pecado, de la incredulidad, es preciso entregar su confianza a Cristo, a la Palabra de la verdad.

Pero la liberación negativa se orienta hacia la una perspectiva positiva: la verdad de Jesús nos hace conocer nuestro destino de hijos de Dios. Nuestra libertad coincide con nuestra filiación. Ser libre es vivir como hijos en la casa del Padre. Libres para el amor y el servicio. La verdad liberadora de Dios nos introduce en el riesgo de hacerse el último. El Hijo se hizo el esclavo, el último en el servicio para dar la libertad a todos.

Es necesario preguntarse con toda sencillez si estamos dispuestos a dejarnos liberar por la verdad de Cristo. En efecto, quien lo está, pronto descubrirá que el camino de su realización pasa por el desierto. No se trata de soñar ni de proponer falsos itinerarios de libertad. El pueblo de Israel sucumbió a la prueba del desierto camino de la patria de la libertad y, por tanto, había sido liberado de Egipto con mano fuerte y poderosa, en medio de grandes prodigios. ¿Rechazaremos la libertad que nos llega por la sangre de la cruz?

Hacerse colaboradores de la verdad (3Jn 8)

Los discípulos de la verdad deben colaborar con todos aquellos que se entregan al anuncio del Evangelio, de la revelación de Dios. El presbítero con su comunidad deben acoger con amor y generosidad a los obreros itinerantes del Evangelio. En este contexto, se encuentra la afirmación siguiente: Por eso debemos acoger a tales personas, para ser colaboradores en la obra de la verdad. (3Jn 8)

Por la caridad y la solidaridad, los creyentes deben colaborar a la irradiación en el mundo de la fe. Las vocaciones, carismas, ministerios y formas de anunciar el Evangelio pueden ser muy variadas, pero es claro que la comunidad de los discípulos debe sentirse comprometida en la obra del Espíritu, quien sigue dando testimonio de Jesús y de su verdad reveladora.

Más allá de la colaboración económica está el trabajo de discernimiento personal y comunitario. Todos estamos llamados a dejarnos enseñar por el Espíritu para cooperar con su iniciativa, con su acción creadora y liberadora.

Para llegar a ser cooperadores de la verdad es preciso que las palabras de Jesús se afirmen en el interior y se expresen en el amor. La libertad de Cristo se expresa en la fe que obra por la caridad (Cf. Gal 5, 1ss). Caminar en la verdad y caminar en el Espíritu se presentan así como sinónimos.

AL SERVICIO DE LA VERDAD

Santo Domingo recibió del Espíritu *el carisma de la verdad*. Fue su fiel discípulo y apóstol. El lema de su vida, la divisa de su ministerio y proyecto fundador, se hallan contenidos en esta palabra: **VERITAS**. Ella basta para expresar vuestra identidad y el camino de una fidelidad creativa en medio de un mundo, más proclive a las novedades que a la verdad de la Novedad sin ocaso.

Liberado por la verdad y para la verdad, Domingo, lleno de celo y amor, dedicará su vida a difundirla. Su ministerio de predicador se enraíza en la caridad pastoral³⁷. Verdad y amor, en él, van de la mano. La verdad le revelaba la belleza y bondad del mundo de Dios, pero también el sufrimiento y hostilidad del mundo hacia el designio divino de salvación.

El seguimiento de Jesús, para Domingo, se concentra en el testimonio y servicio de la verdad. Jesús es el Testigo fiel y veraz. Vino al mundo para ser testigo de la verdad, para dar testimonio de la verdad. La verdad se irradia, ante todo, a partir de la encarnación y de la Pascua. La cruz luminosa del Resucitado destella la verdad del testimonio y del testigo, tal como se dan en la persona de Jesucristo.

Jesús, en efecto, vino en una carne débil, en total pobreza y despojo para revelar la verdad y llevar a cabo la obra de la salvación. En la cruz dio el testimonio decisivo de la voluntad salvadora de Dios Padre. El servidor de la verdad, el varón de Dios, deberá seguir el mismo camino de despojo, pobreza y sufrimiento (Cf. 1Tim 2, 3-8; 3, 14-16; 6, 3-16). Falsos son los servidores de la verdad que trafican con ella; y son muchas las formas de hacerlo, desde los que buscan enriquecerse hasta lo que disponen de la palabra a su antojo.

Domingo, haciendo de la verdad su divisa, invitó a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo a una conversión profunda. Hizo suya la simplicidad del Maestro, para acoger y proclamar la verdad. Contempló para transmitir a los demás la verdad liberadora. Fue su forma de desarrollar, lo más perfectamente posible, la caridad pastoral. Meditó, sin duda alguna, honda y ampliamente la exhortación del Apóstol a Timoteo: *Procura cuidadosamente presentarte ante Dios como hombre probado, como obrero que no tiene por qué avergonzarse, como fiel distribuidor de la Palabra de la verdad* (2Tim 2, 15)

³⁷ "Como pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el ser Maestros de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la Verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre: 'conoceréis la verdad y la verdad os hará libres' (Jn 8, 32); esa verdad que es la única en ofrecer una base sólida para una 'praxis' adecuada." (JP II Discurso a la III Asamblea general del CELAM, N 10)

El conocimiento y la realización de la verdad de Dios en el mundo es la entraña misma de la vida cristiana. No hay amor auténtico fuera de la verdad. Las formas afectadas de la piedad pueden estar encubiertas con grandes gestos de generosidad. La pasión y testimonio de la verdad son la garantía de un auténtico amor al hombre. *El conocimiento y la difusión de la verdad es la tarea principal del cristiano de todos los tiempos, puesto que es la tarea que se fijó Cristo, quien vino al mundo "para dar testimonio de la verdad"* (Jn 18, 37). (D'Amato p. 13) Estamos llamados a descubrir el valor dinamizador de la verdad de Dios³⁸.

El **testimonio de la verdad** se realiza en la historia, en diálogo con la experiencia del hombre concreto. Por ellos es necesario ser discípulo de la verdad³⁹ y discípulo del hombre a quien debe llegar, sin desvirtuarlo, el testimonio dado por Cristo en el momento oportuno: *Hombre de Dios... Te recomiendo en la presencia de Dios que da la vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato rindió **tan solemne testimonio**, que **conserves el mandato sin tacha ni culpa** hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.* (1Tim 6, 13) Veamos, pues, cómo ser auténticos servidores de la verdad en nuestra sociedad globalizada.

I.- LA SUERTE DEL TESTIMONIO EN CULTURA DE LA GLOBALIZACIÓN

El testimonio es, sin duda alguna, la forma primordial y más eficaz para anunciar la verdad de Dios. Pablo VI escribía:

"La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio.

"Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunidad de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y de bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que va más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Qué es o quién el que los inspira?"

³⁸ "Del conocimiento vivo de esta verdad (EN 22) dependerá el vigor de la fe de millones de hombres. Dependerá también el valor de su adhesión a la Iglesia y de su presencia activa de cristianos en el mundo. De este conocimiento derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida cristiana y de crear hombre nuevos y luego una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social" (Juan Pablo II. Ídem, n 13)

³⁹ "Cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de la Iglesia no puede ser contenido válido de la evangelización. 'Hoy bajo el pretexto de una piedad que es falsa, bajo la apariencia de una predicación evangélica, se intenta negar al Señor Jesús', escribía un gran Obispo en medio de las duras crisis del siglo IV. Y agregaba: **'Yo digo la verdad, para que sea conocida de todos la causa de la desorientación que sufrimos. No puedo callarme'** (S. Hilario de Poitiers, Ad Auxentium 1-4). Tampoco vosotros, Obispos de hoy, cuando estas confusiones se diere, podéis callar. (n 24)

*¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este gesto constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. **Hay en ello un gesto inicial de evangelización...***

Pero el Papa añadía a continuación: *"Y, sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que Pedro llamaba 'dar razón de vuestra esperanza'–, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios."* (EN 21-22)

Las afirmaciones del Papa fueron como un globo de oxígeno para muchos en la Iglesia. En el pos-Concilio, se vivió, con auténtico entusiasmo, la cuestión de cómo ser testigos en medio de un mundo secular, entre los cristianos que se alejaban de la Iglesia y de la fe. Con cierta ingenuidad se pensó que bastaba cambiar los signos que alejaban a la Iglesia del mundo, para que los grandes interrogantes de la persona emergieran y el corazón de los hombres se abrieran a la Palabra de la verdad. Las cosas no han sido tan sencillas como imaginábamos y deseábamos. Hoy parece que la sima entre la Iglesia y el mundo se agranda cada vez más. ¿Por qué?

Conviene, ante todo, no mirar el pasado reciente con ojos pesimistas. Los frutos requieren tiempo y paciencia. Más, la fecundidad del testimonio no se mide por los resultados contables. Dios es el que juzga a los creyentes y a sus obras. Escribe el Apóstol: *Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles. Aunque a mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por un tribuna humano. ¡Ni siquiera me juzgo a mí mismo! Cierto que mi conciencia nada me reprocha; mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo hasta que venga el Señor. Él iluminará el secreto de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios de los corazones. Entonces recibirá cada cual del Señor la alabanza que le corresponda.* (1Cor 4, 1-5)

Estas palabras de Pablo son realmente liberadoras. Impiden que nos juzguemos y juzguemos a los demás. Exigen de todos una conciencia recta y una preocupación real por ser fieles al designio de Dios. La caridad apremia al apóstol a comunicar la verdad del Señor. Por ello, en nombre de la caridad apostólica debemos interrogarnos sobre aquello que obstaculiza o facilita que el testimonio existencial y verbal sea acogido por el hombre de la cultura globalizada.

En la cultura del libre mercado, todo es fugaz y relativo, incluidos los testigos y sus testimonios. La cultura de la imagen, del sonido y de los medios ultrarrápidos, hace que todo pase en pocos segundos, sin que el hombre pueda sufrir impactos profundos y duraderos, al menos a nivel colectivo. Las grandes tragedias, si no se alimentan mediante mitos, afectan de forma muy relativa a la población. El mercado de las ideas y de los testimonios, donde todo queda puesto en el mismo nivel, hace que el testimonio no suscite los grandes interrogantes. Recuerdo lo que me preguntaba un sacerdote: ¿Cómo suscitar hoy interrogantes en los jóvenes? Ciertamente, uno tiene la impresión que se han evaporado las cuestiones e interrogantes. El hombre está cerrado sobre el mercado y el consumo. Los testimonios se pierden en la inmensidad de ofertas y novedades.

Otro rasgo de la sociedad de la globalización es la provisionalidad como dogma. El progreso y perfeccionamiento de los instrumentos es tan rápido, que al comprar debes pensar en la rentabilidad de algo que debe durar un breve periodo de tiempo. No se trata de construir cosas definitivas, sino funcionales. Y de nuevo el testimonio y los testigos se ven golpeados en su dinámica profunda. Todo queda reducido a un gesto más o menos

admirable, pero que no se puede perpetuar en el tiempo. Un ejemplo extremo de esto lo tenemos en la afirmación de un joven que decía: "Jesús fue admirable, pero sus planteamientos son obsoletos; se le puede admirar, pero no seguir". Con esta mentalidad difusa, es claro que el impacto del testimonio queda amortiguado y tiende a perderse entre las mercancías desechables. Hay que estar al día.

La mentalidad difusa, que genera el proceso de la globalización, es la de que el hombre puede salvarse a sí mismo. La globalización se presenta como una oportunidad de salvación. Si hoy, se dice, produce exclusión y muerte, es algo provisional, pues la meta es el confort del consumo para todos. Y aunque se le ataque de colonialismo, sin embargo es el fenómeno que hace posible el desarrollo de los pueblos. Es evidente que eso no se consigue en un día, pero nos encaminamos hacia ello. Hay que crear riqueza para todos. Los testigos y su testimonio pasan a ser algo marginal y residual. La salvación inmanente no viene de los pobres, dice la mentalidad del sistema, sino de aquellos que son capaces de utilizar las fuentes de riqueza. El sistema margina y silencia los testigos para seguir generando riqueza, aunque sea acumulada por unos pocos. La solidaridad pasa hoy por la creación de bienes. La solidaridad de la ética queda como recuerdo folklórico del pasado.

En el reino de la competencia, es claro que la palabra pierde su fuerza. El hombre de palabra no cuenta. El testimonio se convierte en una opinión entre otras; hay que recibirlo con recelo y sospecha. ¿No tratará de imponerse y vencer en el mercado? Además el testimonio vuelve la mirada hacia el pasado, mientras que la mentalidad cultural está volcada hacia el futuro. Y lo que es más intolerable, el testimonio reclama una adhesión a una palabra que nos supera. La razón ve así amenazada su dignidad. Sólo se acepta que la inteligencia selecciona de acuerdo con unos criterios y valores fabricados por ella. Todo testimonio queda, por tanto, relegado a la esfera de lo privado, a una posibilidad entre otra. Despojado de su carácter de absoluto, su capacidad de cuestionar se desvirtúa o diluye en la inmensa superficie del supermercado. Puede quedar como un reclamo exotérico, pero nada más.

Ante tamaña suerte, los testigos son asaltados por una doble tentación, o bien renunciar a presentar su testimonio en las plazas públicas o bien a ofrecerlo como un producto entre otros. Eso sí, con la mayor calidad posible, a fin de ganar una buena clientela. Pero eso ya no sería ser administradores fieles, obreros probados de la Palabra de la verdad.

Por tanto, es preciso reflexionar, una vez más sobre el sentido del testimonio y sobre las actitudes de los testigos-servidores de la verdad de Dios, en esta sociedad globalizada.

II. EL TESTIGO APOSTÓLICO EN LA CULTURA DE LA GLOBALIZACIÓN

Consciente de que la mentalidad ambiental se infiltra también en los llamados a ser testigos y servidores de la verdad de Dios, es preciso que desarrolle en él unas cuantas actitudes fundamentales. Las de siempre, sin duda alguna, pero con perspectivas y acentos más marcados. Sin ánimo de ser exhaustivo desarrollaré tres o cuatro de esas

actitudes. No olvidemos que los testigos de la verdad correrán siempre la misma suerte de la verdad, pues se han de identificar con ella, si son auténticos discípulos de Aquel que vino a dar testimonio ante los tribunales del mundo.

1.- DESARROLLAR LA CONCIENCIA DE SER ENVIADO

Este punto es decisivo y primordial. El testigo no responde ante los hombres, sino ante aquel que lo envía. El testimonio se convierte ante todo en un acto de obediencia. Nadie puede arrogarse la pretensión de ser testigo de Dios y de su verdad. **Él elige, forma y envía sus testigos** (Cf. Hech 10, 34-43). Jesús, el Testigo fiel y veraz, no venía por su cuenta, sino como Enviado del Padre. Los Apóstoles fueron enviados por Jesús como él lo fuera por el Padre. Y desarrollarán su testimonio bajo la acción del Espíritu creador, que los capacita para ser testigos de la verdad de Dios.

Consciente de la elección y envío (Cf. Hech 9, 1ss; Gal 1, 11ss), Pablo dirá: Nada podemos contra la verdad, sino sólo a favor de la verdad (2Cor 13, 8). Y esa verdad no es otra que la de Jesús muerto y resucitado. La verdad o sabiduría de Dios no será acogida ni por griegos ni judíos. Pero el apóstol permanece firme en esa verdad proveniente de Dios y a la cual sirve con alegría, convicción y entrega. El Evangelio lo ha recibido de Dios por medio de los discípulos y lo transmitirá con fidelidad creativa (Cf. 1Cor 15, 1-10).

La conciencia de ser enviado, hace que el apóstol no se apropie ni invente el mensaje. Renuncia a todo confort y ganancia. Es libre ante los hombres, pues sólo rinde cuentas al Señor. No trafica con la palabra ni la utiliza para sus intereses personales.

Pero esto no quiere decir que el apóstol ande por libre. Se sabe enviado dentro de la Iglesia, pues ella es enviada y tiene el mandato de evangelizar a todo el mundo. La evangelización es siempre eclesial. El testimonio también, pues todos lo hacen en el único Espíritu del Resucitado. Por ello, Pablo VI insistía: *"Si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores"* (EN 60)

Mucho importa descubrir la dicha de ser enviados en el Espíritu para ser testigos de la verdad que hace existir a la Iglesia como comunidad de discípulos y testigos en el mundo. Cierto, existen antitestimonios y antisignos en el seno de nuestras comunidades, de la Iglesia, pero no olvidemos nunca nuestra condición de enviados en el seno de la Comunión.

Es preciso afirmarlo con los Padres de la Iglesia, Dios no necesita de nuestro testimonio. Es él quien da testimonio del hombre. Pero los hombres si necesitan del testimonio de otros hombres, por lo cual Dios elige y envía sus testigos. No elige y envía personas perfectas, pero sí espera que se perfeccionen mediante una progresiva identificación con la verdad que están llamados a comunicar a los hermanos. Y la verdad de Dios no es otra, como hemos visto en las otras parte, que su Hijo venido en la carne para llevar a cabo su designio de salvación.

Insisto. Los testigos y servidores de la Palabra de la verdad no lo son de un sistema de valores o de una doctrina sobre Dios. Son testigos de la verdad que se ha revelado en la persona del Verbo encarnado. Verdad salvadora e histórica, verdad que alcanza a todo hombre y a la totalidad de su existencia. Verdad que reclama la adhesión de fe. No es una verdad más en el libre mercado de las filosofías, ideologías o religiones. Es la Verdad. Y toda verdad tiene sentido en cuanto conduce a la Verdad o ayuda a desentrañar su

novedad. Es importante preguntarse con toda seriedad: ¿Tenemos conciencia de ser llamados a dar testimonio de la Verdad? ¿Nos alegra haber sido elegidos como sus servidores?

En la cultura de la globalización, lo que cuenta es la habilidad y la oportunidad. Los testigos y servidores de la verdad están llamados a vivir en la dependencia del que los envía, siendo una voz profética que proclaman la fidelidad por encima de la habilidad y el oportunismo a un a riesgo de parecer ingenuo y trasnochado. El enviado camina en la sencillez y la humildad. No busca conquistar ni desea prestigio, su preocupación es servir al que lo envía.

2.- LA PASIÓN Y EL CULTO DE LA VERDAD

“El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que hace libres y que es la única que procura la paz de corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando le anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterios destino, la verdad acerca del mundo. Verdad difícil que buscamos en la Palabra de Dios y de la cual nosotros no somos, lo repetimos una vez más, ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores.

“De todo evangelizador se espera que posea el culto de la verdad, puesto que la verdad que él profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada y, por tanto, más que ninguna otra, forma parte de la verdad primera, que es el mismo Dios. El predicador del Evangelio será aquel que, aun a costa de renuncias y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad. No oscurece la verdad revelada por pereza de buscarla por comodidad, por miedo. No deja de estudiarla. La sirve generosamente sin avasallarla.” (EN 78)

Vivir en la verdad es requisito previo para hacer crecer a los demás en la verdad. Pero no es menos importante esa búsqueda apasionada de ahondar en la Palabra. Es preciso ser obreros de la Palabra de la verdad. Obreros apasionados, que no se limitan a unos mínimos, sino que se entregan en cuerpo y alma a conocer y comunicar la verdad de Dios.

La fuente del testimonio se encuentra en el conocimiento de la verdad; y a éste se llega mediante un trabajo asiduo de contemplación y estudio. La acción y el testimonio deben ser un desbordamiento de la comunión con la verdad, con Jesucristo, verbo encarnado.

Los evangelios recuerdan como Jesús pasó noches enteras en la oración de Dios. Fue el siervo que sus labios de discípulo rebosaban la palabra escuchada y acogida junto al Padre. Hacía resonar las palabras del Padre en el corazón de los discípulos. Como los profetas y los apóstoles es necesario indagar con disciplina y método en las Escrituras. D'Amato escribe:

“Cuando se dice que Santo Domingo dedicaba el día al prójimo y la noche a Dios, o que no hablaba sino con Dios o de Dios, no hay que pensar en una distribución de su tiempo en una simple división de sus obligaciones, ya que cuando estaba con sus hermanos también su mente estaba dirigida hacia Dios, y cuando entraba en contacto con Dios en la oración su corazón estaba con sus hermanos, para quienes suplicaba la misericordia del Señor. Sea que ore o contemple, sea que predique o se acerque a sus

hermanos, es Dios quien siempre ocupa el primer lugar. La razón de ser de su contemplación y de su acción es Dios. La acción es guiada siempre por la luz de la contemplación.

“Así como Cristo estaba siempre atento a la voluntad del Padre y aun estando con los hombres nunca dejó de estar con el Padre, así el dominico está constantemente en comunión con Dios. En el silencio, en la meditación, en la contemplación, el Padre le sugiere el modo más conveniente para llegar al corazón de los hermanos e indicarles el camino de la salvación. El apóstol del Evangelio debe poder decir con el Maestro: "Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado" (Jn. 7, 16). "Yo os digo aquello que he visto junto a mi Padre" (Jn. 8, 38). "Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí" (Jn. 12, 49-50).

“De la contemplación se pasa a la acción, del amor de Dios se pasa, al amor a los hermanos, del coloquio con Dios al coloquio sobre Dios, sin solución de continuidad y sin perder nada. El paso de la vida contemplativa a la vida activa -dice Santo Tomás- sucede "no en forma de substracción sino en forma de adición". El amor a Dios no disminuye por el hecho de expandirse en el amor a los hermanos. Siempre es Dios a quien se ama en los hermanos”.

En la cultura de todo es relativo, el testigo debe tener el coraje de afirmar lo absoluto de la revelación de Dios hecha a los hombres por medio de su Hijo. A los ojos de algunos aparecerá con fanático, fundamentalista, intolerante, cerrado y oscurantista⁴⁰. Debe aceptar los ataques, pues nunca hubo testigos de la verdad sin persecución. No sucumbamos a la mentira. La realidad es bien diferente, la ausencia de la Verdad salvadora es la que engendra todo tipo de opresión y de injusticia. Hoy se espera de los testigos, una vez más, lucidez y coraje para permanecer firmes en medio de los vendavales y tormentas. Hay que tener el culto auténtico de la verdad⁴¹.

3.- ENCARNAR LA VERDAD

El testimonio de una profunda comunión con Jesús, la verdad de Dios, exige de los servidores de la verdad que sean auténticos discípulos, es decir, que la hagan carne en sus vidas concretas. La Palabra es vida y está destinada a producir frutos abundantes en sus seguidores. En los testigos de la verdad, deben florecer los mismos frutos de Cristo, su mismo estilo de vida.

⁴⁰ “El totalitarismo nace de la negación de la verdad en sentido objetivo. Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación, los contraponen inevitablemente unos a otros. Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión sin respetar los derechos de los demás” (JP II CA n. 44)

⁴¹ “El apostolado dominicano es variado en sus formas. Lo que no debe faltar nunca, para que sea verdaderamente dominicano, es la impronta propia: el culto a la verdad, intensamente contemplada y fielmente vivida y anunciada. Todos pueden ejercer un auténtico ministerio dominicano con tal que lo hagan como dóciles discípulos de la verdad. La sabiduría no es privilegio de los doctos, sino de los santos. La hermana dominica que enseña catecismo a los niños es una hermana predicadora.” (D’Amato)

La Verdad de Dios es vida, no una idea o concepto frío y abstracto. Por ello es testigo debe ser maestro de vida evangélica. Si la vida nos llegó por la pobreza, las humillaciones y la obediencia del Verbo encarnado, la consecuencia es clara: El testigo de la verdad debe ser un reflejo de la debilidad, pobreza, humildad, obediencia y castidad del Testigo fiel y veraz. En ello le va su libertad, credibilidad y fecundidad.

El testigo, cosa que se olvida con excesiva frecuencia, recibe del envío de Dios y del don del Espíritu su autoridad. Si Dios no diera testimonio de sus testigos, nadie podría acogerlos. De hecho, los evangelios se abren y se cierran con el testimonio del Padre sobre su Hijo. Testimonio que quedó definitivamente sellado en la resurrección de Jesús de entre los muertos. Pero ello no anula que se identifiquen con la verdad que proclaman.

Citemos todavía unas palabras d'Amato:

El apóstol no es un actor que recita una parte. Su palabra está dirigida a conquistar el corazón y no sólo la inteligencia. En el ministerio apostólico no bastan las palabras. Estas pueden llegar a los oídos, pero es la gracia la que llega al corazón, ilumina la inteligencia y mueve la voluntad. Y la gracia es un don de Dios. Es Dios quien salva. El apóstol es sólo un instrumento del encuentro misterioso del alma con Dios. Las palabras jamás podrán sustituir la eficacia del Verbo eterno. Por eso el apóstol deberá siempre hablar de la abundancia del corazón, antes que llevar la verdad en sus labios, la deberá llevar en el corazón y en su vida. "El Espíritu Santo -dice Santo Tomás- que no falla en aquello que sea de utilidad para la Iglesia, también da a los miembros de la Iglesia el don de la palabra, no sólo para que alguien hable de tal modo que sea entendido por muchos, lo cual pertenece al don de lenguas, sino también para que hable con eficacia, lo cual pertenece al "don de la palabra". Y esto de tres modos: Primero para iluminar la inteligencia... segundo para mover el corazón a fin de que escuche con gusto la palabra de Dios... y tercero para que ame lo que las palabras expresan y quiera cumplirlo. Para realizar lo cual el Espíritu Santo se vale de la lengua del hombre como de un instrumento; pero es el Espíritu Santo mismo el que lleva a su perfeccionamiento la obra interior". "Para el predicador -escribe el Beato Humberto- es mejor inflamar que instruir, pero para inflamar es necesario estar ardiendo,". La gracia de la predicación - continúa el mismo autor- es un don de Dios. El Espíritu Santo es el único maestro en el arte de predicar. Por lo cual, la principal preocupación del predicador ha de ser la de estar disponible a la acción del Espíritu Santo de manera que llegue a ser realmente "la boca del Señor".

El apóstol debe estar constantemente unido a Cristo como el sarmiento a la vid, de otra manera su acción será estéril (Jn. 15, 5). La eficacia de la palabra del apóstol no depende de la elocuencia, ni de la sabiduría humana, sino de la fuerza del Espíritu que obra en él. "Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría humana, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que vuestra fe se apoyara, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1Cor. 2, 4-5). Una fe basada en la sabiduría humana es como una construcción sin fundamento, como una casa construida sobre arena: basta un poco de viento y de lluvia para que todo se vaya al suelo.

El testimonio de una vida evangélica es para el apóstol un deber de coherencia, de correspondencia entre la doctrina que enseña y la práctica de la vida diaria. Su palabra suena hueca si no está ratificada por la verdad de la vida. La eficacia de su palabra y de su acción tendrá la misma medida de la verdad de la vida. "El apóstol -escribe el Beato Humberto- debe predicar no sólo con la palabra, sino con las obras". Por esta razón advierte San Gregorio Magno: "El que pretenda predicar la palabra de Dios, que primero examine atentamente su propia vida". "Procurad adelantaros a los demás -exhorta el Beato Juan Teutónico- y difundid los rayos del buen ejemplo, que vuestras obras sean coherentes con la palabra y que cada uno se empeñe en trabajar y enseñar. En realidad,

es más eficaz "la voz" de las obras que la voz de la boca... Permanece sin fruto la obra de aquel que tan solo ha aprendido a mover la lengua". Aquello de empeñarse en "trabajar y enseñar" alude al "comenzó a obrar y a enseñar", del divino Maestro. "Estad vigilantes - añade aún el Beato Juan Teutónico- vosotros que invitáis a la vigilancia; sed luminosos por la pureza y la santidad de vida, vosotros que invitáis a la santidad; sed concordes en la fraternidad y conformes en todo a Cristo humilde y obediente, vosotros que queréis convencer a los demás de ser humildes y obedientes, a fin de que honréis con actos adecuados el sublime oficio de vuestra vocación".

4.- LIBRES EN LA VERDAD

El servidor de la verdad debe comprender bien su dimensión objetiva y subjetiva. La verdad de Dios ni es fría ni existe al margen de lo real, de las relaciones humanas; es una verdad personal. El testigo debe dar cuenta con su vida tanto de sus dimensiones objetivas, históricas y subjetivas del designio de amor, del núcleo mismo de la verdad revelada en Cristo.

La comunicación entre sujetos presupone el amor. Sólo desde él se hace posible la comunicación y la mutua confianza; sólo desde él es posible acoger la verdad y la esperanza que encierra el testimonio del otro. Quien dude de su amor, se cerrará al testimonio del otro; verá su verdad como una imposición.

El conocimiento de la fe es un conocimiento que se realiza en la intersubjetividad. Lo que caracteriza al conocimiento-fe es el ser recibido a través de un testimonio. Pero esto es lo que precisamente irrita a los espíritus de hoy, en la medida en que ellos quisieran sacar toda comunión y comunidad de sí mismos.

La inteligencia de la fe nos hace palpar cómo al nivel de las certezas esenciales de la existencia, – en lo que se refiere al conocimiento de los otros y eminentemente al conocimiento de Dios, **el amor y la inteligencia se hacen indisolubles**. Necesariamente dependemos unos de otros en el descubrimiento de la verdad. Por tanto, juntos, y solamente juntos, podemos tener acceso a la verdad fundamental.

No puede ser mi voluntad en cada momento el comienzo absoluto. En la cultura neoliberal, la libertad resulta insoportable a los hombres y se liberan de ella mediante la esclavitud. Mi libertad se convierte en algo utilitario. Me aprovecho de ella mientras me sea posible.

El problema está en saber si hay un marco en el que la libertad sea posible, donde pueda inscribirse sin enajenarse. Y ese marco es el plan de Dios, el cual no corresponde a una ley impersonal y extrínseca, sino en el reconocimiento de una libertad personal infinitamente santa y que, por otra parte, está inscrita en las implicaciones mismas de mi existencia espiritual, de suerte que obedecer a ella es al mismo tiempo alcanzar mi plenitud. En esta verdad es donde únicamente se realiza la libertad.

Libertad y verdad se conjugan en el acto de la adoración. El hombre es un ser que se recibe de Dios y al que responde de manera gozosa. Hoy los hombres reivindican una libertad sin verdad. Los testigos de la verdad deben dar la prueba de la libertad del Espíritu con su fruto, tal como lo presenta el apóstol. *Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros.* Y luego pasa a especificar las obras de la carne y el fruto del Espíritu. *El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.* (Gal 5, 1-26)

Los Hechos de los Apóstoles insisten, una y otra vez, en la libertad gozosa de los testigos de Dios. *“Entonces llamaron a los apóstoles; y, después de haberles azotado, les intimaron a que no hablasen en nombre de Jesús. Y les dejaron libres. Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre. Y no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el Templo y por las casas”* (Hech 5, 40-42)

III.- DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD EN LA CULTURA DE LA GLOBALIZACIÓN

La misión apostólica⁴² aparece como un testimonio dado a la Verdad de Dios ante el mundo. Darán testimonio en las plazas públicas, ante el pueblo y los diferentes tribunales del mundo. Para ello han recibido el Paráclito. Es preciso que aparezca la verdad de Dios en todo su esplendor. La existencia es dramática y los hombres están llamados a tomar posición ante la verdad de Dios, plenamente revelada en la persona, misión, mensaje y pascua de Jesús de Nazaret.

Los profetas dieron testimonio a favor de la fidelidad, santidad y justicia del Dios de las Promesas y de la Alianza. Isaías pone por testigos al cielo y la tierra en el pleito que Dios tiene con su pueblo: *Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla Yahvé: Hijos crié y saqué adelante, y ellos se rebelaron contra mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo. Israel no conoce, mi pueblo no discierne* (Is 1, 2-3; Cf. Dt 4, 26; 30, 19; 32, 1; Sal 50, 4). El profeta se presenta ante el pueblo infiel como testigo del Dios fiel y verdadero, es decir, justo y santo. En el proceso se pone de relieve quien es de la verdad y quien de la mentira. El profeta tomó partido por Dios y su Alianza. Ante su testimonio, la Asamblea de Israel debe pronunciarse (Cf. Josué 24). La suerte de los profetas fue siempre dramática.

Juan Bautista fue enviado para dar testimonio a la verdad, a la luz (Cf. Jn 1, 6-8.15; 1, 19-19-34; 3, 22-36). Jesús decía a los judíos que trataban de matarle: *Vosotros mandasteis enviados donde Juan, y **el dio testimonio a la verdad*** (μαρτυρειν τη αληθεια) (Jn 5, 33). El Bautista se caracteriza por ser un testigo enviado por Dios para preparar la llegada del Hijo, para disponer un pueblo a la Verdad.

Jesús fue llevado ante los tribunales y dio testimonio a la verdad. Ante el Sanedrín, Jesús dio testimonio. No fue condenado a muerte por los falsos testimonios, sino por su

⁴² La vida apostólica se caracteriza ante todo por estas palabras de los Hechos de los Apóstoles: **No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir las mesas.** Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros **nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra** (Hech 6, 2-4) “El fraile predicador, como Santo Domingo, asume “el oficio del Verbo”. Su ejemplar es el Verbo, el cual -como dice Santo Tomás- no es verbo cualquiera sino el “Verbo que inspira el amor”. La contemplación dominicana no es solamente luz que resplandece, es luz que ilumina, que se difunde, porque también es amor. “Iluminar –escribe Santo Tomás- es mucho más perfecto que resplandecer solamente; asimismo es mejor comunicar a los demás los frutos de la contemplación que contemplar solamente” (D’Amato).

propio testimonio. Al oírlo, el Sumo Sacerdote dirá: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? (Mc 14, 63). Ante el tribunal del mundo, Jesús afirma: *Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad* (μαρτυρεῖν τῆ ἀληθείᾳ) (Jn 18,37).

El testimonio de Jesús es válido, pues no sólo fue introducido por Dios Padre, sino que en él es el mismo Padre quien habla y testifica (Cf. Jn 5, 30-47; 8, 13-30; 12, 37-50). Sigue el gran proceso de Dios con su pueblo y con el mundo. Él aparece como el Padre justo y santo (son los términos de la oración de Jesús en el cenáculo), el pueblo infiel y mentiroso. El testimonio del Padre es a favor de Jesús. Testimonio que será prolongado por el Espíritu de la verdad (Cf. Jn 15, 26-27; 16, 7-11).

El Evangelio según san Juan aparece como un testimonio⁴³ (21, 24). El testimonio debe ser situado en el marco del proceso de Dios con el mundo. Dios y sus testigos dan cuenta del designio divino, de la revelación. Este testimonio está centrado sobre la persona de Jesús, el Cristo. Los diferentes testimonios dados en favor de Jesús tratan de hacernos descubrir en él al Mesías y la Hijo de Dios.

Juan Bautista, como acabamos de ver, da testimonio de la revelación mesiánica, tal como se realiza en la persona y misión de Jesús. Dar testimonio a la verdad es hacerlo en favor de Jesús, en cuanto es la plenitud de la revelación. Este testimonio, ante el rechazo de Jesús como el Mesías de Dios por parte de los judíos, adquiere una perspectiva forense y escatológica.

El testimonio de Jesús (18, 37) no se limita a dar cuenta de un mensaje, comporta la revelación de su propia persona. Nunca debe perderse de vista el misterio de la Encarnación. El mensaje y el mensajero se identifican. La finalidad de la misión de Jesús es dar testimonio de la revelación que se halla en su propia persona. Hay que unir persona y mensaje.

Jesús es rey, reina desde la cruz en los suyos por la verdad. La fe cristiana es adhesión a la persona de Jesús que reina por la verdad que se revela plenamente en la cruz. La verdad de Jesús no es sólo la que nos comunica por la palabra, es, ante toda, la que clama al mundo por su cruz.

La verdad es la revelación que Jesús aporta por y en su persona. Su testimonio se convierte en juicio para el mundo. Dios manifiesta su verdad plena en la cruz de Jesús. Y desde ella reina en el mundo y juzga al mundo. Quien acoge su testimonio entrará por el camino de la verdad.

Pero el testimonio apostólico no es contra el mundo, sino a favor del mundo, para que acoja la verdad, sea libre y se encamine hacia la plenitud de la vida. Jesús es el camino, la verdad y la vida. El camino de la verdad conduce a la vida. Jesús no vino para condenar al mundo, sino para salvarlo. El juicio de Dios es salvador. Es un pleito de amor y de fidelidad. Si se convierte en juicio de condenación es para quienes no acogen el testimonio. Quien lo recibe en la fe, han encontrado el camino de la libertad y de la vida.

Hoy, en la sociedad de los supermercados, necesitamos descubrir de nuevo el valor de la palabra-testimonio. No se trata de condenar al mundo, sino de dar testimonio de aquella verdad, Cristo Jesús, que sigue salvando a cuantos la acogen, pero que también obliga a un discernimiento y toma de postura. Quien no está conmigo, está contra mí. El testigo no vende una mercancía, afirma el camino de la verdad que puede salvar a cuantos lo acogen con fe. Y este camino de la verdad, comporta estos elementos

⁴³ El evangelista usa 14 veces el sustantivo testimonio y 33 el verbo testimoniar. Faltan, por el contrario, los términos propios de la tradición kerigmática (Evangelio, evangelizar, proclamar)

fundamentales de los que estamos llamados hoy a dar cuenta. Nuestro testimonio público debe incluirlos.

Pero el testimonio reclama ser discípulos de la verdad. Antes de testimoniarla debe hacerla suya y reflejarla en su vida. Debe vivir "la verdad en el amor -como lo dice San Pablo - con miras a crecer en todo hasta Aquel que es la cabeza, Cristo" (Ef. 4, 15). Vivir en sí mismo la verdad evangélica es requisito indispensable para dar testimonio de ella ante los tribunales de los hombres, sean estos seculares o religiosos.

El testimonio de la "caridad de la verdad" comporta amor a Dios, primera verdad, y amor al prójimo, a quien se comunica la verdad. Es preciso acoger la Palabra que Dios dirige al hombre en su amor inmenso por él. El "hablar con Dios o de Dios" de Santo Domingo, no puede desarrollarse más que en el amor; un amor vivo que urge a la acción, que apremia a comunicar a los demás aquella verdad y vida divina que ha sido asimilada en la plegaria, el estudio, la escucha, la contemplación y el discernimiento personal y comunitario. La creación, la historia, las Escrituras, la cruz y la Espiritu serán nuestros libros.

1.- LA VERDAD SOBRE EL DIOS Y PADRE DE JESUCRISTO

La palabra de Jesús: 'La verdad os hará libres', debe iluminar y guiar el testimonio bajo todos sus aspectos. Ella determina la reflexión teológica, la decisión pastoral y el compromiso en el mundo. ***Para ser libres nos libertó Cristo.*** (Gal 5, 1) Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. (2Cor 3, 17) Libertad filial, pues el Espíritu atestigua que somos realmente hijos en el Hijo.

Dios se comprometió para llevar al hombre a la Alianza de la libertad y del amor. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo no es un rival de sus hijos. Corre a su encuentro, los busca, les suplica, les ofrece el banquete del amor. Pero no fuerza a nadie, ni a nadie salva sin su libre consentimiento. Padre y Amigo, jamás actúa de manera caprichosa, pues respeta la libertad de sus hijos y busca que maduren para la comunión. Ni dictador de normas ni paternalista, como es presentado con tanta frecuencia.

"Esta verdad, que viene de Dios, tiene su centro en Jesucristo, Salvador del mundo. De él, que es 'el camino, la verdad y la vida', la Iglesia recibe lo que ella ofrece a los hombres. Del misterio del Verbo encarnado y Redentor del mundo, ella saca la verdad sobre el Padre y su amor por nosotros, así como la verdad sobre el hombre y su libertad.

Cristo, por medio de su cruz y resurrección, ha realizado nuestra redención, que es la liberación en su sentido más profundo, ya que ésta nos ha liberado del mal más radical, es decir, del pecado y del poder de la muerte. Cuando la Iglesia, instruida por el Señor, dirige su oración al Padre: 'líbranos del mal', pide que por el misterio de salvación actúe con fuerza en nuestra existencia de cada día. Ella sabe que la cruz redentora es en verdad el origen de la luz y de la vida y el centro de la historia. La caridad que arde en ella le impulsa a proclamar la Buena Nueva y a distribuir mediante los sacramentos sus frutos vivificadores. De Cristo redentor arrancan su pensamiento y su acción cuando, ante los dramas que desgarran al mundo, la Iglesia reflexiona sobre el significado y los caminos de la liberación y de la verdadera libertad.

La verdad, empezando por la verdad sobre la redención, que es el centro del misterio de la fe, constituye así la raíz y la norma de la libertad, el fundamento y la medida de toda acción liberadora." (VS n. 3)

La verdad de Dios constituye la condición de la libertad filial. Sin la revelación de Jesucristo, los judíos terminaron siendo esclavos de la Ley, del pecado y de la muerte. La carta a los Romanos es la presentación de esta gran liberación que Dios llevó a cabo en

su Hijo venido en una carne semejante a la del pecado. Para ello se nos ha dado el Espíritu de filiación. Jesucristo será la Imagen de Dios que todo hombre debe reproducir. Misión de los cristianos en el mundo es significar y realizar la liberación en favor de la creación entera. Dios Padre quiere que los liberados por Cristo sirvan la esperanza que depositó en la creación.

Los hombres tienen derecho a conocer la verdad y, como lo recuerda Pablo, la buscan a tientas (Cf. Hech 17, 26-34). Los testigos deben darla a conocer en el Espíritu de amor, comunión, libertad y verdad. No se trata de imponerla, pero sí de presentarla como la única verdad de Dios ante la cual los hombres deben decidirse con plena libertad. Y si su rechazo es sarcástico o violento, ellos deben aceptarlos con la mansedumbre y la tenacidad del Siervo, sin echarse atrás.

Hay más. El testimonio, dado en el tiempo oportuno, es un acto de plena confianza en las posibilidades del hombre para acoger la verdad de Dios. Quien no confié en él, dejará de ofrecerle la verdad. El miedo o la desconfianza impiden el testimonio. Y el miedo y la desconfianza son el claro reflejo de una falta de amor a la persona humana. S también una falta de fe en la misma Palabra de Dios, que tiene poder para edificarnos.

“Según el mandato de Cristo Señor, la verdad evangélica debe ser presentada a todos los hombres, los cuales tienen derecho a que ésta les sea proclamada. Su anuncio, por la fuerza del Espíritu, comporta el pleno respeto de la libertad de cada uno y la exclusión de toda forma de violencia y de opresión.

El Espíritu Santo introduce a la Iglesia y a los discípulos de Jesucristo ‘hacia la verdad completa’. Dirige el transcurso de los tiempos y ‘renueva la faz de la tierra’. El Espíritu está presente en la maduración de una conciencia más respetuosa de la dignidad de la persona humana. Él es la fuente del valor, de la audacia y del heroísmo: ‘Donde está el Espíritu Santo está la libertad’.” (VS. n 4)

Hemos de recordar, sin complejos ni falsos respetos, la herencia del cristianismo. En efecto, el Evangelio de Jesucristo, al revelar al Dios Uno y Trino, comunión de personas, recuerda al hombre su dignidad de persona libre llamada a entrar en comunión con Dios. De esta forma suscitó una toma de conciencia de las profundidades de la libertad humana, de la libertad filial hasta entonces desconocidas de la Ley y de la Razón.

“Así, la búsqueda de la libertad y la aspiración a la liberación, que están entre los principales signos de los tiempos del mundo contemporáneo, tiene su raíz primera en la herencia del cristianismo. Esto es verdad también allí donde aquella búsqueda y aspiración encarnan formas aberrantes que se oponen a la visión cristiana del hombre y su destino. Sin esta referencia al Evangelio se hace incomprensible la historia de los últimos siglos.” (VS. n. 5)

2.- LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE

“La Verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Como testigos de Jesucristo somos heraldos, portavoces, siervos de esta verdad que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política: que no podemos olvidar ni traicionar.” (VS. n.40)

Los servidores de la verdad están llamados a descubrir que tienen una deuda con Dios y con los hombres. Fueron agraciados e iluminados para los demás. No pueden ocultar la verdad, sin cometer injusticia. Y esto aunque su testimonio no fuera aceptado. La vocación es misión; el amor, entrega confianza y amistad. ¿Cómo guardarse para sí el

secreto de la libertad y de la auténtica felicidad? El testimonio que salva es un acto de justicia.

Este testimonio adquiere hoy unas claras connotaciones proféticas. En el mercado de las antropologías, resulta provocativo y crítico recordar a todos la verdad del hombre, tal como se revela en el Siervo, injustamente crucificado. He aquí el hombre. Estas palabras de claro contenido profético deben resonar en el testimonio de los discípulos de la verdad, con sus vidas y también con sus palabra. Es menos importante si se aceptarán o no. El testigo debe ser fiel ante quien lo envía, ante la misma verdad que se ha revelado en la persona del carpintero de Nazaret.

Los prototipos de persona que encontramos en los tenderetes de la economía globalizada, de la cultura de los medios de comunicación, conquistadores y mentirosos, deben ser denunciados con la verdad que viene del Siervo y de los crucificados de este mundo con los cuales se ha identificado.

Sólo desde el pobre puede afirmarse el valor absoluto de la persona, pues tiene sus raíces en Dios trinidad de personas, iguales en dignidad y gloria. Y esta verdad es la que fundamenta la justicia y la libertad, que los creyentes deben anunciar y promover con todas la energías del amor derramado en sus corazones por el Espíritu de comunión.

“Cada hombre está orientado hacia los demás hombres y necesita de su compañía. Aprenderá el recto uso de su decisión si aprende a concordar su voluntad a la de los demás, en vistas de un verdadero bien. Es, pues, la armonía con las exigencias de la naturaleza lo que hace que la voluntad sea auténticamente humana. En efecto, esto exige el criterio de la verdad y una justa relación con la voluntad ajena. Verdad y justicia constituyen así la medida de la verdadera libertad. Apartándose de este fundamento, el hombre, pretendiendo ser como Dios, cae en la mentira, y en lugar de realizarse, se destruye.

Lejos de perfeccionarse en una total autarquía del yo y en la ausencia de relaciones, la libertad existe verdaderamente sólo cuando los lazos recíprocos, regulados por la verdad y la justicia, unen a las personas. Pero para que estos lazos sean posibles, cada uno personalmente debe ser auténtico.

La libertad no es la libertad de hacer cualquier cosa, sino que es libertad para el Bien, en el cual solamente reside la Felicidad. De este modo, el Bien es su objetivo. Por consiguiente, el hombre se hace libre cuando llega al conocimiento de lo verdadero, y esto –prescindiendo de otras fuerzas –guía su voluntad. La liberación en vistas de un conocimiento de la verdad, que es la única que dirige la voluntad, es condición necesaria para una libertad digna de este nombre.” (LC. n. 26)

3.- LA VERDAD SOBRE EL MUNDO

¿Atenta el testimonio de la verdad contra el respeto de la persona? Creo que ha quedado claro lo contrario. La verdad funda su libertad y dignidad, su igualdad y comunión con los demás. Sin la verdad de Dios, pronto aparecen los ídolos que reclaman víctimas. Y la multiplicidad de ídolos de la sociedad globalizada está contribuyendo al aumento de excluidos. La insolidaridad del sistema es grande. Las solidaridades de las personas, aunque sean enormes, no llegan a frenar la dinámica de la competencia instalada como norma de las relaciones humanas.

¿Atenta el testimonio de la verdad contra la tolerancia? Ya insistí en que el totalitarismo nace de la negación de la verdad, es decir, de presentar la mentira como la verdad. Dije que la verdad se opone directamente a la mentira; y sólo de forma indirecta

a la ignorancia y al error. Los más funestos totalitarismos de la historia se apoyaron en la mentira construida por los ideólogos de turno, como hoy está sucediendo en la ideología de la economía globalizada. La verdad, fundamento es de la libertad, es la raíz de una sana tolerancia.

¿Atenta el testimonio de la verdad contra la democracia y el pluralismo? He aquí una respuesta del Magisterio.

“La Iglesia aprecia el sistema de la democracia en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien de sustituirlos oportunamente de manera pacífica. Por esto mismo, no puede favorecer la formación de grupos dirigentes restringidos que, por intereses particulares o por motivos ideológicos, usurpan el poder del Estado.

Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana. Requiere que se den las condiciones necesarias para la promoción de las personas concretas, mediante la educación y la formación de los verdaderos ideales, así como de la ‘subjetividad’ de la sociedad mediante la creación de estructuras de participación y de corresponsabilidad. Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos. A este propósito hay que observar que, si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin principios se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia.

La Iglesia tampoco cierra los ojos ante el peligro del fanatismo o fundamentalismo de quienes, en nombre de una ideología con pretensiones de científica o religiosa, creen que pueden imponer a los demás hombres su concepción de la verdad y del bien. No es de esta índole *la verdad cristiana*. Al no ser ideológica, la fe cristiana no pretende encuadrar en un rígido esquema la cambiante realidad sociopolítica y reconoce que la vida del hombre se desarrolla en la historia en condiciones diversas y no perfectas. La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad.

La libertad, no obstante, es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la verdad. En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia y el hombre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos. El cristiano vive la libertad y la sirve (Cf. 8, 31-32) proponiendo continuamente, en conformidad con la naturaleza misionera de su vocación, la verdad que ha conocido. En el diálogo con los demás hombres y estando atenta a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de la razón. (CA 46)

4.- LA VERDAD SOBRE LA IGLESIA Y SU MISIÓN

Se escamotearía la verdad al mundo, si los testigos no dijeran con claridad cuál es la identidad y misión de la Iglesia en el mundo y para el mundo. Hay muchos equívocos y malentendidos en este punto. El Concilio Vaticano abrió horizontes amplios y dilatados,

pero faltan auténticos testigos de esa verdad que se encuentra en el Dios, comunión y misión de personas.

Es urgente que resuene el testimonio de la fe sobre la Iglesia y su misión. Los parámetros sociológicos y psicológicos no pueden ignorarse, pero la verdad de la Iglesia proviene de Dios y no de los hombres. Sólo la revelación puede darnos a conocer su verdad profunda.

Si el misterio de la Iglesia debe reflejar la luz de Cristo en el mundo, será preciso siempre que ella sea presentada injertada en su vida de resucitado. Jesús no es un fundador exterior a la Iglesia. No la arrojó en la historia y la abandonó. La comunidad de los discípulos sabe que es su Cabeza, su principio de vida, que le ha dado su Espíritu y no la deja huérfana. Él está presente como el centro que une, como la palabra que convoca y traza el camino de la vida, como la plenitud hacia la que se encamina y en la que todo debe ser recapitulado (Cf. Ef 1, 3ss).

Misterio de comunión y de misión, debe estructurarse de acuerdo con el proyecto de Dios, donde los primeros son los últimos y los últimos los primeros. En ella, todos han de estar al servicio del conjunto. Cada cual recibe sus dones para los demás. Los pobres han de ser el centro de comunión y de servicio (Cf. 1Cor 12, 3ss).

La verdad, por tanto, juzga a la misma Iglesia. Por ello no debe tener miedo de decir quién es y cuál es su misión. Muchos se escudan en falsas razones para no dar testimonio de la verdad de la Iglesia. Y es que no aceptan ser juzgados por la Palabra de la verdad. La Iglesia es una realidad de fe y nadie puede apropiársela o inventarla a su antojo. Sólo la verdad sobre sí misma y su misión la hará realmente libre.

La Iglesia es "objeto del Credo que profesamos, y campo imprescindible y fundamental de nuestra fidelidad. El Señor la instituyó 'para ser comunión de vida, de caridad y de verdad' (LG 9) y como cuerpo, 'pléroma' y sacramento de Cristo en quien habita toda la plenitud de la divinidad" (n. 27)

En nuestra sociedad y culturas, tan drásticamente marcadas por la globalización de la economía y de los medios de comunicación, se impone que los testigos vivan en comunión con la Iglesia apostólica, que asuman las ambigüedades de la historia, que no se crean superiores. Su elección y vocación es misión y servicio para los demás.

Si Jesús vino al mundo para ser testigo de la verdad de Dios, la misión fundamental de la Iglesia será la misma. No podemos distraernos en otras cosas, si ello comportase abandonar el ministerio y servicio de la oración y de la Palabra de la verdad. Es preciso ser lucidos en nuestro mundo. Éste no quiere reducir a un doble campo, el del sentimiento religioso, íntimo y privado, y el campo de la caridad, de la asistencia y curación de las heridas del sistema. La Iglesia debe recuperar su misión de minoría profética y testimonial en medio de una cultura que excluye y siembra el mundo de víctimas.